EPISODIOS

DE LA

REVOLUCION CUBANA

Manuel de la Cruz

EPISODIOS

DE LA

REVOLUCION CUBANA

POR

MANUEL DE LA CRUZ

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA

PROLOGO DE MANUEL MARQUEZ STERLING

Y NOTAS BIOGRAFICAS POR

DOMINGO FIGAROLA-CANEDA

HABANA

MIRANDA, LOPEZ SEÑA Y CA., EDITORES

Imp. Avisador Comercial, Amargura 30.

MCMXI

ÍNDICE

Páginas

Manuel de la Cruz V
Notas biográficas XIII
Prólogo del autor 1
Narración de un expedicionario 3
El Teniente Salazar 13
Dos amigos 19
Mármol contra granito 23
Fidel Céspedes 29
Croquis de Palo Seco 33
Zig-zag 47
Segunda expedición de "El Salvador" 53
El Paso de Cataño 67
Dos exploradores 79
En La Crimea 83
La loma del Jíbaro 95
Aventuras de un asistente 105
La Indiana 111
¡A caballo! 119
Pro Patria 123
El rescate de un héroe 131
Indice 143

MANUEL DE LA CRUZ

I

Manuel de la Cruz! Con qué emoción tan profunda evoco sus cenizas! Lo veo resurgir á la vida, y me figuro que viene á mis brazos como si regresara de un largo viaje. Lo descubro reanudando su diaria labor, de otros tiempos, en el afán sin cansancio de su fértil actividad. Siento sobre mi espíritu la mirada intensa, honda, investigadora, de sus grandes ojos tropicales. Imagino que tropiezo con él á la puerta de una imprenta y lleva, bajo la cartera roja, los escritos de sus veladas, los documentos de su historia de Agramonte, el sueño de su trunca juventud. Me seduce y conquista para hacerle compañía, durante largas horas, á través de la ciudad, siguiendo su itinerario, y juntos, hablando él y escuchando yo, nos dirigimos á casa de Meza, el autor de *Flores y calabazas*, con quien tiene algún asunto pendiente. Vamos de allí al encuentro de Hernández Miyares, que aguarda el artículo de costumbre para *La Habana Elegante;* á la oficina en que trabaja Roa para pedirle un dato secreto de la Revolución, cuyas glorias lo deleitan; y mientras derrocha los primores de su talento improvisador, y ayuda la frase con el gesto, y

tiene á veces modales de príncipe y á ratos sacude la cabellera, de suaves ondas, con el impulso del gladiador que se decide á acometer, subimos las escaleras del Colegio de Abogados, en busca de Varela Zequeira. El delicadísimo poeta camagüeyano, médico ilustre y, no obstante, bibliotecario de aquel centro de juristas, nos recibe con plácida sonrisa que traduce el flexible encaje de su espíritu. Los dos publicistas, estrechándose las manos, comentan las novedades políticas, se comunican sensaciones literarias y, apartándose de mí, siguen conversando y diríase que conspiran. Declina la tarde y asaltamos la buhardilla de Julián del Casal. La anticuada puerta, que recuerda las de alguna sacristía castellana, gira con fuerza y nos abre paso. El bardo de *Hojas al viento*, satisfecho en su miseria, como si habitara el más hermoso castillo de marfil, nos brinda las viejas sillas de su ajuar de bohemio y ocupa la más peligrosa de todas, el balance, de rejilla despedazada, que, frente á un pequeño bufete del siglo XVIII, colabora á la inspiración de alados cantos. Casal sonríe y calla, pero el resorte que torna expansivo al artista lo maneja Cruz con destreza y la mustia reserva se desvanece en deshilvanadas confesiones. Odia la necesidad ineludible de escribir quintillas jocosas para *La Caricatura*; el oficio de periodista se le antoja abominable y detesta sus propias crónicas, firmadas con el pseudónimo de *Hernani*; se indigna recordándose efímero burócrata en el departamento de Hacienda, y sólo concibe la existencia en su adorable escondrijo, puliendo las estrofas que lo habrían de conducir á la fama en los hombros de un núcleo de convencidos. En su pobreza de ciudadano del mundo, resaltan la opulencia de su fantasía y la exquisita filigrana de sus gustos. Apenas estima capaces de llegar á su admirable Paraíso, á raros personajes que en los ritmos se le parecen, y el mundo que se forja, solemne y triste, es el altar de unos cuantos intelectuales. Se enferma y no consiente más médico que Aróstegui, lector de sus *Bustos*... Se siente oprimido por la nostalgia y conforta y reanima el alma saboreando á sus profetas.

II

Pronto se borra de mi mente la reproducción imaginaria de esa época que en la historia tiene carácter propio. ¡Qué cambio tan absoluto del amplio escenario y del medio ambiente! Algunos actores sobreviven y no parecen los mismos hombres. La trágica ruptura con la corona española á todos los ha transformado. Ninguno conserva su puesto ni persiste en sus antiguas ocupaciones. De lo íntimo de cada cubano ha brotado un individuo distinto, con otras energías y diferentes anhelos. La independencia política ha barajado los resortes sociales. Si no hubiéramos presenciado los unos la evolución de los otros, el pensador se negaría á reconocer al político, el periodista al tribuno, el poeta al diplomático, el obscuro rebelde al militar audaz, el campesino humilde al héroe que fascina y sugestiona. Hasta la ciudad se despoja de sus matices peculiares. La recordamos aristocrática residencia del Capitán General, que gobernaba con redobles de tambor. El tinte sombrío lo daba la tropa dispersa que entraba y salía de los cafés, atravesaba las calles é inundaba las plazas. Allá corría un grupo alborotado. Más lejos, á la vista del oficial que llevaba un ramo de violetas para su criolla, los reclutas se cuadraban y rectos, clavados en el suelo, como figuras teñidas de azul, producían la sensación de un museo tirado sobre el arroyo. «¿Quién es aquel caballero de grave aspecto y ademán reposado que pasea vestido de armiño con sombrero Panamá?» El Secretario del Gobierno General ó el Intendente de Hacienda, el Presidente de la Real Audiencia, el Director de la Junta de la Deuda, el jefe del Partido Integrista, algún Coronel de Voluntarios, acaudalado comerciante, ó todos ellos reunidos bajo el cielo del trópico, nomenclatura de símbolos inquisitoriales que la gente pronuncia con toda la boca, entraña enferma del dominio europeo que caduca, degeneración irritante y pasiva de la raza hidalga y aventurera que, con la audacia de su fiera espada, trazó el estupendo imperio de

Carlos V. El cubano intelectual no gustaba de ostentarse. La lucha por la existencia le exigía el constante sacrificio de los placeres. Hacía versos, escribía periódicos de intención separatista ó defendía principios autonómicos, preparaba conferencias de arte y filosofía y se afanaba en ahogar el dolor de su esclavitud en una hermosa expansión literaria y científica. Simulaba el tipo del hombre libre en la tierra cautiva, del propio modo que ahora se obstinan los ímprobos en remedar al colono póstumo sobre la patria amenazada. En el semblante reflejaba bienestar inverosímil y en torno suyo era el mundo estampa de amable pobreza. Requería el saber de Leroy Beaulieu para que no fallase su régimen financiero en el orden angustioso de la economía doméstica. No tenía mando sobre nadie, ni influencia en las altas esferas del gobierno. Su traje no seguía las variaciones de la moda, y su sastre no era otro que la voluble inclemencia del tiempo. No soñaba con el coche de pareja, ni le inquietaban las compañías de ópera, ni viajaba en Pullman de cabo á cabo por la isla. Su oficio principal no traspasó la arena del periodismo; pero su privanza de periodista en nada asemejábase á la toga que hoy usa el menos diligente de nuestros gacetilleros. Era periodista por la tolerancia del procónsul. El más ruidoso éxito lo obtenía hiriendo al Fiscal que lo acusaba. Y en ese laboratorio conmovedor se fundían varones ilustres. Siendo menester vivir de los goces del espíritu, con el alma satisfecha y el estímulo de una esperanza insondable, no cuajada en formas precisas y definitivas, el cubano conocía, tal vez mejor que ahora, el destino moral de su existencia y poníase, con más facilidad, en sincero acuerdo con su conciencia. Ciudadano á medias, no era directamente responsable, y se empeñaba en serlo por opuestos medios y al amparo de doctrinas paralelas. Cubano hasta la médula, pugnaba por aumentar su cubanismo, y, aún convencido de la Reforma, adoraba en su fuero interno los destellos de la heroica Revolución.

III

En una pequeña casa de madera, allá por Jesús del Monte, el barrio donde se creería que sólo habitan millares de sagrados abuelos, cenáculo de momias que el viento y la lluvia desfiguran, en una especie de templo diminuto, fabricado con tablas que antes sirvieron para envase, reliquia deshecha por el crepúsculo de tantos días de olvido, y cuyas ruinas desaparecieron como si las hubiera devorado la tierra por piedad, ó guarecido en las tinieblas de una noche de verano cargara con ellas su dueño antiguo para lejanas regiones, citábanse unos cuantos devotos del genio rebelde y cultivaban, entre sí, la gallarda planta del recuerdo. Por el reducido tablero, entre columnas de libros y papeles, herramientas indispensables del obrero que allí tenía su taller, desfilaban las sombras de nuestros caudillos fabulosos; encontrábanse patriotas y realistas y al punto se acometían; vencedor y erecto en su potro de combate, destacábase manigua arriba, más elegante que ninguno, Agramonte; al pie de verde colina el campamento se incendiaba en un baño dulce de puesta de sol y entonaban los legionarios canciones de selvática melodía; la corneta sonora de Palo Seco, tocando á carga, suspendía á los graves espectadores de aquel sueño, y un segundo después de contempladas las proezas románticas de Julio Sanguily, preparábase la toma de Victoria de las Tunas, produciendo arrebatado entusiasmo al auditorio. Duerme entre tanto el Virrey á rienda suelta en su Palacio. La Junta Central del Partido Autonomista hace prodigios de talento en su famoso periódico *El País*. Oradores de mágica y deslumbradora palabra, cubanos meritísimos, abogan en el Parlamento español por un régimen democrático para las atormentadas Antillas. Toda el alma política del problema colonial se desarrolla, sin embargo, en obscuros rincones que la gratitud restaura en mármol y nácar riquísimos, con escoplos y cinceles, y no hay

suntuosa Catedral que se compare con ventaja á los tabiques de aquel refugio adorable, la vieja casa de Manuel de la Cruz donde revivían las temerarias hazañas y retoñaba espléndido el ardor separatista.

IV

Llegó, así, el generoso escritor, á identificarse con la historia del soldado cubano, y sus tendencias literarias se impregnaron de altivez. El crítico de arte se encaminó hacia el apostolado incierto, y, perdido en un caos de resplandores, soñó con la reivindicación de su pueblo. En una bella página de su hirviente fantasía, que tiene gritos de rabia y acentos de ternura, se le advierte enloquecido bajo las garras de diabólica esperanza. Los *Episodios de la Revolución Cubana* fueron su obra de texto, su tribuna, su cátedra. Parecía que en ellos vaciaba memorias de espectador. Era un libro de vulgarización, y á un tiempo el zarpazo más terrible sobre la piel ensangrentada de la colonia, un gran combate en plena paz. Fué escrito con fervor, con alegría, con bravura. Y estremeció á la indolente juventud. Los *Cromitos cubanos*, más tarde, sirvieron de programa á las doctrinas del hombre político. En el ambiente de Cuba esclava quería desmenuzar los gérmenes futuros de Cuba libre. Y la revolución, como antorcha en la obscuridad colonial, descubriría un mundo de maravillas en el alma cubana. Leyes inmutables del destino, próximas á cumplirse, trastornarían el orden social, y bajo el imperio de tales mudanzas brotarían, por su propio desarrollo, los factores esenciales de la independencia.

El patriotismo absorbiendo todas las facultades de aquel visionario pugnaba por dirigirlas é impulsarlas; y en esa vorágine de pasión se forjaron sus moldes literarios. Murió de súbito, sin haber sentido los primeros temblores del escepticismo; sin haber observado en su horizonte moral una sola nube de tempestad; sin haber llorado la caída de sus héroes medioevales, hecha su

vista á los nimbos de la inmortalidad. Expiró entre las nieves del norte devorado por un bostezo de brumas. Desapareció como un lirio que nunca se marchita en el recuerdo...

M. MARQUEZ STERLING.

Nov. 1910.

NOTAS BIOGRÁFICAS

ACUDEN á nosotros la señora viuda y los jóvenes hijos de Manuel de la Cruz para honrarnos con la misión de escribir la parte biográfica que debe preceder á la segunda edición de los *Episodios de la Revolución Cubana*. Y obligados por el reconocimiento que nos inspira esa honra, sacudimos el polvo á viejas notas publicadas en Europa hace ya catorce años, despertamos recuerdos de diferentes etapas de nuestra vida relacionada con la breve y extraordinariamente laboriosa de Manuel de la Cruz, y con aquéllas y con éstos escribiremos unas notas biográficas que, si no pueden ser lo que debieran, serán sin duda lo que podamos hacer.

En carta del 2 de Febrero de 1896 saludaba nuestro querido amigo desde Nueva York la aparición de *La República Cubana*, periódico que publicábamos entonces en París, nos autorizaba para la publicación en el folletín del mismo, y traducidos al francés, de sus celebrados *Episodios*, y se disponía á escribir con igual destino una relación histórico-cubana de grandísimo interés en aquellos momentos... y el día 17 caía herido por un ataque fulminante de pulmonía, el 19 sucumbía, y era enterrado el 21 en el Cementerio de Greenwood, allí donde reposan Morales Lemus, Miguel de Aldama y otros patriotas cubanos. Así desapareció aquel joven

que, no contando más de treinta y cinco años de edad, comenzaba á ser considerado un legítimo carácter y un ejemplo de patriotas.

Manuel de la Cruz y Fernández nació en la Habana el 17 de Septiembre de 1861, perteneció á la generación literaria y política que hubo de darse á conocer después de la Paz del Zanjón, y sólo contaría veinte años cuando ya había publicado algunos ensayos literarios, entre otros la narración tan pintoresca y cubana *La hija del montero*, á la par que sin haber ingresado nunca en el Partido Autonomista, iba estudiando sus hombres y sus procedimientos, y con ello formando un juicio cabal de todo lo inútil que tendría que resultar, al fin, cuanto no fuese trabajar por la libertad de Cuba con las armas en la mano.

Más tarde dió á la estampa su folleto *Tres caracteres* (Cortina, Varona y Sanguily), ó sean tres personalidades con las que podía contar Cuba para su redención; á la vez que en *La Habana Elegante*, *El Fígaro*, *Revista Cubana*, *El País*, *El Cubano*, *El Almendares*, *La Ilustración Cubana* y *El Porvenir*, de Nueva York este último, colaboraba con su propia firma ó con los pseudónimos de *Isaías*, *Juan Sincero*, *Bonifacio Sancho* y *Juan de las Guásimas*.

Pero sus trabajos de mayor aliento, y que más notoriedad le dieron dentro y fuera de la Isla, son la *Carta abierta al Sr. Barrantes*, su reseña crítico-histórica del movimiento intelectual de Cuba, que sirve de introducción á la parte correspondiente á nuestra patria que figura en *La América Literaria*, editada en la República Argentina por el Sr. Lagomaggiore, y reseña que el autor tenía determinado refundir en historia de nuestra literatura; y por último, sus *Episodios de la Revolución Cubana*, obra esta última de la que dijo en su oportunidad y con mucho acierto el ya difunto y venerable patriota Sr. Juan Fraga, que ayudó mucho «á formar el corazón de la juventud que hoy combate heroicamente por la independencia de la patria», y de cuyo libro la segunda edición que ve la luz ahora, es de aquellas obras cubanas solicitadas hace muchos años

por nuestro público y también por el extranjero. Muy pronto desaparecieron de mano en mano los ejemplares de la primera, y esto explicará las frecuentes solicitudes de compra á precios verdaderamente elevados. También publicó un volumen de *Cromitos cubanos* y el folleto *La Revolución Cubana y la raza de color*, firmado este último con el pseudónimo de *Un cubano sin odios.*

Mas el libro que hubiera sido la obra maestra de Manuel de la Cruz, aquel donde hubieran resplandecido en notable conjunto sus ventajosas facultades, y entre las que sobresalían la de investigador sagaz, expositor preciso y narrador fecundo, fué *Agramonte*, el libro que la muerte le impidió terminar. Para él, rotular su libro: *Agramonte*, era hacerlo con la misma propiedad y con igual justificación de forma y fondo que pueden existir para poner por título á un libro: *Washington*, y á otro: *Bolívar*. Nadie como él estudió aquella colosal figura de hombre, de patriota y de guerrero, ni nadie más que él escudriñó afanoso hasta lo indecible, ni bebió en fuentes tan abundantes y ricas, acudiendo á los testigos más competentes y autorizados, ni reunió el preciosísimo tesoro de documentos públicos y privados, únicos muchos de ellos, y todos indispensables para escribir la vida de Ignacio Agramonte. Una correspondencia extensa y voluminosa, viajes largos y penosos á diferentes lugares de la Isla, lo mismo que á la ciudad, al pueblo, y al igual que á la loma, al valle, al bosque, ó junto al humilde riachuelo, ó hasta el mismo pie de gigantesca palma, sacrificios así de salud y de reposo, como de tiempo y de dinero... ¡qué no ideó y qué no llevó á cabo Manuel de la Cruz para recoger, como insaciable avaro, cuanto algo de verdad dijera á contar desde la cuna hasta la hoguera en que hubo de ser quemado Ignacio Agramonte!

Esta fué, brevemente expuesta, la labor literaria de nuestro amigo y compañero. La política no hubo de ser menos meritoria, por más que, como toda conspiración, tuviera que estar sometida al mayor silencio y reserva, y por lo mismo impidiendo que sus hombres

pudieran ser conocidos y apreciados por sus trabajos. De acuerdo con el siempre llorado Apóstol Martí, viajó por la Isla, conferenció con Massó, Guillermón y otros jefes dispuestos para la guerra de 1895; después se trasladó á Cayo Hueso, y luego, instalado en Nueva York, hubo de ser elegido como «persona inteligente, discreta, laboriosa y honrada», para desempeñar el puesto de Secretario del entonces Ministro Plenipotenciario de Cuba Sr. Tomás Estrada Palma. Era, además, por esta época redactor de *Patria*, el órgano oficial de los revolucionarios cubanos en Nueva York, y por último, como corresponsal del acreditado diario *La Nación*, de Buenos Aires, sus cartas habrán de ser consultadas cuando se escriba la historia del último movimiento de la independencia de Cuba, el cual constituyó su anhelo perenne, y al que hubo de consagrar hasta el postrer instante de su corta y fructífera existencia.

D. FIGAROLA-CANEDA.

Enero 1911.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Este libro, primer tomo de una serie dedicada á reunir episodios de la Revolución Cubana, es el primer tributo á la crónica de la guerra. Redactado sobre auténticos datos de actores y abonadísimos testigos, utilizando, además, las noticias depuradas de la tradición oral, cuyos bardos van desapareciendo en la cima del olvido con los recuerdos de su época; la idea predominante en la composición no ha sido otra que la de fijar el hecho, el cuadro ó la línea, como la flor ó la mariposa en el escaparate del museo, procurando reproducir la impresión original del que palpitó sobre el trágico escenario. No hemos aspirado más que á escombrear en la magnífica y olvidada ruina, á retratar contornos, relieves ó aspectos aislados, en tanto otros, con más títulos y aptitudes, reconstruyen el grande y complicado organismo, sacando del polvo del osario el drama múltiple, intenso y rebosante de vida.

Lo que hasta hoy se ha dado á la estampa por los revolucionarios, biografías de personajes más ó menos prominentes, muy pocas por cierto, y entre las que descuella la de Morales Lemus, por Enrique Piñeyro; monografías de sucesos culminantes, cabales procesos de las etapas de decadencia, preciosas desde este punto de vista harto circunscrito; no basta para que propios

y extraños puedan crearse opinión acerca del período más interesante de nuestra historia, y menos aún para formarse concepto de la fisonomía peculiar, distinta y propia de la Revolución. A que se pueda realizar esto último, asociando materiales que á ello contribuyan, tienden nuestros esfuerzos.

Para lo primero, esto es, para lucubrar la historia completa, crítico-filosófica, minuciosamente documentada, la historia elevada á ministerio, la opinión, por tácito sufragio, ha designado al superiorísimo escritor Manuel Sanguily, que á costa de inenarrables sacrificios ha logrado atesorar un caudal de datos, y que á la autoridad que ha conquistado con su elevación moral y su pluma, reune la que le da su ejecutoria de soldado.

En cuanto á nosotros, que somos la posteridad de aquellos hombres, hemos aceptado la honrosísima tarea sin consultar nuestras facultades ni el alcance de nuestras fuerzas, que el que no puede levantar en el sepulcro de sus mayores atrevido mausoleo de riquísimo mármol, no los magnifica menos si sobre el yermo de la huesa deposita pobre corona de rosas blancas. Hay afectos que no impetran favores ni necesitan explicar la razón de su existencia; manifestarlos es ganar en honra; ser idólatra en el fetichismo de nuestros mártires, eleva y depura la conciencia. Somos apasionados neófitos en la religión de nuestro pasado: este libro es nuestra fervorosa ofrenda.

No disputamos con los que creen que debe rodearse el inmenso panteón de las víctimas de nuestra epopeya de los huesos y guijarros que delatan la mácula y execración de la fuente en que ha bebido el paria; antes bien, juzgamos—y ella es la única enseñanza de esta obra—que es el santuario que guarda en concha de oro el agua purísima del Jordán, en que han lavado sus culpas todos los pueblos redimidos de la América, y que, sea cual fuere la suerte que le esté deparada en lo porvenir á la familia cubana, aquellos que fueron durante una década su más genuino exponente, serán siempre el emblema de su gloria, su más limpio blasón en el concierto de la humanidad y en el seno de la raza.

NARRACIÓN DE UN EXPEDICIONARIO

I

Estábamos en la península del Ramón, enarcado brazo de tierra cuyo contorno exterior lamen las olas del puerto de Banes, mientras el interior es arrullado por las aguas de la inmensa y majestuosa bahía de Nipe. En la playa, riscosa y cubierta de mangles que azota espumante el bravío mar del Norte, rodeado de su Estado Mayor y de un grupo de norteamericanos, hallábase el general Thomas Jordan, el veterano guerrero sudista, que acaso madrugó para venir á defender con su espada la causa cubana. Avanzando tierra adentro por un camino que es como el eje de la península, á doscientos metros del cantil, en la meseta de un cerro que corona un bohío, se había instalado el coronel Bobadilla con un puñado de expedicionarios. En la orilla opuesta del camino hay otra altura desde cuya cúspide se otea el piélago de zafiro de la bahía y sus selváticos contornos, y en donde, á penas pusimos pie en tierra, se instaló el primer cuerpo de guardia. Siguiendo la ladera sur de esta altura, y á la margen derecha del camino, en un terreno sinuoso y hondo, elévase un vasto cocal; á cien metros de los últimos cocoteros, en una casa de mampostería edificada como remate de una

eminencia á guisa de castillo roquero, se habían acuartelado muchos expedicionarios al mando de Cristóbal Acosta, y más hacia lo interior, como puesto avanzado, en un casarón de guano, se hallaban los Rifleros de la Libertad al mando del canario Manuel Suárez. Frente al casarón, del otro lado del camino, limitado en lontananza por el río Tacajó, dilatábase quebrado terreno de desmonte, en forma de rectángulo, cuyas líneas eran hileras de gigantescas palmas reales tiradas á cordel, y que vistas de frente parecían paredones de piedra marmórea, jaspeada de gris por la intemperie, semejando sus penachos festones de parásitas. Al término del palmar se divisaba el brocal de un pozo. A uno y otro lado del camino que unía la playa con el puesto avanzado, entre los prominentes sitios que hemos destacado en la descripción, y exceptuando el terreno ocupado por el cocal, en todo el suelo de la península crecía la vegetación con exuberancia y proporciones de selva, intrincada, lujuriosa, orillada en ambos lados por una triple cadena de mangles, arrecifes y blondas de espumas.

El camino, en toda su longitud, estaba obstruído por montículos de barriles, pirámides de cajas, rimeros de balas de cañón, piezas de artillería, cuerdas enroscadas, sacos apiñados y otros utensilios del alijo. Recuerdo que en el grupo de norteamericanos que rodeaba al general Jordan había un joven de rostro aguileño, ojos azules y cabello rubio, que durante la guerra de secesión había desertado de su hogar y sentado plaza de tambor, y que venía como ordenanza del general. Aquel jovenzuelo, verdadero aguilucho del Norte, sería más tarde águila reina, uniría su nombre al de los más austeros paladines de la causa cubana, por la cual sucumbió gloriosamente. Era Henry M. Reeve. Recuerdo á un húngaro cuyo nombre he olvidado y cuyo fin no me fué dable averiguar, y á un polaco, Estanislao Melowicht, que murió años después en el ataque de Barajagua. El insigne mejicano Benito Juárez nos enviaba dos veteranos de la épica contienda que sostuvo contra el macabro y romántico imperio de Maximiliano,

á Gabriel González, hombre de gran corazón y al capitán Pérez, que tenía una pierna de palo, que no le quitaba impavidez en el combate ni humor para el chiste en todas las circunstancias. Entre los médicos recuerdo á Antonio Luáces, distinguido camagüeyano con aspecto de diplomático inglés, á Sebastián Amábile, que sería una de las primeras víctimas, y á Miguel Párraga; y entre los ingenieros á Mendive, Cañals y Cisneros.

Viendo el grupo de hombres fornidos, sanguíneos, rubios, armados de cuchillos y revólveres, oyendo su acento gutural, se les creería una gavilla de piratas del siglo XVIII. Todos los que estábamos acampados en la península éramos, según las leyes españolas, hordas de filibusteros. Habíamos venido á bordo del *Perrit* al mando del ingeniero Francisco Javier Cisneros, hábil y afortunado conductor de esta expedición. Cuando el vapor levó anclas y en medio de un murmullo de exclamaciones se fué alejando con rumbo á las playas del Norte, hasta que se borró en la lejanía el celaje gris de su penacho de humo, lo estuvo contemplando con un vago sentimiento de nostalgia mezclado al sentimiento de legítimo orgullo que nace así que empieza la emancipación individual. Estábamos en tierra de Cuba, lejos de nuestros hogares, pensábamos en las lágrimas que bañarían las mejillas de nuestras madres, en los afectos que dejábamos para ir espontáneamente al sacrificio; pronto nuestra sangre teñiría la gallarda bandera de la patria que copia en sus colores el azul de nuestro cielo y la estrella melancólica de nuestros crepúsculos. Poner pie en tierra, era ganar una batalla al azar. Al alejarse el barco pirata parecía decirnos: Todo depende ahora de vuestro brío.

Era el mes de Mayo. Los mangles abrían al sol sus flores de nieve y oro, las parásitas sus pétalos de formas caprichosas y de suaves tintas, los aguinaldos sus cálices color de rosa ó lívidos, las abejas de color leonado ó de ébano con las libélulas de color de lila, se confundían con las mariposas que parecían pétalos de toda aquella flora arremolinados por el viento, y que acudían en tropel á celebrar sus orgías de primavera, en

tanto que por los aires se cernía majestuosa el aura entre el gavilán y la gaviota. En la noche surgían de entre la espesura miriadas de cocuyos como fosforescencia de aquel rumoroso mar de verdor; posábanse á chupar las melíferas flores de las palmas, semejando á veces manojos de fúlgidas esmeraldas.

El día 14 llegó á nuestro campo el coronel Mercier, al frente de una legión de holguineros, todos desarmados. El día 15 había ya en el área de la península mil hombres, desarmados como la hueste de Mercier. De un día á otro podía venir el enemigo, atacarnos por mar y tierra para ver de arrebatarnos la expedición, y sin embargo, permanecían cerradas las cajas que contenían el parque y los fusiles. ¿Por qué esta apatía frente á un peligro inminente? ¿Por qué no armar aquellas legiones de inermes, que venían en busca de un fusil y un puñado de pólvora para ir á cumplir el sacrosanto deber de morir luchando por la salud de la patria? Por el endiablado personalismo que tantos males habría de acarrearnos más tarde impidiendo la unidad de mando, porque la colectividad salía de su infancia y, como es ley, tenía que adquirir la experiencia á precio de caídas, dolores y crueles desengaños.

II

Al amanecer del día 16 circuló la noticia de que el enemigo había desembarcado en Punta de Tabaco. A las seis de la mañana salió á explorar el teniente Coppinger con ocho rifleros. A las siete se oían los primeros disparos en dirección del palmar. Tres obuses de montaña, que habían llevado la víspera al puesto avanzado, fueron colocados delante de la cerca que se alzaba frente al casarón de guano, detrás de la cual se habían desplegado los rifleros. Coppinger se batía en retirada por el palmar; cada vez oíamos más distinto el fuego de los españoles que avanzaban y que á poco aparecieron en el horizonte, correctamente desplegados en guerrilla, cubriendo sus flancos con las palmeras. En medio de la línea enarbolaron la bandera de oro y grana.

Se ordenó al cabo Enrique Collazo hacerse cargo del servicio de los obuses; como no había artilleros, un norteamericano se ofreció á servir el obús de la izquierda; el corneta Antonio Durio el del centro y Collazo el de la derecha. Cerca de las piezas estaban Manuel Suárez y Gabriel González. El enemigo hizo alto y rompió el fuego. Los rifleros contestaron llenos de animación. Algunos gritaron:

¡ Fuego á la bandera !

Y á poco, en el ruido del tiroteo, cayó al suelo el oriflama. El enemigo siguió avanzando hacia el pozo; al atravesar la cañada recibió un chaparrón de balas, pero no vaciló, siguió su avance, arrogante, impávido, con marcial lentitud. Refuerza su ala izquierda, de la que se destaca un grupo como de treinta hombres al mando de un alférez; excitados por la corneta que ordena la carga á la bayoneta, viene sobre nuestras piezas haciendo converger sus fuegos hacia ellas. El artillero norteamericano, que se disponía á disparar su obús, es derribado por un balazo en medio de la frente. Al mismo tiempo Durio, que tenía en tensión la correa del flector, recibe una herida, vacila, se bambolea, cae de espaldas y, al caer, como no abandona la correa, dispara su obús. Collazo, herido en una pierna, dispara la pieza que custodia. Estos disparos hacen cejar al enemigo que retrocede á incorporarse al ala de que había salido.

No había con qué cargar de nuevo los obuses. Durio, vuelto en sí, hecha á andar y se incorpora á los rifleros. Collazo arrastra su obús hasta el camino y se une á los rifleros que comienzan á replegarse hacia la casa en que se halla Cristóbal Acosta. Los primeros en el desfile llevan en hombros varios heridos, entre ellos á Gabriel González. El enemigo avanzaba resueltamente hacia las piezas, los ocho rifleros que quedaron á retaguardia se retiran hacia la casa de Acosta, abandonando el puesto avanzado en el que quedaba Castro agonizando, atravesado el pecho de un balazo; á su lado el cadáver de Rueda con el cráneo despedazado; junto á la entrada, caído de bruces, el cadáver del jo-

ven Abreu, y más lejos, entre surcos de hortalizas, tendido boca arriba, el del mulato Chamizo, segundo corneta de los Rifleros.

El enemigo llegó al puesto avanzado, se apoderó de nuestros obuses, lanzando estruendosos vivas, enarboló su bandera en lo alto del casarón y poco después lanzaba rachas de balas y torrentes de metralla sobre la casa de mampostería en que nos habíamos asilado con los treinta y seis hombres de Acosta, el cual durante la primera parte de la acción, había permanecido allí sin enviarnos refuerzos ni quemar un cartucho.

Embriagado por su primer triunfo, el enemigo, á paso de carga, bayoneta calada, arremetió con tal ímpetu y bravura sobre la casa de Acosta, que se la abandonamos precipitadamente, dejando en su poder un expedicionario herido y llevándonos á cuesta y á duras penas un soldado negro. Nuestro horizonte se nublaba, y como la nube de oro y grana de nuestro ocaso, se alzó en el terrado de la casa de piedra el pabellón de España

Nos replegamos hacia el cocal, parapetándonos tras de una cerca que lo acotaba. La cabeza de nuestra ala caía sobre el camino, destacándose en ella, caballero en hermoso alazán, la varonil figura del doctor Sebastián Amábile. Resueltos á sostenernos en aquel sitio protegidos por los troncos de los cocoteros, rompimos el fuego sobre la casa. Cristóbal Acosta, aprovechando el estado de los ánimos, nos decía:

—O nos salvamos con la expedición ó perecemos con ella.

En esto, del lado del Nipe se oyeron nuevos rugidos de cañones. Dos buques de guerra que cruzaban frente al cocal, empezaron á foguearnos, con tan mala fortuna por la posición desventajosa que ocupaban y lo bajo del terreno en que nos hallábamos, que las balas de sus cañones pasaban rasando por las copas de los cocoteros, arrancándoles algunas pencas que caían oscilando como enormes plumas verdes, y amenazando tan de veras la casa de Acosta, que á las dos de la tarde el enemigo, en parte hostigado por nuestro incesante

tiroteo, abandonó esta posición volviendo al que fué nuestro puesto avanzado.

Corrimos á la casa: el expedicinario herido que habíamos tenido que abandonar, había sido descuartizado á machetazos. El cañoneo de los buques, que amenazaba demoler la casa, y la metralla que desde el casarón nos lanzaban con nuestros obuses, nos impidieron volvernos á nuestras posiciones del cocal. En el extremo de la cerca, al lado de Amábile, siempre caballero en su alazán, estaba Valentín Goicouría. Los rifles seguían replicando á los obuses. De pronto vimos el caballo de Amábile, sueltas al viento las profusas crines, enarcadas las orejas, que huía espantado á lo largo de la cerca. Al mismo tiempo oimos á Acosta que gritaba:

—¡Socorran á Sebastián Amábile!

Collazo, Cañals y un soldado, corrieron al lugar en que había caído Amábile, y como se aprestaran á cargarlo:

—Déjenme,—les dijo—puedo andar.

Cañals y Collazo revelaban en sus fisonomías el horror y la lástima. Lo asieron por los brazos y lo encaminaron hacia el puesto de Bobadilla. Cuando ví el rostro de Amábile quedé petrificado de espanto. La bala había penetrado por el pómulo izquierdo y salido por la frente, el ojo había saltado del cóncavo y le colgaba sobre la mejilla. Por la grieta de la frente se veía la sustancia del cerebro, del profundo y rojizo cóncavo manaba sangre y un líquido viscoso, que borraba la morada aureola de la grieta del pómulo. Como al andar, el ojo le azotaba el rostro, rápidamente y sin que nadie pudiera impedirlo, se lo arrancó de un tirón y lo arrojó entre el monte.

—¡Por Dios, Sebastián!,—exclamó Collazo,—eso es matarte.

—No lo creas,—repuso Amábile,—mis horas están contadas.

Al llegar con el estoico herido cerca del puesto de Bobadilla, se nos unió, afable y solícito, el doctor Luáces. No era prudente permanecer allí por el cañoneo de los buques. Seguimos para el monte á la vez que

un pelotón de norteamericanos, al mando de dos oficiales, subían á puños por la ladera del cerro en cuya cumbre estaba Bobadilla, relumbrante pieza de bronce. Uno de los oficiales preguntó á Collazo qué posición ocupaba el enemigo; Collazo, indicándole una línea gris que asomaba por encima del monte—el caballete del casarón de guano que tendría unas seis varas de altura —le dijo que allí se habían replegado las fuerzas españolas.

Dejamos á Amábile, que se había desmayado, en el sombrío del bosque, y volvimos al camino. La pieza de bronce, agazapada en lo alto del cerro como un tigre, era cargada á toda prisa. En el cocal el fuego era más intenso y continuo: Acosta y sus hombres mantenían su decisión con gallardía.

—¿Cómo va esto?—dijo Collazo á Goicouría.

—Creo que el enemigo se retira, he visto pasar dos grupos cargados como acémilas.

—No puede ser que se alejen, mira allí la bandera.

Un trueno interrumpió el diálogo.

—¿Qué es eso?—interrogó Goicouría.

—Los yankees que empiezan á batir el cobre.

Momentos después se oyó el segundo rugido del tigre del cerro.

—¿Negarás que se van? Míralos, ahora atraviesan el camino, se van por el palmar.

—No puede ser, te digo. ¿Cómo habrían de olvidar la bandera?

—Su fuego ha cesado. Se van, te repito. ¿Vamos á la casa de Acosta?

—¡Vamos!

En compañía de Collazo y Goicouría, y sin recibir un solo disparo, llegamos á la casa de Acosta. Los buques hacían proa hacia la costa opuesta de Nipe. De una carrera, y seguidos por los que estaban en el cocal, llegamos al casarón. Goicouría, que iba el primero, arrebató la bandera lanzando un desesperado ¡Viva la República! La retaguardia enemiga desfilaba entre las últimas palmeras, le hicimos algunos disparos que no contestó y desapareció por el rumbo del río.

A la entrada del casarón, apoyado en un taburete de cuero, estaba el alférez Bonavia, deshecho uno de los hombros por un balazo; á su lado Abreu en la misma posición en que le dejamos al abandonar el puesto; á Castro le habían hendido el rostro á machetazos; cerca del cadáver de Rueda, un soldado, herido en un muslo, se querellaba amargamente; más lejos agonizaba un sargento en medio de un charco de sangre; entre las astillas de un taburete sangraban los palpitantes miembros de un capitán graduado comandante, hecho pedazos por una de las balas de la pieza de bronce. En torno del casarón la apoteosis del triunfo era más imponente todavía. Tendidos en todas las actitudes, en la lacia de la muerte instantánea, en las crispaturas de la agonía resignada ó iracunda, yacían cincuenta cadáveres. Otras víctimas, escalonadas desde el palmar hasta el casarón, marcaban como jalones los empeños del primer avance. En el pozo habían arrojado también algunos muertos.

A las cuatro de la tarde todo había terminado. Enarbolamos nuestra enseña en el mismo ástil en que había flameado el oriflama español, como emblema de victoria y de señal para los dispersos. Recuperamos los útiles que juzgábamos perdidos, excepto la maleta de Manuel Suárez en que se guardaba la bandera de los Rifleros de la Libertad que, inmaculada, paseó luego el enemigo por las calles de Santiago de Cuba.

No sé decir á punto fijo el número de los contrarios; después he oído repetir que eran dos compañías del Regimiento de la Corona, al mando del comandante Mozo Viejo.

Sepultamos cerca del cocal siete expedicionarios, únicas bajas definitivas en aquel día. En el hospital había diez y nueve heridos más ó menos graves. De los heridos del enemigo que hallamos en el casarón, y que más tarde, con los nuestros, trasladamos al hospital del Júcaro, el soldado murió de gangrena, poco después el sargento, y el alférez Bonavia, que retuvimos prisionero durante dos años, fué pasado por las armas en jurisdicción de Cuba, en 1871.

Los desarmados procedentes de Holguín, como no se les proveyó de armas, se retiraron por el monte al comenzar el combate, menos ocho que permanecieron al lado de los Rifleros. Tampoco el general Jordan pudo tomar parte en la acción, porque el guía se extravió con él en el bosque.

El día 20 abandonamos la península del Ramón y marchamos para el Júcaro, siguiendo después á Bijarú. Aquí, transcurridos catorce días del combate, murió el doctor Sebastián Amábile. Sobrellevó sus crueles padecimientos con admirable entereza y pasmosa resignación. Su postrer adiós fué un grito de gloria.

EL TENIENTE SALAZAR

I

—Nos batíamos en retirada... El fuego había cesado. Sonó en el aire un gruñido, sentí en la pierna derecha un ligero golpe, frío, un dolor agudísimo... Caí desplomado. Era la última bala del combate, destinada á fracturarme un hueso.

—Pero no hay peligro; el médico, al partir, le dijo á Emilio que usted sanaría por completo.

—¿Cuándo vuelve Emilio?

—Ni él mismo lo sabe. Marchó en comisión al Camagüey para seguir tal vez á Oriente.

—Es cierto, olvidaba que yo debía formar parte de esa comisión. ¡Dios quiera que pronto pueda incorporarme á ellos!

—¿Tanto le fastidia mi compañía?

—No, señora, yo no olvidaré nunca sus infinitas bondades, pero si anhelo estar restablecido es por relevarla á usted de su penoso trabajo, porque ya tardo en ir á ocupar mi puesto de honor.

Un ruido sordo y lejano interrumpió el diálogo. Pasado un momento, la voz de mujer que respondía á la voz del herido, lo reanudó diciendo:

—Son jinetes españoles que hacen rumbo al llano. Cualquier día se les antoja llegar aquí, asaltar el ran-

cho, hacerme prisionera, ultrajarme... ¡Y usted no ve el momento de dejarme sola!...

El teniente, poniendo en tela de juicio lo primero, y viendo en lo demás desmedido afán de cambiar el giro de la conversación, respondió con cierta aspereza y descuido:

—Mientras yo esté aquí, nadie osará poner mano sobre usted. Si, por desgracia, cuando yo esté lejos, cae en poder del enemigo, la llevarán á la ciudad sin hacerle daño. Mujeres como usted, Rosa, imponen hidalgo respeto á los hombres más depravados.

No tardó mucho en advertir el teniente, con creciente asombro y honda tristeza, que cada día iba haciendo Rosa menos divino su piadosísimo papel de hermana de caridad. Pretextando casualidad ó sin parar mientes en ello, no temía rozar los retorcidos rizos de su nuca con la sedosa barba del herido; ofrecerle, en estudiado abandono, el cuello desnudo, impúdico y tibio para provocar el beso; mostrarle al descuido la pureza intachable de sus líneas ó la estatuaria morbidez de sus contornos. Porque Rosa, morena y corpulenta, era una mujer formidable por la gentileza y la plástica de su cuerpo robusto y delicado, algo así como la estatua de la tentación vaciada en ámbar, animada por los fulgores de esos ojos cubanos que tienen centelleos, sombras, majestades y ardores de las noches estivales de nuestra zona.

La lucha, aunque silenciosa, estalló entre ambos rivales. Rivales, porque el teniente Salazar, hombre de correcta apostura y bien delineada cara, con ojos, color y barba de árabe, rizosa y selvática cabellera, parecía predestinado para oponer su varonil y típica belleza á la belleza de Rosa, flor y nata de su sexo; porque el teniente era la voluntad reflexiva y austera, y Rosa la carne llena de gracia y fuego. En aquel drama sin palabras, automático, incruento, el hombre de armas, sobrecogido, se resignó á resistir con todas sus energías hasta que pudiese apelar al supremo recurso de la fuga.

Rosa, con frenesí de poseída, resuelta á sacar triun-

fantes sus deseos, iba estrechando el cerco al inválido, asediándolo implacable con refinamientos de ternura, consagrándose á él con ardorosos mimos de enamorada, con abnegación y solicitud cuasi maternales. El teniente, viendo latir bajo el fuego de aquella pasión indómita la liviandad del instinto animal, oyendo entre las melodías de su voz el grito imperioso y avasallador de la hembra voluptuosa, sintió como suya propia la tremenda decepción que agobiaría el ánimo de su commilitón y amigo si, como él, hubiera sondeado el ánimo de aquella mujer; mas luego, irritado, en ímpetus de angustia y desesperación acrecentados por su impotencia y postración, más de una vez estuvo á punto de apostrofarla, de escupirle al rostro la presunta culpa para que volviese en su acuerdo y no tomase por aquiescencia á sus seducciones lo que era tolerancia por no abordar de frente y en crudo la espinosa prueba; pero temiendo que la reacción del orgullo herido excediese á sus previsiones, por un sentimiento de galantería, desistió siempre del propósito confiando en la rigidez de su carácter, en que su indiferencia, á la postre, lo emanciparía de aquella singular tiranía, si antes no recuperaba la salud.

Poseído unas veces por la conmiseración más sincera, otras, según el matiz de las ideas que predominaban en su conturbado espíritu, por la repugnancia más honda ó la serenidad más completa, raras veces, si algunas, cruzaban por su ánimo, como luminares de relámpagos, cosquilleos de vanidad, sombras de pavura como el que siente el vértigo de los abismos.

II

Lentamente, como para hacer más cruel el insólito tormento que padecía, fué el herido recobrando salud y fuerzas, y en aquella restauración de vida, que resurgía más vigorosa, como la vegetación al beso fecundador de la primavera, Rosa avigoró sus halagos, prosiguió la porfiada lucha con mayor audacia y desenvoltura.

Un día, haciendo un esfuerzo, probó el teniente á

incorporarse con el intento de si salía airoso huir de aquel sitio para siempre jamás. Mucha era su fuerza, inquebrantable su lealtad, pero aquella soberana de belleza empezaba á fascinarlo, sentía ante ella que su vigor declinaba y vacilaba su firmeza y en tales momentos, amodorrado, pensaba que quizás aquella vehemencia no sería á secas fiebre de la carne, sino embriaguez de sus sentidos; pasión desbordada, insana, criminal, pero espontánea, sincera, capaz de realizar el sacrificio... Probó á incorporarse y con gran sorpresa suya se mantuvo erguido sin apoyo alguno, y sin sentir malestar físico recorrió la estancia sin vacilaciones ni tropiezos. Retozándole el gozo por el cuerpo fué á ceñirse sus armas con extrema agilidad, pero al poner las manos sobre ellas, Rosa, agarrándose á su brazo hasta clavarle las uñas, crispado el labio, con voz que empezó arrullo de tórtola y acabó rugido de pantera:

—No!—gimió.—No te vayas! Quiero que seas mío, sí, lo quiero, lo exijo! Yo soy tuya, no más que tuya...

Y echándole los brazos al cuello imprimió sus quemantes labios en la trémula boca de su víctima.

—Rosa!...—balbuceó el teniente.

Era la hora de la siesta. La naturaleza, como en el desmayo de inefable deliquio, languidecía en voluptuoso sopor. Reverberaba la atmósfera, los ruidos se desvanecían en apagados murmullos, en monótona y vaga melopea; los árboles permanecían inmóviles como si tuviesen follaje de plomo; las plantas se doblegaban abrasadas por el beso del sol; el pájaro yacía adormilado en la rama umbrosa; de un espasmo espiraba en su tálamo de pétalos la irisada mariposa. A la turbación y somnolencia que produce el bochorno del medio día, sucedió el vaho húmedo y tibio de la primera brisa, balsámico y resinoso, como una oleada de incienso...

Vino la tarde con su bacanal de colores. El teniente, como el que vuelve de un letargo despertando de una sacudida, clavó en Rosa los extraviados ojos y mascullando las frases le dijo:

—Lo juró el caballero al calor de tus besos y el caballero muere por la fe jurada. Me uniré á Emilio,

guardaré hipócrita silencio, callaré tu crimen y mi infamia. Cada vez que él me hable de ti le cantaré esta mentirosa letanía: Rosa es una santa, te es fiel como un perro, nunca dudes de ella, ni de mí; ella es la pureza, yo soy el honor. La mentira no abrasa el labio, tú y yo tendríamos bocas de calaveras. En la pelea, cuando yo iba el primero, Emilio me disputaba el puesto, no para disputarme la gloria, sino para servirme de escudo. Como es más gordo que yo... Cuando caí herido no quiso que me internasen en el monte, porque corría el riesgo de que me amputasen la cabeza ó me dejasen morir de hambre. Me trajo á su hogar, te hizo mi enfermera. ¿Cómo dudar de tu virtud ni de mi fortaleza? Nadie sabrá lo que ha pasado, tú y yo guardaremos el secreto y seguiremos viviendo como enmascarados entre tanta gente consagrada al sacrificio y á la abnegación.

Rosa, arrugando un pañuelo entre sus crispadas manos, macilenta, gemía sordamente, dejaba correr sus lágrimas sin replicar á los amargos sarcasmos de su cómplice. Este, cambiando de tono, con voz más firme y semblante menos hosco, prosiguió:

—Huye á la ciudad, apártate de Emilio. Sigue mi consejo como si fuese el mandato de tu madre moribunda. Pídele á Dios que una bala postre á Emilio en el campo antes que conozca mi traición, así morirá tranquilo, bendiciéndote, consagrándome su último recuerdo.

Ciñóse sus armas y saliendo bruscamente, sin mirar á Rosa, se encaminó á una arboleda cercana, perdiéndose entre sus tenebrosas naves.

Pasó un momento. Sonó un tiro. Y siguió reinando el silencio melancólico y profundo del crepúsculo.

. . . . . .

La noche de aquel día un oficial que se encaminaba al rancho de Rosa, al atravesar la arboleda, notó que su caballo se encabritaba y detenía de súbito. Buscó ansioso la causa del espanto y pronto paró los ojos en el lívido cadáver del teniente Salazar, iluminado por la argentina lumbre de la luna, destrozado el cráneo por

la bala de un revólver que resaltaba sobre un charco de negruzca sangre. Echó pie á tierra, se descubrió con religioso respeto, contempló un instante, abismado, el cuerpo del suicida, y registrándole los bolsillos del pantalón halló una hoja de papel donde leyó, escritas con lápiz y mano segura, las siguientes palabras:

« Emilio:

« Te he inferido la ofensa más odiosa que puede inferirse á un amigo, pero un resto de pundonor me manda ofrecerte esta cumplida satisfacción: mi cadáver.

« SALAZAR. »

DOS AMIGOS

I

La luna acababa de ocultarse tras las cumbres de las montañas bañando en rosicler las ingentes alturas de las villas orientales, produciendo su ocaso—espejismo de aurora—un oriente de estrellas que, como lirios de luz que de súbito abrieran sus áureos cálices, centelleaban sobre el fondo turquí de un cielo de estío esplendoroso y sereno.

A poca distancia de las fragorosas montañas, en medio de pomposo lauredal, sobre un otero, álzase un edificio de piedra cubierto de lamas negruzcas y verdegay, con puertas y ventanas color de almagre, gacho, extenso y sólido, construído con elementos sacados del próvido patrimonio, rocas de la sierra y árboles del bosque, hierro y cobre vegetal. En torno del índico arbolado, la llanura cubierta de hirsuta hierba, elevada y profusa, ocupando vastísimo terreno, como imponente arroyada de vegetación que crece vertiginosamente, y á lo lejos, el bosque negro é inmóvil como una prolongación de la sierra sumergida en la sombra.

Momentos antes de la alborada, una columna española desembocaba en la llanura, quedando la reserva en las estribaciones de la sierra, yendo la descubierta, á salto de lobo, á apostarse en el lauredal, agazapándose

tras los robustos troncos de los árboles. La columna había salido de la vecina población de Trinidad, pisándole los talones á unos fugitivos que habían escapado á milagro de entre las garras del león, y volaban á consumar el delito que no era hasta entonces sino anhelo platónico. Acaecía lo que vamos narrando en 1869, época en que el pueblo de las Villas, siguiendo el ejemplo de orientales y camagüeyanos, realizó su asombroso aunque estéril éxodo, saliendo al campo, el 6 de Febrero, en número de catorce mil hombres, vagando como beduinos ó romeros, sin guías y sin armas, en innúmeras caravanas, ó emprendiendo arriesgadas peregrinaciones á las comarcas del Este, en demanda de pertrechos de guerra, para volver á la región natal á ofrendarse en aras de la patria. Volaban los fugitivos á unirse á las caravanas de desarmados, pero no pudiendo despistar á sus perseguidores que se les venían encima, decidieron hacerles frente ocupando y abarrotando la casa del lauredal, abandonada por sus dueños desde el comienzo de la rebelión.

Creyendo el jefe de la descubierta que los fugitivos se habían incorporado á algunas de las gavillas que pululaban por aquellos contornos y que iban á hacerle resistencia en el edificio, ordenó romper el fuego sobre las partes más vulnerables de la casa. Con gran estrépito fué á incrustarse en el maderámen una granizada de balas, á esta granizada respondió de lo interior una serie de detonaciones á intervalos regulares, y así fué prolongándose aquel concertante de estampidos, semejante al vocerío de colérica asamblea, que acallase de cuando en cuando la voz estentórea de un tribuno fornido y lacónico.

El fuego que partía de la casa fué siendo cada vez menos continuado y nutrido, á ratos un relámpago rojizo que parecía brotar de las paredes como la explosión de una grieta volcánica, una onda de humo, un sonido sordo, luego un receso prolongado, hasta que volvía á repetirse el mismo espectáculo de pirotecnia, que ya empezaba á amoscar á la tropa sitiadora.

Habían enviado los sitiadores tres cadáveres y otros

tantos heridos para la reserva, y como transcurriera largo rato sin que los sitiados diesen señales de vida, ordenó el jefe que cesaran los fuegos para dar el asalto á los primeros esplendores del alba. No había acabado de circular la orden, cuando se oyó en lo interior de la casa el trueno de una detonación, al que siguió otro más estruendoso, reinando después en el acribillado edificio, cien veces fusilado, el medroso silencio de los sepulcros.

A la trémula luz de la alborada algunos grupos de infantes fueron acercándose cautelosamente á la silenciosa casa. Como intimasen repetidas veces la rendición sin que nadie respondiese, enarbolaron los fusiles como garrotes emprendiéndola á culatazos con puertas y ventanas. Cedió una puerta triscando en cien astillas, y por aquella brecha, tras un rayo de luz, entró un sargento seguido de algunos soldados. Cuando llegó el jefe de los asaltantes, al róseo resplandor de la madrugada sólo halló en el vasto y húmedo salón un cadáver tendido al pie de una ventana y un moribundo acurrucado en un ángulo sombrío.

II

El que yacía junto á la ventana era un joven como de treinta años, delgado, de mediana estatura, cabello corto, bigote espeso y bermejo y ojos vidriosos de un gris azulado. Estaba tendido boca arriba, los brazos en cruz, una pierna estirada, la otra contraída en ángulo agudo, las balas enemigas le habían horadado muslos, vientre y clavícula, ostentando en medio de la frente un agujero circuído de un halo de púrpura y hollín.

El herido, más joven que el finado, era trigueño, alto, enteco, de ojos negros, barbiponiente; tenía una herida en el costado, dos en ambas piernas, y en la barba una cavidad informe y negruzca que destilaba sangre y de la que pendían aristas de huesos y desgarrones de piel. Convulso, apoyándose con mano insegura para no caer de bruces, paseaba por los asaltantes

su opaca mirada de agonizante sin exhalar una queja. Al acceder á las reiteradas instancias del jefe y del cirujano de la columna, con el tartajeo del senil y el anhélito del tísico, silbando las frases entre prolongados suspensivos, respondió:

—Ibamos á incorporarnos á las filas cubanas... Viendo que no podíamos seguir, nos encerramos aquí... Acordamos disparar sobre ustedes hasta el penúltimo cartucho... Juramos... Ese tiro que tiene en la frente mi compañero se lo disparé yo... éste que tengo en la barba me lo disparé... para morir... antes de rendirme... No había más cartuchos...

El cirujano intentó curarle las heridas, pero resistiéndose el moribundo, fijó en lo alto la nublosa mirada, suspiró con acento cavernoso:

—Así se muere!—y cayó pesadamente sobre el brazo del médico.

MÁRMOL CONTRA GRANITO

(A LA MEMORIA DE "EL CAMAGÜEYANO")

I

La llama de la hoguera, ondulando, retorciéndose furiosa con crepitantes estallidos, coronada de aborregado penacho de humo negro esmaltado de chispas de rubí y oro, ilumina con su rojo resplandor los rostros de tres hombres acurrucados á su alredor á la moruna usanza, maniatados, descalzos, harapientos. Son tres prisioneros: el uno sexagenario, es el padre de los otros, dos mozos de recia complexión cuyas maneras, fisonomías y lenguaje, contrasta con su aspecto de desarrapados labriegos.

Un soldado, envuelto en una frazada, fusil al hombro, va y viene á espaldas de los presos patullando en el herboso suelo, con la grave insolencia de su oficio, yendo de la zona de luz ígnea á la zona de sombras como andante y fantástico espectro. A lo lejos, al resplandor de otras hogueras que flamean y ondulan como cabelleras ó destejidas banderas de color de ascua, vénse los cucuruchos de las tiendas entre los grises paramentos de los ranchos, interrumpiendo á intervalos el majestuoso silencio de la noche, ornada con todas sus

coronas de diamante, las voces de alerta de los centinelas ó el ruido del piafar de las caballerías.

El viento de la noche arremolina los blancos cabellos del anciano, alumbrando la luz de la hoguera sus ojos negros, centellantes, su nariz aguileña, corta y fina, su barba de algodón rala y desigual, su frente amplia y lustrosa, su cutis tostado, con estrías de pergamino y la apretada trabazón del cordaje de nervios de su cuerpo magro. Los hijos, copias aumentadas del anciano, morenos, musculosos, bien proporcionados, ostenta el uno poblada barba de abencerraje de color castaño, estatura más elevada y fisonomía más varonil que el otro cuyo labio sombrea finísimo bozo y cuyo semblante ofrece expresión más dulce y apacible. Agüero y sus dos hijos, miembros de una estirpe que, como otras muchas cuyos solares radican en los llanos del centro y en las montañas de Oriente, podrían pintar en su escudo, como blasón gloriosísimo, el andamio del patíbulo en campo azul y bajo los rayos del pálido véspero; más que rebeldes en servicio de armas, eran adictos servidores de las legiones revolucionarias. Hallándose los tres en aquel mismo campamento en que estaban cautivos, y en el que había pernoctado la víspera una fuerza cubana, fueron sorprendidos por las guerrillas del comandante español Romaní, provinciano de Cataluña, acreditado de bravo y tenaz, y que operaba en la zona que corre á orillas del camino de hierro que va desde Puerto Príncipe á Nuevitas. Un flanqueo deslizándose sigiloso por entre la manigua como una sierpe, los rodeó con su cadena de anillos humanos, y se rindieron sin poder intentar ni la fuga ni la resistencia, sin negar su abolengo ni su oficio. En vano el comandante Romaní, fulminando tremebundas amenazas, intentó arrancarles confesiones favorables á sus planes; el anciano y sus hijos respondieron con la negativa lacónica, enérgica é iracunda de la dignidad ofendida. El problema quedaba planteado, el conflicto era inevitable, Romaní, terco, volvería á la carga; ellos, firmes, se obstinarían en callar, y como no habrían de rescatar la vida á precio de traición, tendrían que aceptar la muer-

te heroica, oscura é ignorada, en el desierto llano, avara necrópolis de anónimos martirios y desconocidas heroicidades, que no admite, como las olas del océano, lápidas ni mausoleos. Así discurría en silencio el anciano, cuando viendo el cielo limpio de estrellas se volvió á sus hijos diciéndoles de súbito, como si concluyese un pensamiento interior:

—Pronto va á aclarar. El comandante insistirá en que cantemos. Ni guías, ni delatores, antes morir mil veces!

II

A un lado del campamento, en un yermo calizo, vasta calvicie de la sabana, se alinearon los guerrilleros en correcta formación, graves é inmóviles, sobre sus cabalgaduras, desnudos los empavonados aceros, que chispeaban al tibio beso del sol. Romaní, de pie junto á la fila de jinetes del primer término, ordenó á un alférez condujese allí los prisioneros á la vez que prevenía á un cabo tuviese listos cuatro tiradores para acudir á su llamamiento.

Entre un cerco de bayonetas, descalzos, desnudas las cabezas, atados codo con codo, harapientos, demacrados por la vigilia, aparecieron los prisioneros. El anciano Agüero, cuyos blancos cabellos arremolinaba el soplo de la mañana en flotantes copos de algodón, paseó la majestuosa mirada por la línea de jinetes, avanzó resueltamente hacia Romaní, cejijunto y con expresión de energía fiera y serena. La voz del comandante le detuvo, se paró como clavado en el suelo, y con arrogante desdén oyó la pregunta de ordenanza:

—Prisioneros, ¿persisten ustedes en callar?

—Sí, señor,—repuso el anciano, crispado el labio y moviendo la cabeza automáticamente.

—¡Prisioneros, el silencio es vuestra sentencia de muerte!

—Pues que se cumpla. No se muere más que una vez.

—Viejo, no me tiente usted, porque... ¡voto á Dios!

Agüero se encogió de hombros, y agregó:

—Ya huelgan las amenazas, señor. Nos sobran valor y vergüenza para sacrificarles la vida.

Romaní no replicó, pero con ademán airado hizo avanzar el grupo de ejecutores que se desplegaron delante de la línea, quedando en el medio, cruzado de brazo, silencioso y sombrío, el inexorable comandante. Rígidos, absortos, estucados en su grave inmovilidad, subyugados por la tragedia que se iba á desenlazar á su vista, los demás testigos de la solemne escena miraban con ojos desmesurados, siguiendo con viva ansiedad los gestos y movimientos de los actores.

Agüero, volviéndose al menor de sus hijos:

—Primero tú, anda!—le dijo.

El joven, erguida la cabeza de adolescente coronada de negros rizos, fué á colocarse junto á las bocas de los rifles que le fulminaban los tiradores. Cuando tornaba el rostro hacia su padre, partió la descarga horadándole el pecho. El primogénito, en el vigor de la edad viril, que reproducía mejor los firmes perfiles de su padre, echó á andar con paso reposado, miró un instante el ensangrentado cadáver de su hermano, cuyas ropas ardían, luego clavó los ojos en los ojos centellantes de su progenitor, al que saludó con reverencia profunda, y cayó de costado, habiéndole la descarga hecho girar sobre sus talones. El anciano miró á Romaní con diabólica mirada, entreabrió los labios como si fuese á proferir tremenda maldición, siguió con paso acelerado para donde yacían sus hijos que formaban como una cruz de cadáveres, tornó los ojos al cielo, sacudió la encanecida cabeza con gesto de loco, y en un clamor que más que grito de hombre era rugido de león:

—¡Fuego!—gritó.—¡Viva Cuba Libre!...

Y cayó boca abajo, extendidos los brazos, como si fuera á estrechar contra su pecho aquellos pedazos de su alma.

Consumado el horrendo sacrificio, tras un momento de pavoroso silencio, Romaní, lívido, mesándose los cabellos, exclamó con vozarrón estentóreo:

—¡Mi caballo!

Una vez puesto en la silla, contempló un instante

el grupo de los muertos que parecía imagen de la inmolación que en sus tres etapas afrontaba aquella generación, y añadió:

—¡En marcha; las auras sepultarán á esos perros!

III

Una mañana del mes de Junio de 1873, Henry M. Reeve, con ciento veinte dragones, acampaba en la hacienda *Yucatán*, situada entre la ciudad de Puerto Príncipe y la Sierra de Cubitas, que era la zona en que operaba el infatigable Romaní.

No habían acabado de descabalgar los jinetes de Reeve, cuando la guardia, apostada en el Alto Sano en que se alzaban las ruinas de la casa solariega, anunció la aproximación del enemigo, compuesto de una guerrilla montada y otra de infantes. Venía á su frente el comandante Romaní, que había salido en persecución de unos merodeadores que la víspera habían saqueado un suburbio. Reeve, por su parte, había resuelto acampar en *Yucatán*, como sitio seguro, para conceder algunos días de descanso á sus fuerzas. En la mutua sorpresa, mientras los dragones de Reeve obedecían al toque de botasillas, los jinetes de Romaní disparaban sobre ellos una granizada de plomo.

El capitán Larrieta, conterráneo de Romaní, que había pertenecido al cuerpo de la Guardia Civil y que defendió con bravura y acrisolada lealtad la causa de la emancipación de Cuba, recibió en aquella primera y única descarga un balazo en la boca, que le quebrantó un hueso. El plomo, que le hirió de rebote, estaba frío, por lo cual el capitán, chasqueando la lengua, pudo arrojarlo diciendo:

—Así escupo las balas, como saliva.

Seguidamente se trabó la pelea al arma blanca. Sables y machetes centellean al sol, culebrean en torno de las cabezas de agresores y de agredidos como argentados relámpagos, se entrechocan con agudas vibraciones, la sangre gotea de los filos, mana á chorros sobre la hierba esmaltada de rocío, los caballos se desploman

pesadamente triscando en la hierba seca sin exhalar una queja, derramando silenciosa lágrima; á ratos no hay más ruidos que el del tragín animal de la matanza, sin voces humanas, sin notas sonoras de clarines; ayes, estertores, ronquidos, choques, topetazos, alaridos, rugidos, rumores de piaras, de corral, de leoneras.

Muerto de un tajo su tordo, enronquecido de tanto vocear, tiznado de pólvora y manchado de sangre, pálido, Romaní en el delirio de la desesperación, viendo el llano cubierto de cadáveres de sus guerrilleros, mientras otros huían á la desbandada, perseguidos por los dragones cubanos, con gesto de furioso, se desgarró los pantalones arrollándoselos en las rodillas á manera de maniota para cortarse la retirada. Empuñaba en la diestra el rifle de un guerrillero que cayó á su lado y el cual disparó hasta que le abandonaron las fuerzas, no la bélica energía. La sangre que manaba de sus heridas le hizo tambalearse; en el vértigo del último desmayo, se alzó sobre los talones, y recordando acaso el postrer grito del anciano Agüero, murmuró con voz ronca:

—¡Viva España!

Y esputando espumarajos sanguinolentos rodó sin vida sobre el esparto de la llanura, donde yacían ciento diez soldados y cinco capitanes. Sobrevivieron á la rota, de los que hicieron la del humo, cuarenta guerrilleros y dos oficiales.

FIDEL CÉSPEDES

I

Cuando se alistó bajo la bandera tricolor apenas fué desplegada en las llanuras del Camagüey, ya tenía conquistada fama de bravo. Algunos meses antes del grito de Yara, la tarde de un domingo, á orillas del Hatibonico, cinco dragones, pasándose de zumbáticos, se mofaron de él llamándole *gallo ronco.* Acometió Fidel al grupo con ímpetu de toro, abrió ambos brazos á compás y despatarró dos dragones; de un mojicón hizo caer á otro panza al suelo, al cuarto, de un puñetazo de pugil, lo echó á rodar como un tonel, haciéndole ver luminarias y quimeras de colores chillones, y al quinto, de una piñada, le hizo manar dos caños de sangre por las ventanas de la nariz. Él salió ileso, sin un rasguño y como esperara en vano el desquite, acabó diciendo con voz ronca y gentil arrogancia, como gallo que campa victorioso sobre el serrín ensangrentado de la valla.

—¡Como éstos necesito veinte!

Fidel Céspedes tenía cerca de seis pies de altura, casi una palma real; espaldas anchas y musculosas, un parapeto de carne y hueso; su empuje y sus fuerzas estaban en armonía con su aspecto y dimensiones; y

era, además, de presencia airosa, de color moreno mate, de ojos y cabellos negros, bigote castaño, voz suavemente ronca, en el peligro inmutable y frío como una mole de granito, en el ataque temerario y descabellado, en el cuartel humanitario, sencillo, generoso. Hombre tan bien constituído, en quien el valor era un producto de su organización privilegiada como la salud y la fuerza, fué ganando grados sin grandes empeños, siguiendo á secas sus naturales impulsos. Era teniente coronel cuando su superior, el brigadier Benítez, viendo una columna enemiga atravesar la sabana, le dijo:

—Métase por la cabeza y salga por la cola, que yo lo apoyo.

Fidel Céspedes requirió los arreos de su caballo, y volviéndose á sus treinta jinetes:

—¡Ojo á las monturas!—gritó.

Poco después un oficial le decía:

—¡Todos listos!

—¡A ellos!—repitió Céspedes clavando los acicates y desnudando el tajante acero.

Y al galope, á la cabeza de los treinta jinetes, arrolló la vanguardia enemiga, abriéndose camino por entre ella como impetuosa y pujante piara de toros corpulentos y bravíos que embistiesen juntos con fiero denuedo, derribando á éstos, atropellando á aquéllos, pisoteando á algunos y estrujando, embutiendo, atravesaron la columna por su eje, saliendo todos ilesos por retaguardia sin perder un hombre, un caballo ni una espuela.

Al acabar la jornada uno de los actores, soldado oscuro, sillar vivo del pedestal en que se yergue á los ojos de la posteridad el prócer de la gloria, asombrado de la proeza que él mismo había contribuído á realizar, exclamó:

—¡A pulso! Si cuentan esto en un libro no va á ver quien lo crea.

II

Seguido de cinco jinetes volvía Fidel Céspedes de las cercanías de Puerto Príncipe, de cuyos fuertes estuvo á tiro de fusil, encaminándose á un cocal situado

á dos leguas de la ciudad. Descabalgó, tiró el rifle á un lado, ató el corcel en sitio umbrío y pastoso y se alejó con rumbo á un grupo de cocoteros enanos, oasis de sombra y frescura, en medio la caldeada sabana. Se echó sobre la hierba, haciendo almohada del sombrero, y momentos después roncaba como un canónigo.

El estampido de una descarga le hizo ponerse de pie. Se restregó los ojos con los puños y miró á su alrededor. Estaba sitiado por una guerrilla; aquellos de sus hombres que como él se entregaron al sueño, despertaron prisioneros, incluso el torpe vigía que pusiera sobre el rastro; su rifle había desaparecido, su caballo estaba muy distante y de detrás de cada cocotero partía una bala rozándole el cuerpo. Sin perder su habitual aplomo empuñó el machete gritando á sus enemigos:

—¡Venga uno á uno á pelear al arma blanca!

Hubo entre los guerrilleros un instante de vacilación, pero un desertor, que días antes obedecía al sitiado jefe, repuso:

—¡No, cuidado no se acerquen á él, miren que es Fidel Céspedes!

Renovóse el fuego con más furia. La fiera enjaulada se acercaba á sus sitiadores cuando un balazo en la pierna izquierda le hizo caer de rodillas. Entonces oyó una voz que decía:

—¡Cojan el caballo!

Al oir esto se incorporó de súbito, avanzó hacia el magnífico bruto que lo llevó sobre sus lomos en la famosa carga, y descargándole un terrible machetazo en la cabeza:

—No gozarán de él!—exclamó, y siguió hacia un macizo de cocoteros, empuñando el ensangrentado machete y repitiendo el reto:—¡Uno á uno, al arma blanca!

Pero cayó á la mitad del caminó acribillado por una lluvia de balas.

CROQUIS DE PALO SECO

I

En el cielo, de un gris azulado, rutilaba todavía la estrella de la mañana, cuando el general Máximo Gómez, al frente de trescientos jinetes y cuatrocientos cincuenta infantes, emprendió marcha con rumbo al Este, desde el potrero *Santa Lucía*, donde había acampado la víspera. Las columnas de humo que despedían los tizones de las hogueras del vivac se confundían con la densa neblina del crepúsculo, envolviendo á hombres y caballos en opacos y ondulantes velos de gasa de tintas de ópalo. Marchaban en silencio, tiritando por la humedad del aire y el gélido soplo de la madrugada, ignorantes de los designios que abrigaba el general al emprender la jornada antes del alba.

En medio un rompimiento de aguas de oro pálido y apiñados copos de rosa, asomó el sol su disco de cristal candente. El general, mudo hasta entonces como una esfinge, ordenó se destacase una guerrilla mixta sobre el flanco derecho, marchando en línea paralela. A poco se oyó un tiroteo: la guerrilla había topado con una patrulla enemiga que forrageaba en las inmediaciones. Cesó el fuego y una escolta condujo ante el Estado Mayor prisioneros, caballos y fusiles, trofeos del encuentro. Gómez, con su genuino acento de sol-

dado, breve, imperioso, gutural, interrogó á uno de los prisioneros, el cual, sin preámbulos ni rodeos, le informó que por delación de un tránsfuga el batallón de Valmaseda había salido de Guáimaro para las Tunas, con intención de apoderarse de un depósito de pertrechos de guerra que, como el pirata el tesoro comprado á sangre y fuego, había sepultado en ignoto lugar de la zona en que operaba, el mayor general Vicente García. Ante esta revelación, el general envió nuevas órdenes al jefe de la vanguardia, sin que se interrumpiese la marcha, que á la sazón era desfile, por un sendero sombrío, aromoso, lleno de gorjeos y arrullos, como que estaba orillado por espesos bosques en los que resonaba, grave, sonoro como el salmo en las naves de la catedral, el himno inefable de la mañana.

Moría el sendero en una sabana cubierta de espartillo ondeante como tembloroso lago verde con cabrilleos de oro, y á cuyo término se alzaba el campo atrincherado que protegía el pintoresco y por tantos títulos histórico caserío de Guáimaro, en que la primera asamblea elegida por el sufragio de los pueblos rebeldes rompió con mano firme el primer eslabón de la cadena del esclavo. Avanzó la columna hacia el caserío, ordenándose la formación en línea de batalla, apoyada la cabeza en un ángulo del cementerio que se alzaba á la izquierda y á larga distancia de la población. A las cornetas cubanas respondió en el lugar la atronadora algarabía del somatén, y en seguida la artillería española empezó á vomitar metralla sobre los sitiadores, cuyo clarín de órdenes impuso atención!... silencio!... Los parapetados seguían lanzando granadas, una de las cuales despanzurró un caballo y arrancó de soslayo á un oficial algunas libras de carne de la maciza espalda, en tanto que los sitiadores permanecían inmóviles y mudos como legiones de autómatas, sin otra agitación que el piafar de las caballerías y el movimiento de marea de los grupos en que se desperdigaba la metralla. Como se prolongara demasiado la singular pasividad de las fuerzas cubanas, dedujeron los de Guáimaro que con su acometividad y diligencia las

habían puesto á raya y obligándolas á desistir de todo intento de asalto, y prorrumpieron en aclamaciones, denuestos y cuchufletas que fueron acallados, para coronamiento de tanto regocijo, con los acordes de la banda militar. Puso término al inmaturo y desordenado alborozo de los sitiados para convertirlo en alharaca de frenéticos, el clarín de los sitiadores que ordenaba reanudar la marcha. Volvieron grupas en correcta formación, dejando á sus espaldas el caserío inundado de sol, con sus toques de aleluya, el estampido de los cañones, el traqueo de los petardos y el coro de gritos y aullidos de la muchedumbre, sinfonía colosal, chabacana, imponente y ridícula. La última granada cayó entre los cascos de los corceles del Estado Mayor, envolviéndolo en una aureola de espeso humo sin causar el más leve daño. Poco á poco, atenuado, confuso, el ruido y el paisaje se fueron desvaneciendo en la lejanía.

II

Servía de práctico á la columna el capitán Mederos, que pocos meses antes había caído en poder de una guerrilla española, cuyo jefe sorteando halagos y deslizando amenazas, quería arrancarle informes acerca de sus conmilitones. A unos y á otras respondió Mederos con rudo laconismo:

—No me da la gana.

—Será usted ahorcado!

—Cuando usted quiera.

El jefe habló aparte con un sargento, éste se encaminó al convoy del que regresó trayendo una soga preparada en lazo corredizo. Lo ciñó al pescuezo de Mederos, lanzó el cabo por encima de la rama de un árbol y ayudado por un soldado izó en los aires como á un fardo al imperturbable prisionero. Cuando la víctima presentó los primeros síntomas de la estraugulación, aflojaron la cuerda dando en tierra con su maltrecho cuerpo. Repuesto del trance, el jefe le interrogó de nuevo:

—¿Insiste usted en callar?

—Ahora, luego y siempre, repuso Mederos.

El salvaje simulacro de la horca se repitió seis veces; Mederos, más muerto que vivo, fué arrojado sobre un montón de pajas, no porque lo tuviesen por difunto, sino como aplazamiento de la tortura por haber triunfado de las primeras pruebas. Pasadas algunas horas volvió en su acuerdo el descoyuntado capitán, observó que nadie le atisbaba, echó á correr como un galgo, ganó el bosque y se incorporó á sus filas.

Al perder de vista á Guáimaro el general Gómez llamó á Mederos.

—¿Es usted práctico en el territorio de las Tunas? le dijo.

—No, señor.

—¿Sabe usted de alguno que lo sea entre los que vienen en la columna?

—Tampoco, general.

—Póngase á las órdenes del jefe de la vanguardia, siguiendo siempre el rastro del batallón que ha salido de Guáimaro para las Tunas.

Partió el capitán Mederos á cumplir la orden del general, que dió al jefe de la vanguardia, teniente coronel Baldomero Rodríguez, las siguientes inequívocas instrucciones:

—Aproveche usted los conocimientos de Mederos; bastan para seguir el rastro del enemigo hasta dar con él. Es preciso encontrarlo y batirlo. Así que lo divise, sea cual fuere la posición que ocupe, cargue usted, que yo le apoyaré en el acto.

Poco después del medio día la columna hizo alto para repartir raciones en el sitio denominado *El Palenque*, junto á una aguada y á la sombra de rala arboleda.

A las tres se reanudó la marcha, yendo la caballería á vanguardia acaudillada por Baldomero Rodríguez; el general Gómez con sus ayudantes al frente del centro de la misma arma y de la infantería, escoltada en su extrema por jinetes de Caonao al mando de Manuel Suárez.

A las cinco de la tarde la vanguardia desembocaba en la vasta llanura de San Joaquín, circuída á trechos

de espinos erectos y punzantes, pirámides de aguzados puñales; de yareyes con sus simétricos penachos, de abanicos triangulares; de palmas canas con sus hojas, como manazas esparrancadas; jalones de setos naturales que hacían del llano inmenso estadío en forma de círculo irregular; rodeado de ancha zona de árboles y arbustos aislados, enguirnaldados de campanillas blancas, róseas y moradas, de retorcidas lianas entretejidas como cordajes de navíos, uniendo sus gargantes y raigambres-manojos de sierpes trepadoras y rastreras que, con las zarzas, la profusa maleza y la urdimbre apretada y recia de la hierba, componen un bosque enano, espeso, inaccesible ruina ó boceto de la selva intrincada y virgen. Al extremo opuesto de la sabana, ábrense dos senderos en divergente, ambos orillados de los árboles y arbustos propios de nuestros calcinados llanos, rodeados de matorrales, y uno de los cuales lleva en derechura al sitio en que se alzan las ruinas de lo que fué trinchera de Palo Seco.

Al llegar al centro de la llanura, la descubierta de la columna, compuesta de ocho hombres, divisa la del batallón de Valmaseda; se detienen de súbito, hacen fuego, y huyen despavoridos, sobando con los sombreros las ancas de los caballos para mejor simular el espanto en la fuga. Atraída la vanguardia española por aquel ardid, creyendo que sólo se trataba de grupo de aventureros exploradores, por ser rara en aquellos lugares la presencia de numerosas fuerzas cubanas, y también porque la configuración del llano no permitía ver los jinetes que les seguían á distancia, se lanza al galope en persecución de los fugitivos. Cuando ya no era posible desviar ni contener el impetuoso arranque, Baldomero Rodríguez ordena desnudar los aceros y carga á fondo á la cabeza de los cuarenta dragones que componen la vanguardia. Chocaron en mitad del llano, rebotaron, se acometieron de nuevo en embestidas de hordas, en pugilatos furiosos, desparramándose y reorganizándose, frenéticos, desmelenados, rugientes. Mientras las dos vanguardias siguen batiéndose al arma blanca, una compañía de infantes españoles, apues-

tos y marciales, se despliegan á la izquierda, apoyados en el boscaje, y rompen nutrido fuego del lado por donde ha desembocado la vanguardia cubana. Vilches, el primer jefe del batallón de Valmaseda, que ha perdido en la embestida el gigantesco y leonado corcel andaluz con que entró en la liza, secundado por el capitán Aguila, dirige con bizarra bravura el fuego de los aguerridos infantes. El general Gómez, que ha hecho desviarse su infantería para que diese paso á la retaguardia, á la cabeza del Estado Mayor, desordenado y magnífico como fantasía árabe, lanza el formidable grito de:—¡Al machete!,—y vuela en apoyo de su vanguardia. El caballo que montaba el teniente coronel Manuel Sanguily, rifoso y desalado, rompe las bridas y huye azorado hacia el grueso de la caballería enemiga. Los jinetes de la retaguardia van desembocando en el llano á rienda suelta, cargan sobre la izquierda en pelotones, disparan sus rifles á una sobre la compañía de línea que manda Vilches, describen un arco de círculo dando una vuelta rápida y arriesgada, y acometen de nuevo, repitiendo la misma evolución. A cada descarga el suelo se cubre de cadáveres, los infantes avanzan, llenan los huecos y continúan serenos y admirables, contestando á pie firme el fuego de los pelotones de jinetes. Vilches cae herido de muerte casi entre los remos del caballo del teniente coronel Enrique Mola; ya la compañía, fuerte de cien plazas, es un corrillo; vacila, empieza á moverse indeciso y torpe y uno de los pelotones se abalanza y consuma el exterminio á machetazos.

El caballo del teniente coronel Manuel Sanguily sigue en su loca carrera por las tortuosas calles que abren en su desorden y movimientos los jinetes españoles. El jinete se adhiere al cuello del bruto, abandonándose á su instinto. Un soldado se echa el arma á la cara para salvar el jinete matando el caballo, pero como éste huía por sobre los brotes de palmas canas con cabeceos de cetáceo, desistió de su deseo por miedo de herir al caballero. Resoplando furioso, sigue á la carrera hacia el lado opuesto de la sabana, pasa junto

á un oficial enemigo que lleva en la grupa de su montura un herido, su propio hermano; va acortando su impulso, da una hocicada contra un árbol y cae sobre el tafanario á la vez que el jinete, de un bote, cae en pie á su lado. Lo acaricia, gana la silla, se enrosca los cabos de las bridas en los dedos, y yendo casi de bruces sobre el animal, lo encamina á las filas cubanas. Apenas se hubo incorporado, distingue sobre las malezas del boscaje corpulento mulato, hundido en la manigua hasta la cintura, que le hace señas para que se le acerque. Creyendo que era un jinete cubano que había perdido el caballo y que impetraba su auxilio para unirse á los suyos, se dirigió hacia él siempre de bruces sobre el rifoso bruto. No había avanzado dos pasos cuando el mulato levanta el rifle y le descarga un tiro.

—No tire, hombre!—le grita Sanguily, creyendo que el soldado sufría una equivocación, y continúa acercándose á él. Pero el mulato seguía impertérrito, empeñado en cazarlo sobre seguro. Vió el jinete, cuando estuvo más próximo, el pantalón azul del soldado, usual entre los milicianos españoles, pero no pudo agredirlo por la posición á que lo obligaba el maltrecho rendaje. Baldomero Rodríguez, atraído por los disparos, va á acometer al miliciano machete en mano, pero el mulato lo rechaza á tiros. Entonces acuden otros jinetes y derriban á balazos al soberbio infante. El ayudante-secretario del general Gómez ve un jinete por el mismo lado del llano que fué teatro de la anterior escena, desnuda el machete y hostiga á su caballo para cargarlo, y ya cerca de él baja el acero creyendo que iba á herir á uno de sus subordinados. El agredido, que era un jinete del batallón de Valmaseda, aprovecha el error con destreza, levanta el machete, y al descargar el golpe una bala le atraviesa de banda á banda y simultáneamente un machete le hiende el cráneo. El doctor Antonio Luáces, que presenciaba la palpitante escena desde su palafrén, amartilló su revólver y fué alzándolo á la altura del ojo con puño de mármol, y á la vez el jefe de Estado Mayor, Rafael

Rodríguez, caballero en su arrogante bridón bautizado *César*, venía á escape en persecución del jinete; la bala de Luáces lo derribó de espaldas y el tajo de Rodríguez lo alcanzó en la caída hendiéndole la cabeza. Joaquín Judas, diabólico matador, bandido vaciado en héroe, cayó del caballo en que cargaba con satanesca furia. Al verle caer, Baldomero Rodríguez, exclama:

—¡Pobre Judas! Lo han matado!

El negro, revolviéndose entre los callos de las bestias, dió un brinco de gato, chispeantes los encarnizados ojos, chorreando sangre de la desnuda cabeza y replicó al compasivo jefe:

—Estoy más vivo que usted!

Se agarró á la grupa de otro jinete cubano que iba cargando, de un salto cayó á plomo á la zaga del compañero, y blandiendo el machete siguió acuchillando con fiereza, gritando entre risotadas:

—¡A cortar cabezas!

La bala que le echó por tierra no le hizo otra mella que aturdirlo, arrollándole de refilón la piel de la frente. El niño Mederitos, sobrino del guía, tan corto de años como de talla, amagó al arma blanca á un dragón enemigo que le hizo fuego á quemarropa, hiriéndole mortalmente. Su jefe inmediato, el coronel González, le increpó así:

—¿Cómo siendo un chiquillo te atreves á cargar al machete á hombres que son gigantes para ti?

—¿Tengo yo la culpa,—repuso el enérgico impúber,—de que usted mandase tocar á degüello?

Mientras tanto, en el centro del llano, seguía la matanza inexorable y tremenda; entre haces de soldados y caballos yacían por tierra veintiséis oficiales enemigos; los corceles cubanos pisaban sobre un pavimento de muertos, chapoteando en charcos de sangre, mientras los aceros de sus jinetes recorrían los montones contrarios, rápidos y mortíferos como hoces de rayos. Reunidas la vanguardia y el centro de la columna cubana, luego que Vilches mordió el polvo con sus galiardos infantes, acometieron con mayores bríos, y á este pujante choque los jinetes españoles, que habían

ido perdiendo terreno, ya próximos á los senderos, retroceden, miran hacia atrás con ojos de dementes, y poseídos del inenarrable vértigo del pánico, vuelven grupas, espoleando con saña las caballerías, yendo á chocar, como tumultuoso y desbordado torrente que se expande y derrama con atronadora violencia, con su propia infantería que avanzaba á tomar posiciones, y á la que derriba, pisotea, estruja, divide y espanta. La primera fase de la lucha duró poco más de media hora, la segunda, que empieza con el desbande del enemigo, duró menos aún, fué un galope apocalíptico: los jinetes cubanos, sañudos, implacables, como si vengasen en la rota legión los agravios que infiriera en su época el implacable caudillo cuyo nombre llevaba la hueste como siniestro arambel de escarnio, acuchillaban la confusa y revuelta patulea, ya irguiéndose sobre los estribos para herir mejor, corriendo á la par de la víctima, pasando por encima del infante caído, magullado por sus conmilitones y rematado por los jinetes que venían á la zaga, quedando sobre el rastro hileras de cadáveres. Unos huyeron por el sendero de la derecha, otros por el de la izquierda, que era la vía que llevaba á la trinchera de Palo Seco. El galopar de los caballos que corrían desaforados, sus relinchos y estertorosos resoplidos, las notas agudas y vibrantes de los clarines, el ludir y chirriar de los metales, el chasquido de los machetes segando hombres como cañas de miel, los desmayados quejidos y lamentos, los gritos de espanto y el vociferar de los vencedores, formaban imponente concertante, terrible y lúgubre parodia de la maleante sinfonía de los regocijados defensores de Guáimaro. Los infantes de Valmaseda que venían á la extrema retaguardia, al oir el estrépito del sálvese el que pueda, y ver, como á la luz de un relámpago, la catástrofe del pánico, los otros infantes apiñados y rotos en lo estrecho del sendero como en una cripta, volvieron la espalda y corrieron á refugiarse como de una inundación en las ruinas de la trinchera. Cincuenta y tres soldados, un comandante y cinco oficiales, lograron ganar aquel asilo; los que intentaron escapar por el otro sendero, todos su-

cumbieron en la huída. Los persecutores, al mando del brigadier José González y del jefe de Estado Mayor Rafael Rodríguez, se desplegaron de frente para acometer á los refugiados en Palo Seco. No había concluído la formación, cuando Rodríguez, espoleando al espumante *César*, partió á escape y llegado casi al pie de la ruinosa trinchera, les intimó la rendición. Hubo una conferencia brevísima entre los refugiados; uno alzó la voz y dijo:

—Nos rendimos si se nos concede la vida.

—Concedida,—replicó Rodríguez.

Alguien murmuró protestas, pero uno de los oficiales las acalló diciendo:

—Harán con nosotros lo que hicieron con los de La Sacra. (1)

Y á pesar de la enérgica oposición del comandante Martitegui, jefe de las guerrillas del Bagá y segundo del Valmaseda, se consumó la rendición.

En los mismos momentos en que los jinetes españoles abandonaban el campo de batalla perseguidos por el grupo de la caballería cubana, desembocaba en el llano la infantería á paso de carga, desorientada por el cuadro que ofrecía la sabana. Sanguily se pone á su frente y les ordena acometer á algunas gavillas de dispersos que iban ganando el boscaje. Al penetrar en las malezas, un oficial enemigo, abandonado por muerto, empezó á incorporarse.

—¡A ese que resucita!—gritó un oficial.

Un soldado le despachurró el cráneo de un culatazo. La lucha había acabado en el llano: lo que siguió fué ojeo, asolamiento, exterminio: se hizo tabla rasa con los que permanecían en pie después del naufragio, se escobó el batallón de Valmaseda, que más luego fué borrado del instituto á que pertenecía.

El sol había pasado de la línea del horizonte. En el ocaso se dilataba una cordillera de peñascos de pizarra perfilados de oro y fuego. Donde el sol había desapa-

(1) Los trece prisioneros del inaudito combate de La Sacra, entre los que se hallaba el médico, Dr. Naranjo, fueron puestos en libertad y conducidos á Vista Hermosa por un ayudante del general Gómez.

recido, una montaña de escorias y ascuas, hendida desde la cúspide á la base, mostraba á manera de pedruscos de encendida lava jirones de nubes color de amaranto vivo ó atenuado, sobre una niebla tintada de amarillo verdoso, grieta de volcán en erupción. En el naciente, en forma de morros, picachos de nubes que cambiaban desde el rosa del caracol hasta el rosa de la pluma del flamenco, y en torno de ellos, como manchas de bocetos, celajes de tintas indecisas, violeta oscuro, belesa, verde Nilo, ocre con visos de verde de ruda, nieve estriada y copos con todos los tonos del gris. A la irisada luz de estos reflejos, atenuados por todos los verdes de la vegetación, recorrían la ruta, empedrada de muertos y fragmentos humanos, los prisioneros de Palo Seco escoltados por los vencedores. Cuando llegaron al centro del llano, inmenso cementerio al aire libre, el comandante Martitegui no pudo reprimir un gesto de altanera soberbia, cruzó los brazos, miró al cielo y exclamó:

—¡Pobres chicos! ¡Cómo envidio vuestra suerte!

El teniente coronel Francisco Aguirre, seguido de algunos exploradores, contaba los cadáveres: desde el centro del llano hasta las cercanías de Palo Seco, incluyendo los del boscaje y los del sendero de la derecha, se contaron quinientos siete muertos. El batallón de Valmaseda se componía de setecientas plazas: muchos de los que escaparon de la refriega perecieron en las rancherías, no contando en el cuadro de las bajas del combate. La columna cubana, entre muertos y heridos, solamente sufrió catorce bajas, lo que no será una patraña para el que haya podido presenciar una carga de caballería en una guerra del calibre y peculiaridad de la que acometió Cuba por su emancipación. El difunto mariscal de campo don Francisco Acosta y Albear, en su ruidoso folleto sobre la guerra de Cuba, narrando al volar de la pluma esta misma acción de Palo Seco, corrobora lo que dejamos apuntado acerca de la enormísima diferencia en las pérdidas de ambos contendores, bien que su estadística no podía ser del todo exacta, como no lo es, porque según precepto que

enuncia en su réplica el general don José Gutiérrez de la Concha, no es cuerdo y mucho menos patriótico que un militar relate las derrotas con todos sus pelos y señales por el efecto enervador y disolvente que produce en el ánimo del soldado, lo que no fué óbice para que el mariscal Acosta y Albear, sin faltar de plano á la tradición, dejase transparentar la verdad de aquel y de otros sucesos análogos.

Conducidos los prisioneros á la zona de la llanura limpia de cadáveres, fueron encerrados en un círculo de centinelas, en tanto deliberaba un consejo de oficiales convocado por el mayor general Máximo Gómez.

III

El archivo del batallón de Valmaseda, que cayó en poder de los cubanos en lo más reñido de la pelea, contenía una comunicación, en clave, del general Jovellar al brigadier Armiñán, el cual le daba traslado al comandante Martitegui, como jefe de las guerrillas del Bagá, en la que se le ordenaba utilizar los prisioneros y fusilarlos después. Entre otros documentos de menor importancia se halló también la noticia del fusilamiento, en la ciudad de Santiago de Cuba, de Bernabé Varona, Washington O'Ryan, Jesús del Sol, Pedro Céspedes y otros jefes de la expedición que conducía el vapor *Virginius*. Ambas noticias circularon raudas por las filas cubanas, dictando el general Gómez las órdenes más severas para impedir las represalias de la tropa. No fué, sin embargo, la orden de Jovellar ni la cólera por la matanza de Cuba lo que provocó el consejo: en él no se aludió á lo uno ni á la otra, ni aun por aquellos que se sentían menos inclinados á la clemencia. El mayor general Máximo Gómez, presidente del Consejo, dijo que aun cuando la ley vigente era harto categórica en la materia, pues de todos era conocido el decreto del Ejecutivo que ordenaba juzgar los prisioneros en consejo de guerra verbal, sabía por cartas de amigos suyos de mucha autoridad, que el decreto había sido modificado, inspirándose sus reformadores

en loable magnanimidad, presumiendo que el no haber llegado á sus manos el texto del nuevo decreto era de atribuirse á que el enemigo hubiera capturado el correo. Por fuero de antigüedad el teniente coronel Manuel Sanguily usó de la palabra, diciendo que si era legítimo y natural ejecutar los prisioneros, era más digno y más noble perdonarlos, militando en favor de esta solución las circunstancias en que se efectuó la rendición en las ruinas de Palo Seco. Recogió la alusión el jefe de Estado Mayor, confirmando lo enunciado por Sanguily y narrando brevemente lo acaecido sin emitir opinión propia sobre el caso. El ayudante secretario Ramón Roa abogó resueltamente por el perdón de los cautivos, arguyendo que después de haber destrozado el batallón en la saña de la lucha, el ánimo se sobrecogía ante la idea de matar á sangre fría á los supervivientes. El brigadier José González opinó que debían ser pasados por las armas así que amaneciese. Entonces se irguió el doctor Antonio Luáces, y en una arenga muy sobria, vehemente y elocuentísima, pidió sin vacilar la vida de los prisioneros, porque creía que por encima de todas las leyes había que colocar el humanitarismo y el honor del ejército de la República, en aquel lance gravemente empeñado. Produjo la arenga el efecto que Luáces se había propuesto alcanzar en un designio de su gran corazón; Sanguily pidió se decidiese el dilema por votación, y la junta de consejeros, convertida en consejo de guerra, votó, casi por unanimidad, el perdón de los vencidos.

Sería la media noche cuando terminó el consejo. La luna derramaba su argentada lumbre sobre el llano, alumbrando aquel campo siniestro en que los vencedores roncaban junto á los mutilados y ensangrentados cadáveres de los vencidos. A veces el campamento quedaba en la penumbra, los árboles entenebrecidos se perfilaban como monumentos funerarios, una lechuza pasaba graznando por la sabana. y la luz caía de lleno sobre tantos cuerpos mutilados, rígidos, fríos, lívidos, como si echase sobre ellos un sudario de impalpable y nivosa gasa.

La carencia de agua, pues todos ignoraban que á pocos pasos de allí había copiosa corriente; la custodia de los prisioneros, las fatigas y emociones de la jornada, fueron causa de que para los más el sueño se convirtiese en desapacible insomnio.

Salió el sol. El llano despedía el vaho á carne y sangre característico de los mataderos. Las auras revoloteaban en el azul, ó aguardaban posadas, moviendo con gravedad sus desnudos cuellos, la marcha de los vivos para entregarse á su macabra gula. La columna se puso en marcha. Los prisioneros heridos, curados con esmero por el doctor Luáces y sus ayudantes, iban en camillas construídas en el cuartel cubano. El general Gómez ordenó se proveyese á Martitegui y sus compañeros de un salvo conducto para que no fuesen hostilizados, y que una sección de jinetes los escoltase hasta ponerlos en rumbo á Guáimaro. Martitegui, pesaroso y cabizbajo, salió al frente de sus hombres, y echaron á andar hacia el caserío como macilentos náufragos que vuelven diezmados y tristes al puerto de donde salieron entre músicas y flores. El mismo día de la acción—2 de Diciembre de 1873—los de Guáimaro preparaban luminarias y banquetes para solemnizar la pretensa victoria de la mañana; uno tras otro fueron llegando los dispersos de Palo Seco que propalaron la nueva de la catástrofe, y á la vela de Bengala sucedió el melancólico flamear del cirio, á las gayas cortinas el funerario crespón y á los convidados del festín el plañidero cenáculo de dolientes.

ZIG-ZAG

APENAS se extinguió en los aires el toque de pie á tierra, los asistentes y la tropa empezaron á desensillar las caballerías, reemplazando los ceñidos frenos con las holgadas jáquimas, para que los brutos pastasen á sus anchas en la fértil campiña. Colocadas en sus puestos las avanzadas y la guardia de prevención, el general Gómez, rodeado de su Estado Mayor, recordó que aquel día—4 de Julio de 1874—era aniversario de la declaración de independencia de las trece colonias, y la plática, animada y amena, se empleó en comentar páginas de historia americana, las batallas más célebres, el carácter del inmaculado y severo Jorge Washington, la admirable sobriedad del acta de emancipación y el asombroso florecimiento de la nación. No habían desflorado el próvido tema, cuando el súbito regreso de los exploradores, al mando del teniente Basulto, anunciando que había fogueado al enemigo que encerraba una piara en un potrero cercano, interrumpió el sabroso diálogo.

—¿Cuántos serán? —interrogó Gómez.

—Unos ciento veinte de á pie y de á caballo,—contestó Basulto.—Parece que se han puesto en marcha y llevan miedo.

«Llevan miedo», en la pintoresca aritmética de los

exploradores, era el denominador común de todas sus noticias, anteponiendo tal vez á la sospecha—que nadie podía abrigar, pero que les sugería su delicada quisquilla en achaques de valor,—de que pretendieran determinar el ánimo del jefe, por instinto de conservación ó por holganza, á esquivar el lance.

—¿Vienen hacia acá?—interrogó nuevamente Gómez.

—No, general, cogen otro rumbo. ¡Qué van á venir acá! Esos no son *fainos*...

—Corneta! Formación á caballo! Un ayudante!

—Mande, general.

—Al brigadier Reeve que venga con dos escuadrones, y que el otro escuadrón permanezca en el campamento con las mismas guardias, que vamos á derrotar esa tropita mientras preparan el almuerzo.

Reeve, que era la primera vez que volvía á la liza después de la herida que recibió en el ataque á Santa Cruz del Sur, exclamó al recibir la orden:

—Celebro esta coyuntura que se me ofrece para demostrar que la pérdida de sangre que he sufrido no me ha quitado bríos para la lucha.

Pocos minutos después se presentó el ayudante haciendo la venia, indicación de quedar cumplidas las órdenes. Y en seguida el escuadrón acampado veía partir á Gómez y á Reeve al frente de los designados para la pelea, deplorando la mala suerte que los condenaba á permanecer mano sobre mano. Tenían fe en la victoria, y á no ser por el espantajo de la disciplina, hubieran protestado de su postergación.

Al salir del campamento, yendo el teniente Basulto á la cabeza de la descubierta, el clarín de órdenes tocó trote, formando vivo y alegre compás las pisadas de los caballos, el chirrío de las espuelas y de las argollas de los fusiles, con el crugido de las monturas y los argentinos sones de los frenos.

En la opuesta ladera de una eminencia se delineaba en ondulosa el callejón de Camujiro, por donde iba la fuerza enemiga, en número de ciento cincuenta entre infantes y jinetes, casi todos pertenecientes á la Guar-

dia Civil, custodiando una hilera de carretas. Preciso se hacía darles alcance antes de que llegasen á un bosquecillo que se columbraba á la izquierda y á un vallado que como dorso de enorme caimán se prolongaba á la derecha, y que con los sólidos, pesados y crujientes vehículos, ofrecían abrigo y apoyo á la infantería. Se ordenó, al efecto, al galope, y el enemigo, que notó el movimiento, empezó á armar bayonetas. Aquellos espádices de acero bruñido que iban surgiendo rápidos como campo de mies que espigara de improviso, reflejó resquebranjándolos como en fragmentos de espejo, á manera de culebreos de oro, los deslumbrantes y abrasadores rayos del sol. El enemigo, erizado de púas como cañaverales de pararrayos, aceleró la marcha; los escuadrones, al toque de degüello, cargan en medio de una lluvia de balas que partían á la vez de las carretas, el vallado y el bosquecillo, que lograron ganar los infantes al mismo tiempo que caían sobre ellos los jinetes de Gómez y Reeve. Los dragones españoles, que iban de vanguardia, no dieron cara, y entre ellos y el centro sólo divisaron los agresores densa nube de polvo, niebla de los caminos, que crecía y se alejaba rápida brotando de los cascos de los brutos que á rienda tendida volaban con sus cargas rumbo á unas trincheras distantes de allí más de un kilómetro.

En el ímpetu de la carga, Maceo, que acompañaba á Gómez con su escolta, no puede contener el ímpetu de su arriscado caballo, regalo precioso del general Sanguily, poseedor de los mejores corceles de la guerra; en la lucha entre los músculos del jinete y la dura boca del animal, rómpense las bridas y ciego y desalado pasa como una saeta por el campo enemigo, en pos de la nube de polvo que levantaban las caballerías de los dragones. Logra deslizarse por las ancas, cae de pie y vuelve al callejón. Un soldado de su escolta se desmonta, le ofrece su cabalgadura, pero antes Maceo ve á un oficial enemigo que amenazaba abrir en canal de un sablazo al ordenanza del general Gómez, dispara su revólver sobre él y le vuela los sesos.

Mientras los dragones, sin ser perseguidos, desapa-

recían en el término del llano, los jinetes cubanos, á medida que llegaban á la liza, echaban los brutos sobre los defensores, repartiendo tajos á diestro y siniestro, hendiendo cráneos, derribando, despanzurrando, haciendo prisioneros á los que no se dispersaban presto, con tanta rapidez y diligencia que los desorganizados infantes no atinaban con las inmediatas malezas que les brindaban amparo y parapeto. El callejón de Camujiro, por un momento, fué la arena del desafío entre el centauro ágil y brioso, moviendo la hoja flamígera, y el infante español, recio y firme como arraigada encina, recibiendo con el plomo hirviente y silbante, y el acero agudo y luciente, al diestro caballero en su furor sordo á las balas y ciego á las férreas espinas que así se clavaban en el seno de los hombres como en el musculoso pecho de las bestias. Aquello duró lo que dura un abrir y cerrar de ojos: los cubanos quedaron dueños del campo; cayó Basulto, el jefe de los exploradores, derribado por una bala y rematado de un bayonetazo; el sargento Nóbrega expiró atravesado por una bayoneta; Ladislao Varona, llamado el brujo, perforado el vientre; gravemente herido el comandante Elías, de la escolta de Maceo; herido también en una mano y en el pecho, el brigadier Reeve; y por doquiera heridos de bala, de bayoneta, de machete, entre caballos en agonía ó exámines, formando marco, fondo y detalle del sangriento cuadro, ochenta cadáveres de infantes españoles, que cayeron con heroica bizarría en el puesto de honor en que los abandonó su disparada vanguardia.

Los rifles, municiones é impedimenta de los vencidos fueron llevados como trofeo y regalo con que se obsequió á los que permanecieron custodiando el campamento. El 4 de Julio de 1776, fausto día en los anales de la libertad, quedaba conmemorado en los llanos de la olvidada y huérfana Cuba, con una brega en que el lauro fué de los últimos americanos, como podría llamarse á los legionarios de nuestra malograda emancipación.

Pocas horas después, una fuerza de caballería española reconocía el callejón de Camujiro, para verificar

las noticias que habían llevado los dispersos. El número de los cadáveres, desnudos y ensangrentados, la disposición de los mismos en montones que dibujaban una línea quebrada, la impresión de los fugitivos viendo relumbrar las hojas en lo más reñido de la pelea, la corta duración de la lucha, hicieron pensar á más de uno en que la robusta mano de un titán, blandiendo colosal y vibrante machete de dos filos, dió un terrible corte en forma de zig-zag, en medio el callejón poblado de compacta muchedumbre de soldados.

SEGUNDA EXPEDICIÓN DE "EL SALVADOR"

(SOBRE NOTAS DE UNA CARTERA)

Vivía en Buenos Aires, la ribereña metrópoli del Plata, asistiendo á la regeneración de aquella sociedad viril que había reaccionado contra las funestas consecuencias de la brutal dictadura del

Gaucho salvaje de la pampa ruda,

como llamó á Rosas el poeta Marmol en su canto de fuego.

Presidía los destinos de la República el viejo Sarmiento, estadista á lo yankee, hombre práctico, de sólidos principios, que en su afán de propagar y reorganizar la instrucción pública, inundó la nación de maestros de escuela, mereciendo por ello el calificativo de loco.

A pesar de los poderosos atractivos del carácter argentino, de la pureza de las costumbres, la belleza de las porteñas, el benigno clima y las ventajas de mi acomodo, no me sentía ligado al hospitalario suelo, me decía en mis soliloquios que era extranjero de condición inferior, y halagaba la esperanza de poder algún día levantar mi tienda de peregrino. Predominaba en mi corazón el amor á la tierra, avivado con el ejemplo de aquel país que gimió esclavo, y un día se alzó en armas y dió el golpe mortal á la dominación española con los

sables de los famosos granaderos de á caballo. No podía remediarlo. Cada vez que atravesaba la plaza de Marte y veía el bronce ecuestre del general San Martín, el émulo espartano de Simón Bolívar, volvía los ojos á la distante Cuba y bajaba la cabeza avergonzado. Cada vez que tenía que decir el lugar de mi nacimiento, la sangre me latía en las sienes y me encendía el rostro. Ser cubano equivalía á cómitre, á negrero, á sibarita embrutecido, y, cuando más, á medroso enamorado del derecho, ó á catecúmeno de socarrones paganos á quienes el interés del lucro hacía sordos á la razón y á la justicia. ¿Qué podían significar ante la masa de lacayos con librea y de apaleados siervos, un puñado de descontentos, poetas y escritores en su mayoría, blanco del ridículo de dominados y dominadores? La respuesta era clara, terminante, tremenda: el vacío que se hizo en torno de Narciso López y sus parciales, el trágico fin del caudillo y sus cómplices, proclamaban que la esclava vivía contenta de sus cadenas.

Yo, sin embargo, esperaba que un día ú otro surgiera el predestinado, un alma del temple del vencedor de Chacabuco ó una personalidad de la elevación y talla del ilustre general Belgrano. Los años corrían, volaba el tiempo, no había indicio de que se realizara mi anhelo, pero yo seguía creyendo y esperando.

Un día, al atravesar la plaza del Cabildo hacia el hotel *La Paix*, vi en una esquina el sumario de las noticias adelantadas por telégrafo desde Montevideo y llevadas por un correo de Lisboa. Lo primero que leí fué este rótulo: «Revolución en Cuba». No leí más. El corazón no me cabía en el pecho, me vinieron antojos de manotear, de dar gritos sin ton ni son, de proclamar á voz en cuello que mi patria se había rebelado contra la opresión qne sufría. Sin darme cuenta de ello me eché á llorar.

Volví en mi acuerdo, vacilé un momento y salí disparado en busca de mi compatriota Juan Manuel Macías. Lo hallé, le dí la noticia atropelladamente, flaqueándome las piernas, accionando como un doctrino.

Macías, que había cooperado en las anteriores

malogradas tentativas de rebelión, dijo, frotándose las manos:

—Esa es la flor de la semilla que sembramos.

Salí, nervioso y agitado, á hacer los preparativos de la partida. Un adiós á los amigos, una despedida al viejo Sarmiento, paternal, cariñoso, disimulando su emoción, no menor que la mía.

—¡Locura, locura!—me decía.

—Presidente—repuse—¿cuándo usted pasó los Andes con cuatro hombres, no iba á acometer una empresa más descabellada que la mía? El éxito la hizo razonable.

Me tendió la mano, se la estreché con fuerza y partí.

En ruta. Escalas: Montevideo, Río Janeiro, Bahía, Pernambuco, Pará. Trasbordo en San Thomas, llegada á New York.

*
* *

En New York me alisto en la expedición del *Lillian*. Zarpamos para Cuba. Fracaso deplorable. A pocas horas de las playas cubanas se agota el combustible y tenemos que regresar. El cargamento va á ser rapiña de miserables mercachifles. Miro, olfateo, observo, y no pudiendo tascar el freno, escribo el proceso de aquel esfuerzo malogrado. Era una acusación demostrada y palmaria. La picota no podía con los fariseos que mi indignación clavaba en ella. Los compañeros, víctimas como yo, me piden que deshaga mi obra. Los perversos no se enmendarán, los hombres de buena voluntad, alarmados, empezarán á cejar, á negar su concurso y auxilio. No discuto, me dejo convencer, y arrojo el manuscrito entre los carbones de la estufa.

Fuí al *meeting*. Oí discursos, proyectos, réplicas, arengas. Salí con la cabeza que me chirriaba en lo interno como olla de grillos, con la convicción de que allí no se hacía nada práctico ni serio: yo venía á luchar como soldado, no á buscar persuasiones ni á servir de escabel á estadistas improvisados y parleros. Resolví huir de allí á todo trance. No había expedición próxima. No vacilé, me despedí de la Junta en Agosto

de 1870, y partí para Nassau. Aquí alquilaría un bote y me haría á la vela para las costas del Camagüey.

Llegué á Nassau. El agente del gobierno cubano, á quien revelé mi proyecto, me dijo:

—No cometa usted esa imprudencia. Espere unos días, muy pocos, é irá más cómodo.

—¿Dónde?

—En el vapor *Salvador*, que se está alistando.

Portador de importantes comunicaciones de la Junta para el Presidente Céspedes, por mejor custodia de las mismas, me resigné á esperar.

El *Salvador* tenía su leyenda. En la guerra entre el Norte y el Sur había servido de *blockade runner*, lo que le rodeaba de cierta fama... póstuma, y en su primera navegación por aguas cubanas logró eludir la persecución y dejar en tierra hombres y útiles.

Antes de verle de cerca se me fué el gozo al pozo. La Agencia Cubana había adquirido el barco en novecientos duros. Tenía dos chimeneas panzudas y altísimas, desproporcionadas para lo exiguo del casco. Era éste de hierro, muy delgado, corroído desde la quilla hasta la borda por el óxido y el contacto del agua salada. Las pailas, carcomidas, cubiertas de parches y zurcidos, hacían recordar la histórica capa del estudiante. Aquel esqueleto ó ruina flotante era vigilado de cerca por los agentes del gobierno de España y sus cruceros surtos en el puerto.

Preciso se hacía alistar aquel cascarón de hierro sin pérdida de tiempo. ¿Cómo lograrlo? El fondo de las pailas no resistía los remaches de las planchas de cobre destinadas á tapar los huecos; debajo de la línea de flotación no había espacio para un zurcido más; ¿dónde apoyarlo? Pero el patriotismo á todo provee: él da habilidad, constancia, fuerzas desconocidas, instintos que maravillan: reemplaza al genio.

Eduardo Toraya, Pascual Ossorio, Joaquín Pizano, Eduardo Botella, Jackson, mecánicos, maquinistas y paileros, con escasísimos recursos, bajan por la escotilla, examinan, auscultan, palpan, discuten y acuerdan poner manos á la obra. Perdidos en la obscuridad del

casco, afanosos, preocupados, infatigables como laboriosas abejas, permanecieron varios días realizando la tarea prodigiosa de galvanizar un muerto. Un día, sudorosos, cubiertos de limalla y tizne, satisfechos y risueños, saltaron á tierra.

—Estamos listos—decían.—Hagan la prueba cuando quieran.

Los profanos, por ignorancia, los peritos, por exceso de entusiasmo, todos convinieron que el vapor era una joya. En el viaje de prueba por la bahía, el *Salvador* había andado once nudos y medio por hora. ¡Oh portento del amor á la patria! La comparación entre la charla excesiva y hueca de los rábulas de tribuna y el martilleo de nuestros obreros endureciendo las costillas del barco, se imponía despótica. Aquella era cascada cantilena de voces aguardentosas: éste el canto sano y potente del trabajo.

Todavía transcurrieron algunos días más, qne empleamos en el acopio de armas y municiones de guerra; en escogitar el medio de hacernos á la mar sin violar el derecho internacional, logrando, al fin, fletar el vapor para la República de Santo Domingo, con cargamento bélico, figurando como tripulantes todos los expedicionarios, los que no pudieron exceder de cuarenta, con arreglo á las toneladas de desplazamiento del menguado buque.

El capitán designado por la Agencia, un norteamericano hercúleo, avezado á los tumbos del océano y á los combates navales, inspeccionó detenidamente el barco y *condenándolo*, como dicen los marinos del Norte, manifestó á los agentes que era imposible zarpar en aquella ruina que amenazaba hundirse por sí sola en el mismo surgidero. A pesar de tan grave pronóstico no se interrumpió el embarque de útiles.

El piloto, un inglés que siempre había surcado los mares en barcos de vela, y al que juzgábamos dotado de gran experiencia y osadía en el oficio, fué invitado á dar un paseo por los alrededores de la ciudad. Lo llevamos en palmas, le hicimos zamparse sendos tragos de ron de Jamaica y... quedó aclamado capitán. Muy

orondo y satisfecho el inglés con el inesperado nombramiento, tomó el mando del incomparable bajel, teniendo á sus órdenes, con gerarquía de segundo, un viejo práctico del dédalo de las Bahamas.

Levóse el ancla, sonó el silbato y partimos. Las pesadas ruedas del *Salvador*, chapaleteando en la bahía, iban dejando en pos de sí ancha estela espumante y ruidosa.

*
* *

Cuando rebasamos de la zona neutral, el jefe de la expedición, coronel Fernando López de Queralta, y el jefe económico, Juan Ossorio, abrieron el pliego de instrucciones. Se nos ordenaba dirigirnos á la costa sur de Cuba, á determinado puerto de la jurisdicción de Trinidad. El general Federico Cavada, desde el campo rebelde, nos había enviado los prácticos indispensables, que se nos habían reunido en Nassau: Vicente Jiménez para arribar al puerto, José Caridad Carpio para orientarnos en tierra.

Durante el día llevábamos un vigía en la serviola: de noche alternábamos dos en las tamboras.

Al venir la noche, desorientado el viejo práctico de las Bahamas, fuimos á dar á un grupo de cayos. Anclamos á tiempo. Como de un momento á otro podían acometernos los cruceros españoles, cuyos jefes conocían tan bien como nosotros las condiciones del *Salvador*, se abrieron las cajas que contenían los rifles. Armados para cualquier evento, rodeado el vapor de bajos y restingas, los vigías de las tamboras anunciaron embarcaciones menores por ambas bandas. Cundió la alarma: nos aprestamos á la defensa, se dió la voz de alto, y la duda y el temor se disiparon como por ensalmo. Eran *raqueros*,—*wreckers*—piratas costaneros que, como los cuervos, viven de los despojos de los desastres marítimos. Vinieron á husmear, hallaron la presa viva, vigorosa y armada y se ofrecieron, como siempre, para sacarnos de aquella peligrosa situación, si pagábamos sus servicios á precio de oro. Faltos del *vil metal*, por un lado, y habiendo declarado el prácti-

co de á bordo que nos sacaría del atolladero, rehusamos la oferta con aspereza, intimándoles que guardasen la distancia.

Al amanecer

montó el ancla en la borda el corvo diente,

se aumentó la presión del vapor para recuperar en lo posible el tiempo perdido, las ruedas chapaletearon en las agitadas olas, crugió el barco arrojando densas columnas de humo negro por sus altísimas chimeneas, y la proa arrolló las aguas trazando una línea paralela á las costas cubanas, que serían nuestra obligada derrota. Como el improvisado capitán era la vez primera que navegaba sobre un buque de hierro, no podía precisar las oscilaciones de la aguja. Navegando á toda máquina no recorrimos aquel día más que seis millas por hora. Vimos muchas velas, grandes y pequeñas, torres de lona en el horizonte; cada una era una emoción, un drama de ansiedad. Los cruceros, sin embargo, no aparecían. Acaso no se movieron de la rada porque no dieran crédito á lo que pasaba á su vista, teniéndolo por quijotesca bravuconada de gente inexperta en lances marítimos; acaso se creyeron relevados de la persecución porque juzgando inevitable el fracaso, los voraces tiburones darían buena cuenta de nuestros cuerpos.

En la mañana del tercer día, mientras yo roía descomunal galleta, disco de granito, vino á mí el animoso é impertérrito Juan Ossorio, me toma de la mano y descendiendo por la escalera de la máquina hasta la puerta de las fornallas:

—Mire usted,—me dijo.—Ese boquete que acabo de tapar con una cuña, un colchón y un trozo de madera, es del diámetro de la cabeza de un muchacho. Por poco nos apaga los fuegos.

Dejé caer la granítica galleta. A pesar del tarugo, empezábamos á hacer agua, primero á gotas, á hilos, á chorros.

—¡Avisemos á la gente!—le dije alarmado por aquellos síntomas, viéndonos envueltos en los horrores del naufragio.

—¿Y cómo achicar el agua?, me respondió Ossorio. No tenemos bomba ni cubos. El único cubo que hay á bordo es el de la máquina para arrojar las cenizas, no podemos usarlo porque no podemos parar, y como es muy pesado, si se le escapa á alguno de las manos, desfonda el barco. Recuerde usted que Ambrón y Botella, antes de zarpar, el uno con un cortaplumas, el otro con un dedo, abrieron dos huecos en el casco con la facilidad que en un panal de avispas. Sólo Dios sabe cómo se pudieron remendar.

—¿Qué hacemos entonces?

—¡Aquí la gente!—gritó.—¡Traigan los platos del rancho!

Nos escalonamos desde las fornallas hasta la borda. Los platos de hoja de lata iban pasando de mano en mano, conteniendo muy poco, unos buches de agua, y así, lenta, muy lentamente, íbamos luchando con el temido elemento que se nos filtraba como manantial y devolvíamos á su seno á sartenadas.

—Lo siento por las municiones que se mojan,—dijo uno.

—Yo por la ropa que visto,—repuso otro, —porque las municiones...

—Yo,—añadí,—por la correspondencia de la Junta, la pobre y buena Junta que nos prepara tan valiosos barcos.

—Lo triste es que el agua salada pone duras las galletas.

—Ya no nos *guindan* de un palo!...

—Pero, caballeros, cuidado, no raspar el fondo.

Y embromándonos y riéndonos, entre epigramas sosos y salados, contuvimos el líquido invasor, quedando averiadas las primeras camadas de la estiba, y viéndonos obligados, mientras duró la penosa y dramática travesía, á repetir con frecuencia la enfadosa operación, siempre amenizada por la zumba y el chiste.

El capitán, mientras tanto, no dejaba de la mano el mapa, el compás y el lápiz, mirando de continuo á la costa; la mano en la rueca y el ojo á la puerta, como reza el refrán. Cuando creía estar en lo firme respecto

de la altura, escupía por el colmillo buches de saliva con trituraciones de tabaco de *kilikinick*, en señal de satisfacción y contento. Sajón de pura raza, no perdía el tiempo, repasaba y aumentaba prácticamente su lección de náutica.

A la luz de los faros de la costa norte, entre bancos, bajos y arrecifes, mirando siempre los perfiles del acantilado, fuimos navegando hacia el este, bajamos al medio día teniendo á la vista la Punta de Maisí, y seguimos trazando una paralela á la costa del sur, limpia y profunda hasta el cabo de Cruz, y orillada por la mole estupenda de la Sierra Maestra. ¡Cómo envidiamos entonces la suerte de los que se hallaban del lado de allá de la Sierra! Tal vez en aquellos momentos eran despedazados por la metralla española: así y todo preferible era su suerte á nuestro incierto destino. Las singladuras eran cada vez más cortas. No andaba más despacio en sus carabelas Sebastián de Ocampo cuando bojeó la isla.

Llegó el séptimo día. Habíamos devorado el desayuno, galleta granítica y tocino de Cincinnati, que eran también los manjares del *lunch* y de la cena, y entre sorbos de café, repique de cucharas, sarcasmos y pullas, íbamos distrayendo la monotonía del viaje y dando al olvido sus peligros, cuando se me acercó el capitán, al que servía de intérprete, y me dijo comunicase á los jefes Queralta y Ossorio la siguiente misiva:

—Si viene una *suetada* el barco se deshace como pompa de jabón. Si hay que torcer el rumbo, no basta el carbón para llegar al puerto del desembarco. Solución conveniente é indispensable: hacer rumbo á Jamaica, reparar el vapor y proveernos de combustible.

Queralta y Ossorio decidieron convocar un *meeting*. Reunida la asamblea sobre cubierta, eligió para presidente á Manuel Pimentel y para secretario al enarrante. Abierta la sesión empezó Pimentel á exponer los temores y planes del capitán. No pudo concluir.

—¡Fuera! ¡Eso es miedo!—gritó uno.

—Al inglés que no *arrugue* y que *arree*. ¡Pues no faltaba más!

—No hay más que dos caminos: ó llegamos á Cuba ó nos vamos á pique con el barco!

—Y es claro,—agregó otro aludiendo al ridículo en que caían los expedicionarios malogrados.—Este es un tabaco que debemos *desperillar* en Cuba. ¡Que no se moje, caballeros!

Se restableció el orden. El voto fué unánime: ¡A Cuba ó al abismo!

Para que el inglés no nos jugase una mala partida, con el debido disimulo, le pusimos un custodio á manera de *detectíve*, preparado el revólver para la primera virada sospechosa.

Por la noche, Andrés Pimentel hacía guardia en una tambora y yo en la opuesta, muerto de sueño.

—¡Mi hermano!—gritó Pimentel rumiando las frases.—Veo un barcazo á barlovento con cinco luces. Nos ha visto y parece que nos corta por la proa.

—¡Caracoles!—exclamé restregándome los ojos para ver mejor.

—Baja y dile al inglés—agregó Pimentel,—que pare la máquina y que sigamos á remo porque sino, ¡nos *trancan!*

Riéndome de la brava ocurrencia bajé y dí aviso al capitán. Este echó la corredera, tocó la campana de alarma, y se forzó la máquina. Corríamos á todo vapor andando... ¡¡cuatro millas por hora!!

Sin darnos aviso, todos nos reunimos sobre cubierta atisbando al monstruo de los cinco fanales. No oí palabra, ni ví gesto ni actitud que delatara recelo ni temor. Pasó el monstruo, lento, sereno, y nuestra gente se recogió para restaurar fuerzas, permaneciendo en vela los de guardia y de servicio. Al día siguiente, octavo de la travesía, debía verificarse el alijo.

*
* *

Vino la aurora del octavo día. El desembarco debía llevarse á cabo en las primeras horas de la noche, sin embargo, después del cuotidiano baldeo, los expedicionarios, á los que no cabía el gozo en el cuerpo, se calzaron las polainas y se ciñeron el cinturón después

de vestirse las holgadas y ligeras chamarretas. Otros, que también tomaron las vísperas con temprano, emocionados porque se acercaba la hora de pisar tierra, apenas se desayunaron ó se conformaron con sorbos de agua caliente filtrada á través de un puñado de polvo de café, inodoro y seco como arena, fumando cigarros sin intermisión hasta acabar con las reservas.

A las dos de la tarde estábamos frente al pintoresco laberinto de Las Doce Leguas. Algunos pescadores empezaron á mirarnos con recelo. Acortamos la marcha y nos fuimos alejando. Había que esperar las sombras de la noche. Los expedicionarios, para matar el tiempo, se lanzaban al agua desde la borda ó las tamboras, con algazara y juegos de pilluelos. Muchos de entre ellos eran excelentes nadadores.

A las cinco pusimos proa al muelle de Tallabacoa, donde nos aguardaban 750 hombres desarmados y 150 cabalgaduras. Todo esto obedecía á próximos y futuros planes del general mejicano José Inclán.

El *Salvador*, á favor de las sombras de la noche, se deslizaba como una brizna por las someras aguas del Caribe.

—Que orze un poco—decía el práctico Vicente Jiménez, ó *Yiní*, como todos le llamábamos á bordo. —Que derribe—repetía el capitán por medio del intérprete.—Que orze otro poco—añadía.

Y orzando y derribando pasó la noche y vino el alba sin que lográsemos dar con el anhelado puerto. *Yiní*, que había sido práctico de piratas negreros en lo más álgido de la trata, estaba desorientado. Aconsejó que nos echásemos mar afuera para volver á la noche en demanda del malhadado muelle de Tallabacoa. ¡Nuevas ansias, mayores zozobras, un día más desafiando las cóleras del piélago! Nuestra abnegación no tenía límites, pero ya había declinado la alegría. Pasamos el día mudos y sombríos. *Yiní*, avergonzado, no decía palabra, todo el día estuvo hosco y sañudo. Se estaba comiendo los hígados.

Al caer la tarde columbramos la costa. Aquí una playa pelada y desierta, allí otra pantanosa y baja,

más lejos la desembocadura de un río, por todas partes las rompientes, alumbradas por la fría claridad de la luna. *Yiní*, turulato y confuso, no atinaba con el lugar. La noche avanzaba y, como la víspera, andábamos de Herodes á Pilatos, errando al azar en el deteriorado esquife. No íbamos á repetir la escena del día anterior. Resolvimos correr la aventura en tierra firme. Divisamos á lo lejos resplandores de fogatas, hicimos señales con un farol izado en el palo trinquete y á poco vimos luces que se movían á distancia. Era la una de la madrugada.

Se echó un bote al agua tripulado por Pepe Botella y Carpio, el práctico de tierra, para que reconociesen y diesen aviso á los campamentos cubanos. Mientras el bote bogaba hacia la costa, empezamos la descarga de útiles que fuimos depositando en la playa. Botella y Carpio no volvían.

Al rayar el alba divisamos la techumbre de una casa. Salí á reconocerla por tierra con cuatro hombres, mientras un bote bien tripulado lo hacía por mar. El bote llegó primero y volvió proa más que de prisa. Yo pude volver sobre mis pasos é incorporarme. Aquella casa era la del calafate mayor de Casilda. Estábamos sobre el puerto habilitado de Trinidad.

Las señales del fanal en el palo trinquete sólo sirvieron de norte y guía á los españoles, que se nos venían encima. Delante de nosotros teníamos una espesa faja de mangles, que orillaba un camino rondado y guarnecido que comunicaba dos campamentos enemigos; á nuestra izquierda la boca del río Guanayara, allí muy caudaloso. No teníamos práctico.

El capitán y los diez y seis tripulantes, en la inminencia del peligro, saltaron á los botes y remaron mar afuera. Los veintiún expedicionarios que quedamos en la playa, abandonamos el cargamento y nos ocultamos en los manglares. A poco, desde nuestro escondrijo, vimos al enemigo que reconocía y ocupaba el *Salvador*, medio hundido entre los peñascos.

El camino que teníamos á retaguardia estaba vigilado por las tropas españolas. Nos hallábamos tan

cerca que oíamos sus órdenes y sus conversaciones. Cogido el resuello, libres y cautivos á la vez, esperamos la noche. Vino ésta cargada de espesos nubarrones, que se deshicieron en torrentes de lluvia. El agua caía á cántaros. Al amanecer se despejó el cielo. Preciso se hacía romper con todo para salir de aquella ratonera. Nos contamos antes de partir: faltaban dos compañeros: el chistosísimo Andrés Pimentel y Vicente Rodríguez Pérez. Los infelices, extraviados en la oscuridad de la noche, fueron aprehendidos por el enemigo y pocos días después pasados por las armas en Trinidad. Botella y Carpio, burlando la vigilancia, lograron llegar á un campamento cubano.

Antes de aparecer el sol salimos de nuestro escondite. Con gran sigilo echamos á andar por un sendero casi imperceptible, antigua pista de ganado. Llegamos á la orilla del Guanayara, que pudimos vadear sin dificultad. Al coronar la opuesta margen, nos hicieron volver las caras los agudos sones de una corneta. Era una fuerza enemiga que acababa de desembarcar en la boca del río y al divisarnos se preparaba para atacarnos. Apresuramos la marcha, traspusimos la montaña y nos internamos en la espesura del bosque.

Calados de agua hasta los huesos, hinchados los pies por el ir y venir sobre la costa pavimentada de *diente de perro*, famélicos, rendidos por el insomnio de dos noches y las fatigas y emociones del desembarco; sin guías, ignorantes de la topografía del lugar, errábamos al azar en la eterna penumbra del bosque. En vano, demacrados y derrotados como cáfila de mendigos, atormentados por la sed, buscamos un manantial ó charco en que saciarla: el suelo era árido como un arenal, y no lográbamos dar con la salida de aquel laberinto de árboles. A la sed se unió el hambre. Para distraer la primera había... gotas de rocío medio evaporadas... para entretener el hambre... raíces y hojas. ¡Qué dolores tan punzantes, qué vértigos, qué desequilibrios! No teníamos fuerzas para pensar, nos había invadido el mutismo de las bestias. Parecíamos una gavilla de locos escapados de un manicomio. Pasado

el tercer día de permanencia en el bosque, pudimos saciar la sed en una corriente; hasta el sexto día no engullimos bocado!

Yiní, hombre de extrordinario vigor físico, siguió en su hosco mutismo. Cabizbajo, apesadumbrado, acaso creyéndose el responsable de aquel fracaso, inclinó la frente y murió de pesar. Lo mató el remordimiento. La culpa de la catástrofe fué de los hados. Ella influyó decisivamente en la suerte de la guerra en las Villas y tal vez en el desenlace de la Revolución (1).

---

(1) Los 17 tripulantes del *Salvador* fueron apresados en el mar. El infatigable Juan Ossorio murió fusilado en Nuevitas; su hermano Pascual, amacheteado; José Feu y el habanero Jackson, murieron de hambre; Pedro Ambrón y Joaquín Pizano, ahorcados por el enemigo; José Botella, graduado alférez, asistió á una acción enfermo de fiebre, y murió en ella de un balazo; Manuel Pimentel, teniente, jefe de la escolta de Agramonte, murió de dos balazos en la acción del Carmen; Eduardo Toralla, asaltado en un rancho, murió defendiéndose con un pedazo de machete; José Caridad Carpio, comandante, fué asesinado por un chino, su asistente; y Narciso Martínez falleció en las Tunas. Ignoramos el fin de los demás expedicionarios, exceptuando cinco que hemos supervivido.

EL PASO DE GATAÑO

(RELATO DE UN AYUDANTE)

I

PALPITANTES, trémulos, oímos la noticia un corrillo de oficiales. Aquello sí era empeño, osadía, travesura épica. El general Gómez iba á cortar el nudo gordiano, á pasar el Rubicón, ó lo que era menos emblemático y mucho más arduo, á trasponer la Trocha. Tajo de cíclope que hendía la isla desde los playazos del sur en la costa del Júcaro hasta el fuerte de Morón, teniendo desde aquí hasta el acantilado del norte, á manera de prolongación natural, la cuenca del río de Robles; orillada de fuertes, *block houses*, vallados, zanjas, pozos de lobo, fosos, mallas de alambre disimuladas entre las marañas repletas de bien distribuídas guarniciones rigurosamente vigiladas por numerosas rondas y estratégicas emboscadas; teniendo, además, sobre el Camagüey poderosa línea de observación;—la Trocha era para los españoles de occidente lo que la gran muralla para los chinos, el dique opuesto á las irrupciones de las hordas tártaras del centro y oriente, el inexpugnable baluarte de Cuba española, hilera de columnas de Hércules erigidas como el reto y la amenaza de la fuerza omnipotente. Para muchos de entre nosotros era un coloso de hierro, ponderoso obstáculo

indefinible y extraño que era á la vez barricada, trampa de pradera, abismo, castillo, sierra artificial artillada y aspillerada; para los menos era el *finisterre* de Cuba libre, escrito por la espada legendaria de los leones de la Conquista; para todos era peligro más serio que caer en emboscada ó habérnoslas en campo abierto con numerosa columna apoyada por una escuadra. Y esto no á secas por el valladar de fortificaciones en sí, sino porque á sus espaldas, en el seno de las Villas, según una frase típica de nuestros soldados, rebullía «media España» armada hasta los dientes; porque allí el enemigo fraguaba sus planes de campaña, reorganizaba sus huestes con holgada calma y seguridad, cayendo en el centro ó en oriente cuando mejor cuadraba á sus proyectos y cálculos. Para malograr y desbaratar todos los programas de próximas y futuras batidas, nada tan eficaz—á juicio del general Gómez—como invadir las Villas, entrando en ellas á sangre y fuego. Para realizar tan osados propósitos acopió informes y noticias, desechó combinaciones, reconstruyó proyectos, y al cabo, casi á la vista de las temerosas fortificaciones, después de una breve conferencia con el sagacísimo mejicano Gabriel González, decidió, genial improvisador, que cien infantes atravesasen la Trocha cerca de Ciego de Avila, situado en el centro de la línea, en tanto que él, acaudillando 200 jinetes, apoyados por 180 infantes, iba á verificarlo cerca de su extremo meridional, á inmediaciones del Júcaro.

La emoción reanimada á través del tiempo y la distancia, entenebrece los detalles del panorama. Recuerdo que los infantes que nos apoyaban, rodilla en tierra, no tardaron mucho en apagar los fuegos del fuerte junto al cual pasamos los jinetes, y que atacaron con tan fiera saña que un capitán, en tono de zumba que da, sin embargo, clara idea de la actitud de nuestros tiradores, dijo por lo bajo: «Si no los moderan se comen el fuerte». Recuerdo que el general Gómez, montado en indómito y escultural caballo, rivalizando ambos en nerviosidad, se destacaba sobre la silla revolviendo los negros y brillantísimos ojos, mesándose de continuo,

con su gesto característico y sus manos pequeñas y afiladas, el poblado bigote y la larga y espesa perilla color de endrina, perfilándose sus anchos hombros, su cabeza correcta y morena, su cintura de virgen, entre los membrudos y corpulentos hombrazos de su escolta. Nunca, como entonces, me pareció más digna del óleo ó del marmol su militaresca figura. En el momento álgido de la brega, cuando pasaba frente al fuerte, una bala le hiere en el cuello. Se llevó la mano á la herida y ordenó apresurar la desfilada. Si la bala hubiera ahondado una línea más, la asfixia lo habría matado. Chorreando sangre, dominando el caballo que pugnaba por romper el freno, siguió al galope atravesando la línea.

Traspusimos la Trocha. Nuestros corceles hollaban el suelo de las Villas. Los infantes que apoyaron nuestro paso, sin estar antorizados para ello, pues su consigna era volver sobre sus huellas, siguieron nuestra marcha invasora anteponiendo el amor al terruño—en su totalidad eran villareños—al respeto y sumisión á la disciplina. Reconcentrada la columna, el general, todo ensangrentado, se irguió sobre los estribos y con afónico acento ordenó:

—Corneta, la marcha de la bandera!

Cuando el clarín modulaba aquel toque pausado, solemne, á veces vibrante, que el bosque devolvía con lánguidas cadencias de balada para los que volvían á sus lares, apagando la nostalgia y repitiendo, como armónicas remembranzas, ecos del hogar y del pasado; á veces grave como el himno de la victoria mezclado con el requiem de la derrota, miserere de la legión de nuestros muertos; rápido y alegre á intervalos como el hosanna de la aurora, como el canto inefable del ideal que nos llevaba á la inmolación; verbo melodioso de todos nuestros anhelos, esperanzas, angustias y zozobras; contrajo todos los semblantes, arrasó los ojos de muchos de aquellos veteranos curtidos en el fuego de cien combates, excitando el entusiasmo por la aventura arriesgada y dudosa, en que no teníamos otro guía que el genio de Gómez, pálido, clavado en la montura,

manando sangre, pero sereno y confiado en su impávida fortaleza; despertando ideas borrosas, presentimientos sombríos, sensaciones desconocidas... Calló el clarín y de súbito vuelve á resonar. «Marcha: enemigo al frente». Un nuevo toque, una vibración distinta, y cambia la perspectiva y mientras se sumerge un mundo de ideas por un lado, surge otro por el opuesto con rapidez de relámpago. Emociones súbitas, galopeadas, violentísimas; tal es la urdimbre de la vida moral en los campos de batalla.

Partimos dando las espaldas al sol, recorremos cerca de dos leguas y acampamos. El general se acomoda en muelle colchón de hojas, haciéndose aire con una hoja de palma cana para ahuyentar las moscas amodorradas por la caldeada atmósfera y los fieros y tenaces *jejenes*. Aquí Gómez entregó el mando de la columna al segundo jefe del cuerpo invasor, el intrépido y gallardo general de caballería Julio Sanguily, volviendo á ocupar su puesto antes de llegar á Pozo Azul. Baño á las caballerías, la leña empieza á arder, y una hora después devorábamos el primer rancho. Por la noche disparos en la avanzada sobre el rastro, reconocimiento y desaparición del enemigo, probablemente exploradores. Después calma y reposo, sueños de primados y ronquidos de chantres. Las bestias, paciendo ó rumiando, producían ese concierto monótono, rumoroso, continuo, ronco crujir de dientes que semeja el ruido de lejano torrente que circula en las profundas entrañas del suelo.

II

Con el primer arpegio del pájaro madrugador resonó el toque de marcha. Apenas pusimos pie en territorio villareño, el telégrafo denunció nuestra presencia y los vapores derramaron torrentes de tropa en costas y riberas. La trocha, el pavoroso espantajo, era á los ojos de todos un vallado inofensivo, una tapia de corral, el sueño espeluznante y fantástico desvahado por la luz de la realidad. Pero, detrás de la quimera, alzábase armipotente el teatro de la verdad: el hormigueo de

más de veinte escuadrones de jinetes de todos los institutos y de otros tantos batallones de infantería, que á la menor alarma salían de sus puntos estratégicos en grandes ó pequeñas columnas, concentrándose ó subdividiéndose, moviéndose en territorio indisputado con plena seguridad, como si estuviesen en los llanos de la Mancha ó en las vegas de Granada, auxiliados por todos los adelantos de la civilización moderna. Y nosotros, que entrábamos en son de conquista, bandera alta, á los sones de nuestro himno guerrero, con escasas municiones, malherido el primer jefe, no llegábamos á seiscientas plazas en todo el territorio, incluyendo la oficialidad. Por todo lo enarrado el zumbático capitán que comparó los infantes con una traílla de sabuesos, iba aplicando á los montes, caudales y lugarejos nombres de la geografía de España: el símil era perfecto, muchos creíamos recorrer los clásicos solares de nuestros abuelos.

El general Gómez, que tuvo por lecho de hospital la silla de su corcel, ordenó hacer rumbo al noroeste, pasando más arriba de las fuentes del Guayacanes, y el Jatibonico del Sur, que corre paralelo al Sasa. Habíamos vadeado el Jicoteas y el río de las Vueltas, y en el curso de nuestra marcha íbamos salvando arroyos, cañadas, riachuelos rodeados de vibradoras y sonantes cañas bravas, de espigados *macíos*, *camalotes* y nelumbios en flor, ascendiendo cuestas, orillando sierras, recorriendo llanuras cubiertas de grupos de palmeras que parecen presagiar con las líneas de sus columnas y el dibujo de sus capiteles nueva, original y graciosa arquitectura; viendo á trechos pomposas seibas, verdaderas ermitas de hojas, por cuyos troncos se retuercen como cables las parásitas que se prolongan y estiran como los grifos y sierpes simbólicas de las antiguas catedrales, colgando de sus ramas, ondeando al viento como cabelleras, los mechones de las fibrosas *guajacas*. En la espesura, despertando siempre melancólicas reminiscencias, el arrullo de la enamorada tojosa, el gorjeo del *tomeguín* como chorro de alpiste cayendo sobre lámina de finísimo cristal, el chillido

desapacible del *judío*, la breve y dulce nota de la *bijirita*, el zumbido de avispas y moscardones, alados fragmentos de rechinantes y calcinados metales; el chasquido lingual del leonado y plumoso *arriero*, y cayendo de los aires el grito prolongado del rapaz *cernícalo*, halcón minúsculo que tiene la nictálope fisonomía y viste la librea de la agorera lechuza. Los implacables rayos del sol, cayendo sobre la perenne vegetación destellaban resplandores de un verde de oro como las quemantes irradiaciones de un espejo de vidrio verdoso herido por la luz. En medio de aquella naturaleza inculta y feraz, entre las notas disparadas de la orquesta de la espesura, preludios de músicos que ensayan la gran plegaria del ocaso; en el prado, en las lindes del bosque, al pie de las alturas, íbamos leyendo con recogimiento los epitafios, inscritos en el índice de nuestros recuerdos, evocados por los lugares, de aquellos de nuestros compañeros de armas que en el primer período de la Revolución regaron con su sangre generosa el suelo que á la sazón hollábamos. ¡Cuántos de los que murmurábamos la sentida oración caeríamos como ellos bajo el plomo enemigo!—Por toda aquella risueña y muda necrópolis, en los lugarejos de casas multicolores y grises bohíos que parecen pajares, en todas las direcciones del horizonte, flameaba altivo el pabellón de España, y por todos los puntos del cuadrante se movían á nuestra vista el escuadrón, la guerrilla, el piquete, la columna, Aragón, Castilla, Navarra, Asturias, Cataluña, reducción imponente del gran mosaico de familias de la vieja Iberia.

Aquí esquivábamos el encuentro con lucida tropa de lanceros, á pocos pasos, sin interrumpir la marcha, ó mejor, la bélica cabalgata, nos tiroteábamos con una compañía de milicianos; el flanco derecho amagaba un batallón de infantería de línea; la retaguardia libraba escaramuzas con secciones de artillería, mientras la vanguardia cargaba al machete á un escuadrón de dragones que iba á oponerse á su paso. El cabalgar por tan vasto campo de Marte, viendo en sucesión inacabable, animada y emocional, manadas de enjaezados

caballos, aguzadas lanzas, curvos sables, rectas espadas, estriadas bayonetas, fusiles, cañones, cureñas, uniformes color terrizo, azules, grises, escarlata, sombreros de paja, de fieltro, kepis, boinas; brillos y ruidos de bronces, de cobre, de hierro que rechina, de voces, de relinchos; como en desordenada parada, pintoresca, bullente, atronadora; producía el vértigo, el sonambulismo de atropelladas lecturas de epopeyas, evocadas en el estado medio entre el sueño y el insomnio. Seguimos á marchas forzadas, dejamos las huestes enemigas á gran distancia, haciendo alto en el potrero Pozo Azul. Aquí, mientras los fatigados brutos se atracaban de jugosa hierba, abrevando en cristalina aguada, y los asistentes ponían á cocer el primer rancho, íbamos apresando vaqueros y sitieros. El general Gómez sometió á un interrogatorio al más avisado de los prisioneros con el propósito de que sacase en claro que sus intentos eran entrar á saco en la cercana ciudad de Sancti-Spíritus. Puesto en libertad en compañía de sus hermanos en cautiverio con objeto de que revelasen el mañoso secreto, lo que en efecto llevaron á cabo, repuestas las caballerías y ahita la columna de viandas, aves y leche—verdadero festín á lo Camacho—se levantó el campo.

III

¿Adónde ir? Por el norte, por el ocaso, por todos lados nos seguían y asediaban las huestes españolas, amenazando envolvernos y destrozarnos.

—Rumbo á Sancti-Spíritus!—ordenó Gómez y la vanguardia marchó en dirección á la ciudad.

Atravesamos un bosque por una vereda, estrecha como senda de perdices, hollando despiadadamente la vegetación de ambas orillas, arrollada y estrujada como si por cima de ellas hubieran pasado los disparados furgones de una artillería en derrota; los típicos *serones* de lás noventa acémilas de la impedimenta. De ésta pasamos á un sendero que serpenteaba entre la margen izquierda del Sasa y enmarañada yerba de guinea. La empinada vía era tan angosta que marchábamos de

uno en fondo. A un lado el Sasa, ancho, profundo, caudaloso, al otro la entretejida yerba, arraigada en leve capa vegetal sobre un suelo rocalloso, dejando asomar picachos, muñones de roca y lamosos cantos de lajas, estribos de la sierra de Tahuasco á que conducía aquel camino de cabras.

El sol corría á su ocaso. Sobre el agua del Sasa se recortaban desmesuradas y temblorosas las siluetas de los jinetes, las de los árboles empinados ó achaparrados de las dos riberas, sobre el fondo del cóncavo zafiro del cielo que parecía el cauce infinito del río y que producía vértigos de altura. A veces el movible espejo reproducía la blanca nube, las líneas de blanca garza ó la mancha negra del *aura tiñosa.* Entre las ondas, flotando como largos y erizados cepos cubiertos de limo verdinegro, discurrían los cocodrilos saturando el aire de almizclada pestilencia. Un vaho húmedo se iba exhalando de las ondas, á veces perfumado por las clavellinas, la pisoteada caña de limón y las aromáticas hierbas del suelo; á veces infiltrado de la hediondez de las plantas podridas y del cieno en fermento de los remansos. A medida que avanzábamos, las riberas, cada vez más pedregosas, se iban empinando; el agua, ensombrecida por las barrancas, empezaba á reflejar las nubes de oro y rosa del crepúsculo.

Seguíamos de uno en fondo; una evolución en aquellas alturas, cercadas por el abismo y las rocas, era absolutamente imposible, el avanzar irremediable. Acaudillaba la vanguardia, compuesta de 50 jinetes, el viejo brigadier José González Guerra, que había de sucumbir al término de aquella rudísima campaña. Ya las orillas eran crestas de rampas precipitosas, aquella por la cual marchábamos, más pequeña y extendida; la opuesta presentaba un talud más elevado, casi vertical y, por ende, de dificilísimo acceso. Próxima la pareja de la descubierta al peligroso vado de Cataño, divisó, sin ser vista, al enemigo apostado en la cúspide del talud de la margen derecha. La vanguardia hace alto. El brigadier González Guerra revolvió el rendal, y á duras penas, expuesto á despata-

rrar su caballo sobre las dentadas lajas ó á rodar con él al fondo del río, por la vía que apenas daba paso á un jinete, pudo llegar al centro y ponerse al habla con el general Gómez.

Era el brigadier Jole, así llamado porque su inhábil mano siempre convertía en *l* la *s* de su nombre, hombre de edad provecta, erguido y seco como un pino, surcado el rostro color de cuero curtido de hondas arrugas semejantes á las resquebrajaduras del árbol de oro, torva la mirada de sus ojos grandes y negros perdidos entre festones de vellos, ronco el acento como el bramido unisonante del viento en los pinares, el bigote espeso, bronco, de canas agrisadas; la cara mostrando, como quebrada de sierra, las angulosidades y muñones de los huesos; los dedos nudosos y esparrancados como retoños atrofiados; el continente fosco y bravío. Rudo, inculto, insensible á la fatiga, su valor podía definirse repitiendo una frase de nuestros montañeses de Oriente, con lo que dan á entender que el hombre tiene fortaleza, frialdad y resistencia de bloque de basalto: «Allí no nacía yerba». Como en la jornada de las Guásimas, el brigadier cabalgaba en un caballo blanco, y vestía pantalón rojo y chamarreta azul, asociando así los tres colores de nuestra bandera.

El general y el brigadier hablaron en voz baja, de prisa, con gestos rápidos. González Guerra, venciendo los mismos obstáculos, volvió á ocupar su puesto en la vanguardia. A medida que andaba iba desenvainando maquinalmente el machete, rubicundo de gozo, volvía la cabeza hacia el general y murmuraba:

—Los cargo, general, los cargo... cumpliré bien sus órdenes!

Se reanudó la marcha aceleradamente. La guardia de la fuerza española, compuesta de una compañía de Alcántara y un piquete de dragones, nos hizo una descarga. La marcha fué gálope, bajamos la quebrada sin disparar un tiro, y los primeros caballos, resoplando, erectas las orejas, entraron en el lecho del Sasa. El enemigo, coronando la cresta del escarpado talud, nos vertía chorros de balas que achuchaban al chocar

en la linfa, barriendo con ellas la áspera pendiente. La corriente era rápida y fortísima; el lecho, baboso, pavimentado de arrecifes; los caballos chapoteaban con el agua al cuello, dejando en pos de sí turbia y espumosa estela de círculos concéntricos. Ibamos en fila, uno en pos de otro como cadena de centauros, clavando recio los acicates, viéndose sobre la superficie del agua el cuello del bruto y el medio cuerpo del jinete. El caballo del brigadier llegaba al pie del precipitoso talud: levantó el brazo armado del machete, soltó las bridas, hundió las espuelas en los ijares y gritó:

—¡Arriba!

El eco, encajonado en la cuenca del río, devolvió el grito como un bramido.

Chorreando agua, que inundaba el paramento y hacía más difícil el ascenso á los que le seguían, hundiendo los cascos como garras de felino, el corcel, anheloso, empezó á trepar premiosamente. Todos le siguieron á la reata. ¡Magnífico espectáculo! Nuestros corazones no latían: suspensos, esperábamos que un caballo, herido, rodase por aquel paredón casi vertical, arrastrando en su caída toda la hilera, produciendo tremenda, indescriptible catástrofe. No ya la lluvia de zumbantes balas, ahora más fuerte y nutrida, que nos lanzaba el enemigo desde la cresta; una pisada en falso, un resbalón, y los caballeros, atropellados, revueltos, derribados como naipes, se habrían desplomado en el profundo lecho del Sasa que bramaba á lo lejos. El desmayado lampo del sol muriente doraba las hojas de los machetes; de las panzas de las bestias caían hilos de agua; los jinetes calados hasta la cintura descollaban como atrevidas estatuas ecuestres, formando la rampante caballería como espinoso vallado de acero tendido entre las riscosas márgenes. El caballo, nuestro precioso y noble aliado, como si tuviese empeño en coronar el prodigio de audacia, supo aquel día dar á sus remos la flexibilidad de las patas del tigre unida á la firmeza de sus cascos.

El general Gómez, á la cabeza del centro, iba reatado á la vanguardia. El agua reflejaba en sus crista-

les la rampante legión vaga y confusa como las nubes caprichosas que se amontonan en el ocaso: por un momento el trémulo espejo retrató como enorme león cabalgado por armígero titán desmelenado y bravo.

El brigadier González Guerra coronó la altura. Perfílose en la cumbre gigantesco y soberbio, como la efigie simbólica de nuestra caballería, como la imagen viva de la audacia y el valor de nuestros centauros, teniendo por pedestal la montaña orillada por el abismo y arrullada por los mugidos del río.

Lo que siguió fué un vértigo. Cuando Gómez y el Estado Mayor llegamos á la cresta del talud, el brigadier González Guerra cargaba al machete la desordenada retaguardia enemiga, apoyada en la cerca de Alemania, vallado de troncos dispuestos en ángulos obtusos, de un vasto corral. Cuando cargamos en auxilio del brigadier, infantes y dragones, levantando espesa polvareda, corrían á la desbandada á refugiarse en las malezas que bordan el camino que va á la inmediata ciudad del Espíritu Santo, dejando en nuestro poder excelentes fusiles, tiendas de campaña y una caja de municiones. Momentos después el clarín de órdenes solemnizaba el triunfo al toque de diana, risa heroica; se incorporaba la extrema retaguardia, y tras breve reposo emprendimos marcha río arriba por la misma ribera.

A las últimas luces del crepúsculo, vadeamos de nuevo el Sasa por el *Paso de los muertos*, así llamado porque en el primer período de la guerra en las Villas, nuestras tropas batieron al arma blanca algunas secciones de voluntarios, en que militaban varios comerciantes de Sancti-Spíritus, y gran número de los cuales sucumbieron en él defendiendo con bizarro tesón la causa de España.

Acampamos cerca de la orilla del río. La luna rielaba sobre las dormidas aguas, tortuoso y hondo sendero de azogue. A la media noche un escucha vino á advertir al general que el enemigo había vadeado el río por un paso situado á un kilómetro del campamento. Emboscado en la misma margen que ocupábamos,

creyendo, por las confidencias de los cautivos de Pozo Azul y el tiroteo en la cresta del barranco, que habíamos marchado al asalto de Sancti-Spíritus, que daba por realizado como un suceso fatal, dedujo que en nuestra retirada habríamos de cruzar el Sasa por el sitio en que se había apostado... y allí quedó acechando la presa. Gómez, mientras tanto fraguaba el ataque á San Antonio del Jíbaro, cuya guarnición, ya en su último baluarte, la casa del capitán pedáneo, acabó por rendirse al general Sanguily, golpe de audacia á que rindieron homenaje de admiración los jefes vencidos.

El recuerdo, vivo y tenaz de la rampante carga de caballería, no me dejaba conciliar el sueño. «Si triunfamos, decía para mí, debemos erigir una estatua al caballo, estrofa de bronce que cante las proezas de toda la raza, nuestra única aliada en esta lucha por la libertad». Y añadía revolviéndome en la hamaca: «Nuestro escudo tiene la cima bañada por el egregio sol, la altiva palma, las barras y la estrella del pabellón: pongámosle el caballo rampante y así vivirá eterno el tributo al generoso y sufrido cómplice».

Quedé profundamente dormido y vi en sueños un caballo colosal, negro y lucio como escultura vaciada en azabache, que en vez de cascos mostraba corvas garras de tigre real, y que de un salto prodigioso trasponía artillada barrera de inmensos Turquinos, cayendo como un ventisquero sobre apretadas é incontables hordas de soldados.

DOS EXPLORADORES

El jefe de las fuerzas cubanas que operaban en territorio de San Juan de los Remedios en 1875, destacó una pareja de exploradores de á caballo para que observasen una columna enemiga que se movía en los confines de la vastísima llanura de Placetas, sembrada de peralejos, júcaros, aromos cubiertos de copos de hilos de oro, palmas canas y florones de espartillo, y atravesada en todas direcciones por cauces secos, profundos y tortuosos, canales de las arroyadas de primavera. El suelo, quebrado y pedregoso además, impedía echar al galope las caballerías, por lo cual los dos jinetes, cada vez que el sendero se esfumaba entre la hierba, marchaban cautelosamente temiendo que la profusa vegetación disimulase el barranco, la grieta ó el peñasco. Unas veces al galope, otras al paso, fueron atravesando la gran estepa en zigue zagues, guiados por el instinto maravilloso desarrollado en el oficio, instinto topográfico que rivaliza con el del indio de las praderas del oeste americano, oficio en el que han educado el ojo para sondear la espesura, descifrar los geroglíficos que estampa el pie del hombre ó el casco de las bestias en su paso por el prado, para medir distancias, reconocer un punto cualquiera en el yermo y contar una piara ó una legión de un golpe de vista; el oído para clasificar los ruidos lejanos y distinguir todos los rumores y harmonías de la naturaleza.

Casi al término de la gran sabana alcanzaron á distinguir la vanguardia de la columna enemiga, y ya porque quisiesen desempeñar aquella vez su comisión llevando al jefe todos los pormenores que exigiese su curiosidad, ó porque los espolease la audacia y el espíritu aventurero, habitual en ellos, y en aquella ocasión estimulado por el relieve del terreno, inadecuado para una persecución; ello fué que siguieron avanzando hasta el punto de distinguir los semblantes de los que venían en las primeras líneas. A esta distancia, se echaron los rifles á la cara, rompieron el fuego, y volvieron grupas simulando una escapada. La vanguardia contestó el fuego, pero no dió señales de correr tras de los fugitivos. Estos se detienen de repente, esperan que la vanguardia, en su impávido y lento avance, acortara la distancia, repiten los disparos y se alejan haciendo caracolear sus corceles. La vanguardia respondió con un chorro de balas sin perder su orden y acompasado andar. Los exploradores lanzan los caballos al galope de cara á la columna, se aproximan más aún que las veces anteriores, disparan á una, vuelven bridas rápidamente y las balas de la vanguardia van á clavarse en los troncos de unos palmeros achaparrados en los que se apostan los dos jinetes. Ya el enemigo, desdeñando toda precaución, resuelve castigar la osadía de los exploradores. Al grito de:—¡A ellos!—destácase de la vanguardia un puñado de jinetes, sueltas las riendas, sable en mano, que cargan á fondo con gran estrépito y vocerío. Los exploradores vuelven al llano, hacen morder el polvo al más avanzado de los agresores, clavan los acicates á sus raudos brutos y parten por el llano como exhalaciones.

Aquel de los fugitivos que llevaba en todo la iniciativa, un tipo castizo, alto, membrudo, de poroso cutis color de corteza de naranja seca cubierto de espesa y bronca barba negra rojiza como escoria de hierro, notando que la espuela no hacía mella á su pisador y que se iba quedando á la zaga en tanto que el enemigo ganaba terreno por momentos, dijo á su compañero:

—Mi caballo está abierto de patas.

—Móntateme atrás, repuso el otro.

—No, moriríamos los dos y peligraría el campamento. Huye tú y avisa!

—Pero...

—Que huyas te digo. Me defenderé con mi machete.

El caballo temblaba, dió un balumbo y cayó al suelo convulso y cubierto de espuma. El otro jinete, que se había detenido un instante, vacilaba todavía, cuando el caído le gritó en son de mando:

—Cumpla usted con su deber!

—Adiós!—murmuró el jinete con voz sorda, y desapareció en el vastísimo llano.

El caído, arrepentido por no haber entregado el rifle á su compañero, inútil por haber consumido todo su parque, lo asió por el cañón con ambas manos, y alzándolo sobre su cabeza, lo descargó contra un peñasco hasta hacerlo pedazos. Desnudó su acero, remató el caballo de una estocada, amacheteó la silla para que nada pudiesen utilizar sus presuntos victimarios, cuyos caballos, hundidos hasta el pecho entre la yerba, asomaban por el sendero que él había seguido, y al verles, blandiendo el machete, serenamente fiero, chispeante la mirada, erguido junto al caballo, los fragmentos de su rifle y su montura, les gritó:

—No me rindo! Vengan al machete!

Como no pudieran hacerle prisionero, respondieron á su arrogante reto con una descarga que lo derribó de espaldas destrozado el cráneo.

EN LA CRIMEA

I

En abril de 1875, el teniente coronel Manuel Sanguily, designado por el Gobierno de la República para conducir desde el Camagüey á las Villas el refuerzo que enviaba el ejército de Oriente en apoyo de las fuerzas invasoras, que seguían en su marcha triunfadora el curso del sol, según decía su jefe el Mayor General Máximo Gómez;—vagaba por los llanos del Centro regando escuchas y exploradores que le avisasen de la llegada del contingente que debía venir por el derrotero de las Tunas. Como pasaban los días y con ellos menguaba la paciencia para andar de ceca en meca, picando en enigma la tardanza, decidió Sanguily marchar á la residencia del Ejecutivo para ver qué se resolvía en semejante caso. El Presidente de la República, que lo era á la sazón Salvador Cisneros, ordenó á Sanguily fuese á esperarle en la Subprefectura de *La Crimea*, á donde llegaría el día 20 de aquel mes con los miembros del gabinete.

Acompañaban á Sanguily en aquellas peregrinaciones dos asistentes blancos, Varea y Tata, el primero jinete en una mula, *Mandinga*, y el otro en uno de los corceles del jefe que regía un caballo color de leche, lunanco, zurdo, perezoso en demasía, y que jamás había olido la pólvora del combate.

El potrero *La Crimea*, en el que estaba la Subprefectura de su nombre, hállase al sudeste de la ciudad de Puerto Príncipe, entre el camino real de Cuba y el que se dirige á Santa Cruz del Sur. Atravesando este camino, en línea diagonal hacia el potrero, se recorren *La Matilde*, *San Ramón de Pacheco*, y *El Cascarón*, vastísimas dehesas, pasando por la última un sendero, medio oculto por la pelambrera de hirsutas hierbas que corre en línea recta á morir en el camino de Cuba. A la izquierda del sendero se halla el potrero *La Crimea*, á la derecha, desde el punto en que acaba la sabana de *El Cascarón*, se prolonga un bosque secular y profuso, que orillado por el sendero se dilata frente á *La Crimea* hasta el borde del camino de Cuba que lo cierra en ángulo. Del otro lado del camino, en ángulo opuesto á *La Crimea*, se extiende el potrero *Los Alacranes*, donde había establecido su campamento el brigadier Henry M. Revee en compañía de sus ayudantes. En medio del sendero y á la linde del bosque, estaban los ranchos de la Subprefectura, entre éstos y el camino de Cuba corre un arroyo que corta la vía dos veces, formando dos profundas barrancas, más lejos forma abierta valla una hilera de pomposos mangos que van á confundirse con los primeros árboles del bosque, algunos sumergidos hasta el nacimiento del ramaje en la crecida hierba.

El 17 de Abril llegó Sanguily á *La Crimea*, anunció al subprefecto García el objeto que allí le llevaba con la próxima llegada del Presidente de la República, ordenó á sus asistentes construyesen los ranchos junto á los de la Subprefectura y siguió por el sendero para ofrecer sus respetos al brigadier jefe de las fuerzas del Camagüey, en sustitución del general Gómez. Cuando hubo recorrido buen trecho de *Los Alacranes*, halló al brigadier, acompañado del alférez Viamonte, que volvían del baño para sus tiendas, plantadas en medio del yermo, sin custodios ni avanzadas.

La invasión de las Villas, inaugurada con memoratísimos hechos de armas, produjo en algunos jefes una vuelta al reposo, un enervamiento pasajero de que era

indicio el abandono de las prácticas primordiales del arte de la guerra que Sanguily, que venía del territorio invadido, observó en el campamento de Reeve. Creía éste que las energías españolas, viendo amenazada la próvida comarca, la California cubana, por el plomo y la tea de los rebeldes, se concentrarían en aquella región de oro, tanto para disputarla palmo á palmo, porque allí nacía el caudal que derramaba en su erario, como porque era la vía para hacer ondear la bandera tricolor en los lejanos campos de occidente. Refutó Sanguily los argumentos del brigadier logrando moverlo, con su verbo pictórico, convincente y de gran fuerza lógica, á que trasladase su campo al pie de los pomposos mangos que crecían en la margen opuesta del camino, sitio ventajoso para la defensa y la retirada en caso de sorpresa. Verificóse el desranche al día siguiente, trasladándose al nuevo campamento el brigadier con sus ayudantes Oliverio Varona, José Viamonte, Francisco La Rua, Tomás Rodríguez y el doctor Antonio Luáces. Sanguily, con sus asistentes, siguió pernoctando en los ranchos que hizo construir en la Subprefectura. El subprefecto García y las mujeres que en *La Crimea* tenían precario hogar, celebraron la mudanza con frugal banquete, con platos de la tierra condimentados con primor, jugosas frutas del arbolado, reemplazando al zumo de la uva miel de abejas mezclada con agua del arroyo, y alumbrando los manteles del festín, que eran limpias hojas de plátano, groseros velones de cera allí fabricados. Acabó la conmemoración con un juego de adivinanzas en que al lerdo se le aplicaba la pena del tizne, y como todos incurrieran de propósito en ella, todos, desde el brigadier hasta el subprefecto, salieron tiznados como pinches de cocina. Avanzaba la noche y el doctor Luáces disolvió la concurrencia diciendo:

—Vámonos á lavar, no sea que el enemigo nos sorprenda y nos eche el guante en estas estampas.

A las seis de la mañana del día 19, Sanguily, después de advertir á Varea y Tata lo que debían hacer en caso de sorpresa, puesta siempre la mira en la sal-

vación de sus papeles, entonces archivo incipiente de curioso, presumiendo que el enemigo podía dar un golpe de mano, presunción robustecida en su ánimo por las nuevas de haberse oído disparos y visto una columna enemiga por el rumbo de Vista Hermosa, salió á caballo de la Subprefectura para el campamento del brigadier. Vestía de blanco, calzaba botas altas, llevaba al cinto cuchillo y revólver; de la bandolera, al extremo de una correa y sobre la pierna derecha, pendía el rifle, al que introdujo una cápsula antes de partir; del mismo lado de la cartera de húsar, repleta de balas, el porta-pliegos del que colgaba el machete. Iba cubierto con sombrero de jipijapa con barboquejo de hule y caballero en el palafrén color de leche, ensillado con montura del modelo Mac Clellan. Llegado á los ranchos halló al brigadier en mangas de camisa, sentado en su hamaca, atada en dos postes al descubierto, y frente á él, en idéntico columpio, escribiendo sobre sus rodillas, á La Rua, y entre ambos, esparcidos por el suelo, los legajos del archivo de la división. Viamonte componía un freno, á poco apareció el doctor Luáces que acababa de dejar el lecho. Y sucesivamente Varona y Rodríguez. Sobre el camino de Cuba, mirando hacia *Los Alacranes*, había un centinela negro. Una pareja había ido á explorar por el opuesto rumbo y los demás soldados útiles para la defensa andaban lejos de allí en otros menesteres. Momentos antes de llegar Sanguily había salido camino de *Los Alacranes*, un labrador de apellido Carmenate, el cual había ido á advertir á Reeve que en la noche anterior el enemigo había asaltado un rancho de un deudo suyo, dando muerte á dos hombres que en él habitaban. Se comentó un rato el suceso, y después se pospuso á otros diálogos. Observó el recién llegado que todos los caballos estaban ensillados, pero que ninguno tenía freno, y que el más distante era el del doctor Antonio Luáces.

II

Era el brigadier Henry M. Reeve de elevada estatura, nervudo y musculoso, dejando ver los ángulos de la osamenta, de rostro aguileño, el cabello de un rubio de oro y la color del cutis, salpicado de pecas, semejante á la malva rosa. Los ojos garzos, lampiño, ruboroso como una colegiala, inválido de una pierna á consecuencia de la herida de bala que recibió en el ataque de Santa Cruz al tomar un cañón; y bajo su carátula de hombre grave, humorista donairoso y zumbático. Sajón de pura raza, desarrollado en el medio social revolucionario al calor del ejemplo y las enseñanzas del austero Ignacio Agramonte, su maestro venerado en vida, su ídolo deificado por el amor del hombre y la devoción del soldado después que sucumbió en Jimaguayú,—llegó á formar con el modelo vivo y el doctor Luáces un triunvirato de caracteres que por su elación presidía el que en el hecho y por antonomasia fué siempre el *Mayor* en el corazón de sus conciudadanos y en la historia de la Revolución. Reeve, de extraordinaria plasticidad de espíritu, se adaptó pronto y fácilmenmente á los usos y prácticas de la guerra, dominó el idioma con gran rapidez, sin maestros, estudiándolo con la tenacidad típica en su raza en un ejemplar incompleto de *Don Quijote de la Mancha*, de que se apoderó en un asalto, usando con desembarazo y correcta dicción hasta los cubanismos más selváticos. No fué Cuba la liza en que vino á disputar en aventuras épicas la palma de la gloria; fué su patria adoptiva; su dama ideal; por ella murió en el territorio de Colón como él lo había previsto al solicitar un mando en la extrema vanguardia del ejército de las Villas, cuando dijo: «Quiero que las auras de occidente coman de mi cuerpo».

Antonio Luáces era de buenas carnes, de mediana estatura, el cabello, muy fino y rizoso, rubio con tonos castaños, artístico marco de su frente convexa, ancha y luminosa; el bigote espeso, blondo bermejo, la nariz con ligera curvatura de pico de águila, los ojos de un

gris azuloso, el rostro de esa blancura satinada de contornos de niño ó seno de virgen, ovalado, de líneas tan puras y colores tan armoniosos y suaves, que un fotógrafo de París, á sus espaldas, copió el negativo en un retrato al óleo que expuso como modelo en sus escaparates, lo que fué causa de un litigio porque la modestia y seriedad de Luáces se sintieron lastimadas en aquella exhibición de su severa y varonil belleza. Unía en su aspecto la corrección irreprochable del aristócrata inglés y el refinamiento de maneras del clubman parisién. Médico experto y profundo, de elevada cultura, tan elevada como su nivel moral, lacónico en el decir, un juez irrecusable por su autoridad y lo parco que era en tributar elogios; el Mayor General Ignacio Agramonte, escribió en su hoja de servicios: «Valor á toda prueba».

Francisco La Rua, magro y enflaquecido por las fiebres, rubio y laborioso como un germano, con ojos de un azul cristalino, moralizante empedernido y predicador sempiterno como todos los melancólicos, predicación que acreditaba con su ejemplar abnegación y con su gran generosidad, optimista impenitente y cuasi fanático, completó su educación en el trato con los hombres superiores de la Revolución, y estimulado por ellos compuso una obra de propaganda, *La Constitución y la Ordenanza*, utilísima para el soldado, colaborando con aplauso en los periódicos oficiales del gobierno de la República en el que años después, durante la Presidencia de Tomás Estrada Palma, desempeñó la cartera de la Guerra.

José Viamonte era un adolescente, á lo sumo contaría diez y seis años, de grandes ojos negros, de color moreno mate, de complexión nervuda, pecho amplio, cabello castaño, dulce y risueño como la imagen de su edad de rosas. A poco de haber muerto su padre, que pereció en acción de guerra, su familia cayó en poder del enemigo, y él se encaminó al campamento de la fuerza de caballería que mandaba Andrés Díaz, diciendo á éste:—«Aquí tiene usted un soldado más». Díaz lo aceptó como ordenanza, luego ascendió, y Reeve, que

llegó á amarlo entrañablemente, lo hizo ayudante suyo, llevándolo consigo á las Villas occidentales, donde murió heroicamente en un choque de caballería, escribiendo su jefe esta oración fúnebre, que envolvía amargo presagio: «Pepe Viamonte! ¡Pobre niño! Era un héroe y ahora se ha ido de explorador á ramajearnos el camino»... No se emprendía retirada en que Viamonte no se batiese en la extrema retaguardia, de cara al enemigo, con pasmosa serenidad. Cuando le interrogaban acerca de esta peligrosa predilección, respondía con llaneza:—No crean que lo hago de valiente; es por miedo, porque me aterra que me hieran por la espalda; quiero morir herido en la frente ó en el pecho».

III

Serían las ocho de la mañana cuando observó Sanguily que el centinela empinándose de continuo sobre los estribos, amaitinaba inquieto y receloso hacia el centro de *Los Alacranes*. Hizo notar el hecho á los demás, y entonces vieron todos que el guardia venía hacia ellos á rienda suelta, volviendo la cabeza con inequívocas muestras de azoramiento. Cuando estuvo cerca, cenizo de terror, tartamudeó:

—Brigadié, po ahi viene mucha gente!

Reeve, saltando de la hamaca, echó mano á su chaqueta á la par que gritaba:

—Mi caballo!

Luáces, muy tranquilo, dijo:

—Será el Presidente que ha anticipado el viaje.

Y echó á andar, sin armas ni sombrero, para el sitio en que pastaba su bruto.

Sanguily ase las riendas de su lunanco, y al poner el pie en el estribo siente las ráfagas y el estampido de una descarga. Salta á la silla sin ganar el otro estribo, vuelve el rostro y ve sobre el camino la extrema vanguardia de una fuerza española que arremetía con el impetuoso y marcial desorden con que cargaban los magníficos jinetes del regimiento *Agramonte*, flor y nata de la aguerrida caballería camagüeyana. Eran

Los Doce Apóstoles, organizados por el brigadier Ampúdia, y mandados, según reza el parte oficial, por el presentado Laborde, toricida andaluz. Los que llevaban tan nobilísimo mote por sacrílego sarcasmo, eran doce desertores del ejército libertador, aventureros de pelo en pecho, espuma de la bohemia de las rebeliones, encarnizados matadores más bien que guerreros en el sentido clásico de la palabra.

Reeve, ya á horcajadas, ajustándose las bridas en sus dedos de hierro, pálido como flor de espino:

—Teniente coronel, haga usted fuego! le ordenó con voz clara y firme.

Esta orden hizo comprender á Sanguily la pavorosa gravedad de la situación: el brigadier estaba sin escolta, no había más defensores que los ayudantes que en aquellos instantes enfrenaban con premura sus caballerías. Sosegado porque Reeve, hombre perdido á pie, estaba montado y en condiciones de escapar á uña de caballo, le dijo:

—Huya usted, brigadier, sálvese!

Reeve retrocedió algunos pasos y se detuvo á espaldas de Sanguily, que colocado entre dos ranchos apuntó al primer soldado y disparó. Quemó cinco cartuchos con tan buen éxito que el enemigo se contuvo y desvió un instante. Reeve se alejaba. Al introducir Sanguily la sexta cápsula, echó de ver que el rifle no funcionaba, la tiró, probó á introducir otra y su deseo fué burlado. Solo, impotente para la defensa, á pocos metros del enemigo, dejó caer el arma, que siguió colgando, hizo volver grupas al remiso bruto que fieramente hostigado partió á toda brida; de un brinco salvó la primera barranca del arroyo, espoleado, en un salto atrevido, traspuso la otra barranca, más difícil y escabrosa. Tan brusca y violenta fué esta zancajada, que el rifle, de un bote, chocó con el brazo derecho del jinete anulándolo para toda maniobra. Hincando recio los ijares del lunanco llegó á los desiertos ranchos de la Subprefectura, vaciló un instante, siguió por el sendero, y al llegar á lo llano del potrero vió desaparecer á lo lejos, por el arbolado de *El Cascarón*, la chaqueta escarlata

de Viamonte que iba cubriendo la retirada del brigadier y sus otros ayudantes, perseguidos por los desbocados corceles de *Los Doce Apóstoles;* y á su derecha, en medio una falanje de jinetes, al doctor Antonio Luáces que desencajado, lívido, revuelto por el viento y la carrera el rizoso cabello, inclinado hacia adelante como si ya pesase sobre él la mole del infortunio inevitable, huía sobre su despavorido caballo. Vió aquel cuadro palpitante y fugaz—el rostro del inerme Luáces, hermoso en su varonil resignación á la segura derrota; las caras encendidas, descompuestas, contraídas por la gula de la presa, de la vociferante soldadesca;—al rápido correr de su caballo, sintiendo á sus espaldas la chillería del pelotón que galopaba sobre sus huellas. Torció rumbo á la izquierda del sendero, atravesando las marañas de la sabana que moría en la prolongación del bosque, muralla vegetal de *El Cascarón.* Cuando, moderado el impulso del caballo, se preparaba á saltar en tierra y ganar la espesura levantándose en los aires por el único apoyo de la mano izquierda sobre la montura, el pecho del alazán del persecutor más avanzado empuja violento las ancas del lunanco, y Sanguily cae de espaldas al suelo, entre los callos de las dos bestias. El guerrillero amartilla el rifle, se lo fulmina á la frente y dispara. La bala le chamusca cejas y pestañas, le roza el cráneo, penetra en el sombrero en la unión del ala y la base de la copa y sale por el perfil opuesto de la misma. Un movimiento del caballo desvió la puntería. Revuélvese el caído con agilidad felina, arrolla y aplasta erecto florón de esparto, se arrastra, salta, se mete en el espeso bosque y se agazapa entre unas malezas. Cinco guerrilleros descabalgan, registran los primeros árboles; presto desisten de la persecución y vuelven á incorporarse á sus filas. El fugitivo se reune á los dispersos de la Subprefectura, regresando con ellos horas después á *La Crimea.*

Mientras Reeve, amparado por los disparos de Sanguily, se retiraba por el sendero, fueron reuniéndosele La Rua, Oliverio Varona, Rodríguez, el asistente Varea, caballero en la mula *Mandinga*, y Viamonte, que

iba á la zaga conteniendo su caballo para disparar en firme sobre *Los Doce Apóstoles* que cargaban denodados é iracundos. Por un momento se rezaga Oliverio Varona, uno de los *apóstoles* casi se apareja con él al punto que no puede agredirle sino descargándole un golpe con la culata del rifle en la cabeza. Varona cae derribado del caballo, los otros *apóstoles* pasan veloces por encima de él sin magullarlo ni tundirlo, se levanta y huye por el arbolado turulato por el aturdimiento y la sorpresa. Varea, que le precedía en la fila, por mirar hacia atrás de continuo, escarmentado por lo sucedido á Varona, no paró los ojos en una rama de árbol, muy baja y escueta, como brazo en tensión, que obstruía un lado de la senda, y de súbito se siente cogido por la panza y levantado en los aires por invisible y robusta mano. El asistente, echado sobre la rama, mueve á compás brazos y piernas como si nadara en el vacío; el topetazo y el pánico le arrancan gritos de angustia; *Mandinga*, emancipada de amo y peso, apresura el paso y se incorpora á los fugitivos, y los *apóstoles*, afanados en echar el guante á Reeve, pasan por junto á él disparados y atronadores. Varea se arroja al suelo y corre á unirse con Varona. Los *apóstoles* prosiguen la persecución como rabiosa jauría, el rifle de Viamonte los pone á raya, vuelven azuzados y briosos, el plomo del adolescente los desparrama y contiene, y así se prolonga aquella escena, brega hípica, duelo entre la saña de doce y el valor sereno de un muchacho, ganando y perdiendo terreno recíprocamente, hasta que los *apóstoles*, jadeantes, al llegar al término de *San Ramón de Pacheco*, refrenan sus brutos y regresan á sus filas. Reeve, La Rua y Viamonte, continúan hasta *La Matilde*, en donde estaba acampado un escuadrón al mando del comandante Domingo Ramos.

Horas después de lo relatado, llegaba Ramos á *La Crimea* al frente del escuadrón, pero ya era tarde para todo empeño: no era posible rescatar á Luáces, cuya tristísima pérdida lamentó Reeve en el mismo parte en que elogiaba la valentía de los defensores que sucesivamente le sirvieron de escudo: Sanguily y Viamonte.

IV

Cuando el doctor Antonio Luáces montaba á caballo, empezaba á rodearlo el flanco enemigo. Pudo huir, pero sin esperanzas, pues á poco de haberlo visto Sanguily en la angustiosa situación que hemos narrado, su caballo cayó muerto de un tiro. Consumado su sino, recobró la varonil serenidad y se resignó inmutable á afrontar la muerte que escogiesen sus aprehensores. Carmenate, que había sido hecho prisionero cuando el enemigo avanzaba por el yermo de *Los Alacranes*, fué conducido en compañía del ilustre prisionero á la ciudad de Puerto Príncipe, entrando en ella el día 20 á la una de la tarde.

Llevados á la presencia del brigadier Ampúdia, éste interrogó á Carmenate, y como el campesino empezara á balbucear la denuncia apetecida, Luáces le interrumpió diciendo:

—Tenga usted decoro!

Entonces Carmenate repuso:

—Yo digo lo que diga el doctor.

Según unos, porque Ampúdia repitiese al doctor las mismas preguntas que á Carmenate, según otros, porque le ofreció el perdón si prestaba servicios como cirujano en el ejército español, ello es que Luáces respondió:

—Si yo hubiera tenido lugar de ceñir mis armas, me hubiera ahorrado la vergüenza de escuchar tales preguntas. El suicidio me hubiera evitado el ultraje que usted acaba de inferirme.

La mayoría de los oficiales españoles, y señaladamente el doctor Naranjo, herido y prisionero en La Sacra, el vecindario, el clero, todos se unieron para demandar la vida del caballeresco cautivo. Aquel clamor de tantos corazones agradecidos, de tantas almas nobles ó ennoblecidas por un arranque de filantropía, fué á estrellarse como la ola rumorosa en el escollo, en el alma de piedra del brigadier Ampúdia, que confió la suerte de Luáces á la decisión de un consejo de guerra, el cual, tras prolongado debate, decretó inexorable la

muerte. Al siguiente día, en el claro obscuro de la alborada, sigilosamente, fué Luáces conducido de la prisión al sitio fatal y ejecutado por los instrumentos del implacable encono de Ampúdia. Erecto y sereno, Antonio Luáces, al entrar en el siniestro cuadro, exclamó con la inquebrantable fe de iluminado que jamás le abandonó, estrofa de girondino del coro inmortal de nuestros mártires:

—¡Cuán digno es morir por una causa justa y santa!

Si la augusta matrona que simboliza el ideal en cuyas áras fué inmolado Luáces, pálida y sollozante Niobe, pone en su huesa la diadema de laurel con flores de oro del paladín inviolado; y los guerreros dolientes de los dos bandos, en testimonio de gratitud al apóstol benéfico que armado con su ciencia los disputó á las garras de la muerte, llevan á su sepulcro la corona de siemprevivas salpicada con la caliente sangre de sus heridas; las madres españolas podrían erigir un altar de azucenas, consagrado con sus lágrimas, sobre los restos del que en los tribunales de la espada, desmelenado y sudoroso por el trajín de la pelea, era el primero en demandar, con su palabra de fuego, la vida y el perdón de los vencidos.

LA LOMA DEL JÍBARO

I

Un año después de haber forzado el paso de la trocha del Júcaro á Morón—en Febrero de 1876—como esfuerzo titánico para que la vanguardia de las fuerzas invasoras llevase la antorcha de la revolución á las lejanas comarcas del oeste, el Mayor General Máximo Gómez organizó en el territorio de Sancti Spíritus una columna con elementos del regimiento de caballería expedicionaria, á las órdenes del coronel Gabriel González, escuadrones del regimiento *Honorato*, al mando del teniente coronel Enrique Mola, y la legión de infantes orientales á las órdenes del coronel Mariano Domínguez. Avanzó lentamente rumbo á Cienfuegos quedando Domínguez con la infantería en el Manacal, sobre la sierra de Trinidad, donde pudo secundar con relativa holgura y desembarazo los planes de Gómez, mientras éste, al frente de la caballería, vadea el aurífero y pintoresco Arimao acampando en un frondoso soto de la margen opuesta en que permanece tres días. Sospechando el enemigo que Gómez intentaba dirigirse á Colón en apoyo de su avanzada, concentró sus fuerzas de Remedios, Santa Clara, Cienfuegos y Sancti Spíritus, para interceptarles el paso, organizando tres columnas, una de las cuales obedecía al brigadier Bayle, y la más cercana al Arimao, en que iba el gobernador de la colonia, general Jovellar, al brigadier Armiñán.

En la mañana del 28 de Febrero la columna cubana abandona las riberas del Arimao yendo al frente de la vanguardia el coronel Rafael Rodríguez, en el centro el Estado Mayor en torno de los generales Gómez, Sanguily y Calvar, y á retaguardia Gabriel González y Enrique Mola. Al mismo tiempo, de la columna de Armiñán se disgregaba un destacamento de caballería al mando del comandante Gonzalo, compuesto de dos escuadrones de lanceros del regimiento del Rey, á las órdenes del comandante Otero, y una guerrilla montada, haciendo un total de 300 hombres, cifra á que había quedado reducida la columna de Gómez después de haber destacado algunas secciones en su apoyo y grupos de guerrilleros por el flanco derecho, que era por donde se esperaba al enemigo. Unos y otros se encaminan al llano de la Jutía, que se extiende á las faldas de la loma del Jíbaro, enclavada en el cafetal González.

Recorrían los jinetes de Gómez, de uno en fondo, un desfiladero angosto y peñascoso, á los quemantes rayos del sol, refractados por un suelo blanquizco, casi cristalino, caldeado y deslumbrante. Serpeaba el abrupto sendero entre hileras de colinas; á la izquierda, por una pequeña garganta, inaccesible y honda que separaba los dos últimos cerros en que terminaba la cadena, veíase una parte del llano; el penúltimo cerro ofrecía un declive ó costezuela que daba acceso fácil á la llanura; á la derecha, sin interrupción, se prolongaba la cadena de colinas hasta terminar en extendida loma, de ancha meseta, denominada del Jíbaro, á cuyos pies se dilataba el llano de la Jutía. Como berruga de la maciza mole de la loma, alzábase en uno de sus lados chato y pelado mogote, separado de ella por un repliegue estriado de surcos y erizado de pedruscos. En los lejanos límites de la llanura cerraban el cuadro, como múltiples y abiertas garras de un coloso, escalinatas de cerros, que en gradería se prolongaban y empinaban hasta culminar en escabrosa y altísima sierra cuyas crestas y penachos, cúpulas caprichosas, se perdían y recortaban en el límpido azul.

El aspecto de la campiña y las laderas, contrastan-

do con el de las alturas, se destacaba como paisaje de otoño, trazado al carbón, en risueño marco de opulenta primavera. La sequía, que vierte soplos del desierto, el incendio del pasto producido por alguna chispa del vivac, habían reducido la planicie á nn campo de cenizas, tizones apagados y piedras ennegrecidas, sobre el cual se alzaban calcinados ó chamuscados esqueletos de arbustos y tostados zoquetes de zarzales y trepadoras. Los cauces, menguados y sollozantes, como si llorasen su miseria, se deslizaban perezosos sobre los guijarros del fondo. Al hundirse los cascos de las caballerías en el suelo polvoroso, levantaban nubes de ceniza, remedo de la humareda del incendio; las bestias resoplaban con fuerza por el cosquilleo de los átomos de carbón, los jinetes se enardecían respirando aquella atmósfera pesada y caliente, en tanto que los erectos ó flotantes zoquetes de la vegetación, azotando rostros, manos y uniformes, daban á los soldados el aspecto cómico de los antiguos tercios, tiznados por la pólvora de los primitivos arcabuces.

II

Cuando la vanguardia cubana, después de andar cerca de dos leguas, salía al llano de la Jutía, halló en él, marchando hacia el desfiladero, la vistosa y garrida vanguardia de los españoles. En aquellos momentos Gómez y Sanguily costeaban el penúltimo cerro de la cadena de la izquierda. La vanguardia española, altas las lanzas como enormes cirios que remataran chispeantes ascuas de aguas aceradas, flotando en cada una, sacudida por la brisa, con aleteos de pájaro de plumaje rubio y púrpura, las gayas banderolas, echa los brutos sobre la descubierta de Gómez, compuesta de veinticuatro bisoños procedentes de Sagua y mandados por el asturiano José Ovies. Resuena la primera descarga, Ovies recibe un balazo que le horada el pecho, los españoles con gran denuedo arremeten lanza en ristre, los bisoños de Sagua se mantienen un instante, ceden á la arrolladora pujanza de los lanceros y cejan sobre la vanguardia compuesta de secciones de Naranjo y

González, que retroceden en el choque. Amenazadas las fuerzas cubanas de ser embutidas y alanceadas en el desfiladero, se reorganizan y resisten, hasta que acometen con formidable empuje, impulsados por Gómez y Sanguily que con el Estado Mayor vienen al galope á la cabeza del centro. Al pasar Gómez por la infranqueable garganta que separa los dos últimos cerros de la cadena de la izquierda, divisa un flanco enemigo que marchaba hacia el declive de la penúltima colina para cortar la columna. Como González y Mola aguardaban el enemigo por la derecha, Gómez grita al ayudante Julio Díaz, caballero en corpulento bayo:

—A escape! A González que cargue sobre el flanco izquierdo!

Díaz, dando voces y atropellando por todo, vuelve grupas á rienda suelta, se incorpora á la reserva, cumple la orden, y González y Mola, al frente de los veteranos jinetes del Camagüey, caen al machete sobre el flanco enemigo en el mismo momento en que iba á penetrar en el desfiladero. Desmoralizado, el flanco se replega arremolinándose en el desorganizado destacamento, y mientras Sanguily, Gómez y Rodríguez cargan por un lado, Mola y González embisten por el otro con el clásico desaliño y marcial desorden peculiar á aquellas figuras ecuestres que parecían un solo cuerpo, robusto y diestro, regido por una sola voluntad, impetuosa y desalada. La reñida monomaquia, que no otra cosa fué el tope general de la caballería española contra la caballería cubana, terminó yendo la primera á ganar precipitadamente la meseta de la loma del Jíbaro. Entre nubes de polvo agrisado, hechos una masa informe y compacta, los escuadrones españoles trepaban las laderas escoltados y sajados por los jinetes cubanos. La ascensión, dificilísima por lo quebrado del terreno, fué un vía crucis heroico señalado por estelas de lanzas, sombreros, espadas, clarines, cadáveres y corceles. Los potros resoplaban y relinchaban sofocados por el polvo, el calor, el acicate y el trajín de la áspera subida; los jinetes cubanos, en pelotones ó aisladamente, los seguían acuchillando en medio un coro

de voces, aullidos y ruidos soterraños, roncos y metálicos, arrebatando las armas y el caballo al que caía, matando ó apresando con rapidez vertiginosa. Hubo jinete que arrebató la espuela á un lancero que se desplomaba cabeza abajo, y no faltó quien, sin contener la carrera, rematara un herido disparándole con su propio revólver, lo que efectuaban soltando un estribo y descolgándose atrevidamente de un lado del bridón.

Llegó la fuerza enemiga á la meseta de la loma, descabalgó rápida, y haciendo apretada, luciente y artística barrera con los rendidos y espumantes caballos, como en la Crisis, la Sacra y la famosa batalla de Las Guásimas, optó por la defensiva, rompiendo nutrido fuego de fusilería de detrás del hípico parapeto.

Los generales Sanguily y Gómez se destacaban en sus pisadores rodeados de sus ayudantes en la cima del mogote, á tiro de pistola de la cumbre, recibiendo de lleno las descargas del enemigo, y respondiendo á sus fuegos con chorros de balas como surtidores de fuentes. Algunas secciones, desplegadas en los flancos del mogote, fogueaban á los de las alturas sin poder intentar el ascenso porque allí la quebrada era inabordable, y una vez que se amagó una carga las bestias estuvieron á punto de dejar los callos en los pedregales. Los disparos de la meseta desmontan á varios jefes y oficiales; los tiros del mogote, en desquite, hieren los caballos del parapeto, viéndose vacilar, caer y rodar cuesta abajo los bastiones de carne como bloques de fortaleza.

Por la opuesta ladera, más accesible sin ser fácil ni cómoda, ocupada por González y Mola, la cúspide ofrece el mismo cuadro, la misma triple corona de bestias, soldados y lanzas, chorreando hacia abajo granizadas de plomo. Entre el zumbido de las balas, Mola propone á González simular una retirada, González acepta, da la orden, y una guerrilla hace una descarga y vuelve grupas á todo correr por la ladera. Cree el enemigo llegada la hora de libertarse del angustioso asedio, rompe la línea de corceles y una sección de lanceros se precipita en persecución de los que huían. Mola, que iba al frente de los fugitivos, levanta el ace-

ro:—«¡A chocar con ellos!»—grita con acento estentóreo, hace una rapidísima conversión que imitan con gran desembarazo oficiales y dragones, y los carga al machete con tal fiereza, que los que salvan la vida vuelan á ampararse en su reserva, dejando en pos de sí otra estela de lanzas, clarines, cadáveres y monturas. En el choque, el caballo de Mola recibe una herida de bala y un sablazo, quedando después de esta escaramuza tan cerca unos de otros, que Gabriel González, con su voz mimosa, burlona y silbante, decía á los contrarios:

—Caballería de cerros, venid á recuperar vuestras lanzas y espadas!

A lo que respondían los asediados con interjecciones y frases gordas que, á su vez, provocaban silbas y denuestos de los jinetes de González que los llamaban pericos y cotorras por no querer abandonar aquella posición, como las gárrulas parleras que sólo en la agonía se desprenden de la rama en que han clavado las garras.

Enrique Mola, encendido por el tráfago de la acometida, revolvía las negras pupilas delirante y febril con ansias é impaciencias de felino enjaulado. A una señal convenida con González, dispara sobre el enemigo y se lanza loma abajo, con más celeridad que antes. Los lanceros, reorganizados y arengados, sable en mano, soberbios en su iracundia, vuelan á su alcance con mayores bríos. El caballo de Mola. chorreando sangre de sus dos heridas, sacudiéndose inquieto y encalabrinado, vuelve de súbito la hermosa cabeza hacia los lanceros, los dragones lo imitan, Mola, con extremecimientos de epiléptico, arrebata la bandera del regimiento, la agita en los aires, y grita á todo pulmón, los ojos arrasados en lágrimas de entusiasmo y de coraje:

—¡Arriba! Los que se sientan hombres que me sigan!

Y haciendo ondular el oriflama, frenético, sorbiéndose las lágrimas, cargó el primero sobre el enemigo. El choque fué breve, el sable cedió al machete, el enemigo espoleó sus corceles buscando asilo en la meseta de la loma, cargándoles Mola y sus dragones hasta llegar á la muralla de caballos. Tan alto trepó Mola, que

Gómez y Sanguily, profundamente emocionados, veían flamear en la cumbre entre las gayas banderolas de las lanzas la bandera tricolor que el denodado jefe sostenía en la siniestra mano.

Lolo Benítez, aguador de Bayamo, su ciudad natal, que al comienzo de la guerra, por no obedecer á la rígida orden de un jefe cubano, ofreció sus servicios al Conde de Valmaseda, adquiriendo en las filas españolas por su valor y sus instintos fama de pantera, rugió con voz retumbante:

—¡A cogerles el trapo!

Pero el trapo flameaba luciendo sus celestes colores, y fustigando desdeñoso y altivo el purísimo ambiente de la cima, volvió á la reserva de la cuesta. El abanderado del momento, el veterano Mola, que retó mil veces á la muerte con arrogancia de poseído, ha supervivido absolutamente ileso, sin una contusión ni el más leve rasguño.

Volvió Mola á reunirse á su reserva seguido de sus dragones, que al trote, y descolgándose de las monturas, iban borrando la estela de lanzas, sables y fusiles. La última carga causó al enemigo tantas bajas como la primera y decisiva embestida del llano, demostrándose con una y otra que la verdadera superioridad de la caballería consiste en su movilidad y ligereza. Una carga á la desbandada, á la que se opone una fuerza de resistencia mayor que la del empuje, trae de ordinario el fracaso irreparable. Esto no obstante, en la acción que narramos vino á tierra el axioma, lo que habrá de suceder siempre que el jinete, dueño de sí y de su corcel, bravo y resuelto como el que arriesga la vida espontáneamente, sin ceder á las exigencias de la disciplina, tiene lúcida conciencia del efecto que ha de causar al contrario su agresión individual, no esperada por el agredido y que equivale al de un pelotón que la emprendiese á tiros y mandobles. Estas circunstancias que concurrían en los jinetes cubanos, suben de precio y calibre cuando la caballería voluntaria une á ellas el conocimiento de la topografía y de los recursos del suelo, que le favorecen en los momentos críticos per-

mitiéndole rehacerse y convertirse en agresor apenas ha sido rechazado.

III

El sol, próximo al zenit, derramaba sobre la desolada campiña sus rayos picantes y cáusticos, descompuestos en lo negro, lo gris y lo anaranjado de la vegetación mustia, como la lumbre desmayada de un eclipse. La atmósfera de fuego, en que hormigueaban partículas de polvos de todos colores, el cansancio de las cargas y las conversiones en la cuesta, hacían que los caballos, resoplando y piafando, lamiesen la tierra con ahinco, sacudiendo las colas con rabiosa impaciencia y moviendo las lenguas como si quisiesen provocar una secreción que mitigase los tormentos de la sed. En tal sazón, habiéndose avisado á los generales que la columna de Jovellar y Armiñán pasaba el arroyo de las Biajacas, afluente del Caunao que corría por un lado del llano de la Jutía, para auxiliar á los caballeros de la loma, ordenó Gómez se tocase retirada por el clarín de órdenes.

Al oir los sones del clarín cubano, Enrique Mola se adelantó hacia el enemigo, clavó la bandera que seguía flameando con orgullo, lanzó un viva á Cuba repetido por sus dragones, y exclamó blandiendo su acero, esculpido sobre su ensangrentado caballo:

—De hombre á hombre venga un valiente á coger el trapo!

Nadie aceptó el reto. Los dragones prorrumpieron en aclamaciones, el abanderado volvió á tomar la enseña y se emprendió la marcha lentamente. Reunidos en el llano, al pasar revista los generales, González, haciendo el saludo entre cortesano y militar, dijo á Gómez:

—General: enemigo destrozado: caballería como siempre: teniente coronel Enrique Mola héroe del día.

El general Manuel Calvar, accidentalmente en la columna y de paso para Villaclara, Rafael Rodríguez, el general Sanguily y algunos otros jefes y oficiales de los que se hallaban en el mogote, salieron heridos y

contusos, casi todos perdieron sus caballos. El asturiano José Ovies falleció poco después, dejando por heredero de toda su fortuna—una onza de oro—á uno de los bisoños que peleó gallardamente á su lado. Las fuerzas cubanas tuvieron cuatro muertos, veintidós heridos, leves en su mayoría, y seis contusos. Las fuerzas españolas tuvieron ochenta muertos al arma blanca, no siendo posible calcular los que hizo el plomo del mogote y de la ladera cuando estaban apiñados en la altura.

Mientras Armiñán marchaba por un lado á reunirse con los refugiados en la loma, los jinetes de Gómez por el lado opuesto del llano se encaminaban hacia el arroyo de las Biajacas, en cuyas ondas saciaron su sed las caballerías. En la cúspide, bañada en el oro pálido del sol como acurrucado león, manando sangre de los ijares, jadeante, paseando la torva mirada por el espacio, lacia y desgreñada la melena, quedaba la hueste fatigada y rota, en tanto que en los aires, en forma de pirámide, columpiándose como barquichuelos, moviendo las alas con crugidos de seda ó arremolinándose como guiñapos de crespones, una bandada de *auras*, fúnebre escolta de las fuerzas beligerantes, se cernía en torno del abrasado yermo cubierto de cadáveres.

Todo el tiempo que duró la estada á orillas del Biajacas, el comandante José María Aguirre, á la cabeza de veinte guerrilleros, caracoleaba frente á la legión Armiñán, hostilizándola por espacio de dos horas. A la una de la tarde las fuerzas rivales emprendían marcha por opuestos rumbos, y á la hora del crepúsculo Gómez volvía á las márgenes del arroyo, donde acampó. Al llegar la noche se reprodujo el incendio en la tostada hierba, la sabana quedó rodeada de un collar de lenguas de fuego y de una aureola de reflejos, que era en el horizonte corona de claridades intensas ó vagarosas, dominando los sollozos del agua los gruñidos de los perros jíbaros que escarbaban enfurecidos al pie de la loma, hozando en la huesa de los mal sepultados lanceros.

AVENTURAS DE UN ASISTENTE

I

El comandante general del departamento de Oriente, brigadier Marín, en compañía del de igual graduación Borbón y Castelví, vástago de reyes, acaudillando cinco mil hombres de las tres armas, salió á operar por la fértil y montuosa región que bien merece el dictado de Suiza tórrida. Cascadas bullentes, rimbombantes saltos que se despeñan en estupendos precipicios; caudales como el Cauto, ríos que se derriscan hervorosos desde las alturas chocando con fragor de trueno entre enormes cantos; sierras como la Maestra, eminencias como las cuchillas de Baracoa, por cuyos siete picachos corre un camino que apenas da paso á una caballería y que tiene por bordes el tenebroso vacío de hondos abismos; moles como la Gran Piedra; apiñados escombros de remotas catástrofes geológicas, montañas tajadas como á hachazos por las sacudidas del terremoto; valles vastísimos ó minúsculos, con grupos de palmeras de todas formas, surcados por infinitos arroyos y riachuelos; bosques, selvas, desfiladeros, pinares inmensos, enhastados sobre las cúspides de la cordillera en yermos de escorias y antecedidos de *charrascales* con su peculiar vegetación achaparrada y retorcida; venados agilísimos que reemplazan al gamo

de los Alpes y cenicientas y astutas grullas; en los plumeros de las palmas *manacas*, cuajadas de racimos, coros de ruiseñores, melodías purísimas; y en las laderas las flores de nieve del *nabaco*, que forman como la costra de una helera, exhalando un aroma más intenso que el de los azahares del limonero y más delicado que el de la azucena. En moldes tan excelsos se endurecieron y templaron los infantes de hierro de Maceo y las curtidas y leoninas escuadras de Guántanamo, capitaneadas por el cubano Miguel Pérez, hombres de roble y bronce más bien que de carne y hueso. Como prototipo de la fortaleza de aquellos rudos montañeses, puede citarse á Peña, correo de las huestes de Maceo, que una vez, llevando un pliego de unos expedicionarios que habían abordado á las playas del Sur, partió de la costa al rayar la aurora y llegó al lugar de su destino al ponerse el sol, habiendo recorrido á pie, trepando y descendiendo rampas y cuestas, una distancia de treinta leguas. A la mañana siguiente, en igual espacio de tiempo, emprendió el retorno en la misma forma ó, como él decía, *desanduvo lo andado*. El propio general José Antonio Maceo, y su hermano el teniente coronel José, pueden citarse como tipos de energía física. Ambos, que en toda la campaña lucharon con denuedo y constancia, especialmente el primero, que asistió personalmente á centenares de combates, han sobrevivido á la guerra; el general con veinte y una heridas, el teniente coronel con catorce. Todo el linaje, que se ofrendó en aras de la Libertad, merece citarse para mejor ilustración del caso. (1)

No por la férrea complexión, que entonces mejor cabría compararlos con los corzos que describe Tomaseo, ó los cosacos que pinta Gogol; por lo inexpugna-

(1) Mariana Grajales, en sus primeras nupcias con N. Regüeiferos, tuvo cuatro hijos: Felipe, inutilizado en campaña; Manuel, Fermín y Justo, muertos en acciones de guerra. De su segundo matrimonio con Marcos Maceo, que murió de un balazo en el ataque al ingenio *San Agustín*, tuvo siete hijos: los nombrados José Antonio y José; Rafael, cubierto de heridas, murió en el destierro; Miguel murió en la acción de San Miguel de Nuevitas; Julio murió de un balazo en la acción de Nuevo Mundo; Tomás, que ha supervivido, aunque inválido; y Marcos, que vive ileso, y obtuvo el grado de subteniente.

ble del natural baluarte, porque la montaña, como el llano, divorcia y aleja la autoridad del súbdito; el oriental será siempre el primero en encender la antorcha y el último en apagarla; su suelo será en todo tiempo el hospicio y la fortaleza de las legiones rebeldes.

Con pomposo aparato, digno de una cruzada, el ejército del brigadier Marín, que había pernoctado en Miranda, marchó por el camino de Mayarí con rumbo á Hato del Medio, vastísima hacienda donde suponía acampado al general José Antonio Maceo. Como en toda la región no daba un paso el enemigo sin que lo supiesen ó presintiesen los espías y escuchas de las fuerzas cubanas, aunque tarde y no bien informado de la enormidad del contrario, tuvo Maceo noticias de los planes de Marín. En el acto ordenó á su hermano el coronel José Maceo, esquivase todo encuentro, retirándose á los potreros de Barajagua; dió la voz de alarma al jefe del Primer Cuerpo, general Modesto Díaz, que á la sazón se hallaba en Holguín, avanzando con sus ayudantes y escolta para Cayo del Rey, por donde, indefectiblemente, debía pasar aquel torrente de lucida tropa. No era aquello vana ostentación de fuerza ni custodia y homenaje para el heráldico huésped del comandante general: era una necesidad, una precaución impuesta por la experiencia; en la época, para salir del recinto de las poblaciones, tenía el enemigo que ir armado de punta en blanco y en nutridas legiones.

Maceo, con sus ayudantes, su escolta y algunos jinetes del núcleo de su caballería, haciendo un total de 45 hombres, se emboscó desde la víspera en un bosque de granadillos que crecía al borde del camino. Al amanecer, se apostó con sus jinetes y el corneta de órdenes á la margen del bosque. La neblina empañaba el panorama. Se oía el rumor confuso y lejano, análogo é indistinto del de los pinares y el rebote de las aguas en los riscos. Cuando la luz volvió al aire su diáfana pureza, la vanguardia española, fuerte de 400 hombres pertenecientes al instituto de la guardia civil, estaba ya á tiro de pistola de Maceo y su grupo. Los cubanos amartillan los revólveres y esperan á pie firme. Re-

troceder, más que imposible, era la muerte segura. Los civiles, al paso de sus corpulentos caballos, avanzan arrogantes y tranquilos.

Maceo ordena hacer fuego. Todos disparan sus revólveres. En seguida dice al corneta:

—¡Toque á degüello!

Mientras los emboscados salen al llano desnudando los aceros, Maceo y su grupo se lanzan al machete sobre la vanguardia, que espera la acometida sable en mano. Los civiles cejan, defendiéndose con dudoso brío, abren paso á los jinetes de Maceo con bien urdida astucia, y de pronto, cuando todos han penetrado en el bosque humano, cierran filas y acometen á los audaces, envueltos y casi prensados en cuádruples murallas de caballos. Cada uno de los jinetes cubanos tuvo que abrirse brecha, solo ó ayudado de algún compañero: el fornido brazo de Maceo fué el primero en romper la valla á filo de machete, los demás le siguieron con igual fortuna, escapando todos, uno herido, y los demás con contusiones, muchos sin sombreros y con desgarrones en los deteriorados uniformes. El negro Serapio, asistente del general, que conducía el equipaje de éste, quedó en el atolladero para pagar el pato: cabalgaba en remisa mula y no pudo escurrir el bulto.

El camino, que iba angostándose en Cayo del Rey, conducía á otro llano más dilatado del mismo hato. En el límite de ambos corría un arroyo que obligaba á vadearlo con cautela. Maceo y los suyos atraviesan el arroyo y se baten en retirada por el llano. El ejército español los sigue de cerca: los dos flancos los van cargando al sable, el centro con nutridas descargas de fusilería, que contestan los de Maceo con sus certeros rifles. El caballo de un ayudante es derribado de un balazo. Un soldado de la escolta refrena el suyo, los otros le rodean para protegerlo, el ayudante monta á la zaga del soldado, y se prosigue la retirada, sin que el general y sus subordinados pierdan un instante su ecuanimidad. Cerca de la sabana de San Agustín, que baña el Cauto, Maceo y sus jinetes tuercen el rumbo, la corneta española ordena alto el fuego, y cesa la persecución.

II

Mientras la vanguardia se desplegaba en las llanadas del hato en pos de Maceo, sus ayudantes y escolta, el asistente fué conducido á presencia de los dos brigadieres.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Marín.

—Serapio.

—¿Eres capitán?

—No, señor, soy asistente del general Maceo.

—Hola! ¿Era él quien mandaba la emboscada?

—El mismito.

—Vaya,—agregó Marín tras un instante de silencio,—si prestas un servicio de importancia, te perdono la vida.

Serapio no vaciló.

—¿Ve el señor aquellas lomas?—repuso.—Pues allí están la madre, la mujer y las hermanas del general.

—Bien. Servirás de práctico á una guerrilla para echarles el guante. Si no da resultado la operación, te cuelgo de una guásima.

—No tenga cuidado; pero mande el señor que me den una carabina, porque las parejas son duras de pelar. Así que me vean me rompen el fuego, y donde ponen el ojo ponen la bala.

Accedió Marín á la súplica del asistente, y como perro de busca de una guerrilla, salió con rumbo á las lomas que azuleaban á lo lejos. Los dos brigadieres siguieron para las llanadas del hato á dirigir y vigorizar la persecución.

Serapio, que conocía la región palmo á palmo, condujo la guerrilla por los estribos de la sierra, haciéndola recorrer abruptos senderos, cejas de monte, malezas, desfiladeros, escabrosísimas cuestas, hasta que extenuados los guerrilleros empezaron á resistirse. A su juicio iba rayando en burda trama tanto volver y revolver por cerros y breñales. Una columna de humo, que salía de eminente altura, vino en auxilio del asistente.

—En esa montaña se cobija la familia,—dijo al jefe de la guerrilla.—Apretando el paso, en seguidita estamos allá.

Y en diciendo esto, desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra. Se había escurrido por entre el hojoso boscaje que orillaba y techaba en bóveda sinuoso, profundo y torcido barranco. El jefe de la guerrilla ordenó acribillar á balazos las orillas del barranco, vociferó y se tiró de los pelos como un energúmeno, puso de oro y azul á todos los santos de la corte celestial, exploró el foso, más oscuro y tortuoso que una caverna, y al cabo de inútiles y afanosas pesquisas, mohino y cabizbajo, marchó á incorporarse á la formidable columna.

Retozándole el gozo por el cuerpo, salió Serapio del barranco, y yendo de bosque en bosque con las precauciones del que ha sentido en el pescuezo las asperezas de la cuerda, iba acariciando en su interior la esperanza de una recompensa por su hábil proeza, luego que el general conociera la que había realizado con singular fortuna.

Al caer la tarde llegó Serapio al campamento de Maceo, fuése derecho al pabellón del general y le refirió lo que le había acaecido desde su captura en Cayo del Rey hasta su fuga en el barranco, presentándole más como trofeo que como testimonio de su veracidad, el fusil que obtuvo del general Marín.

—¡Vaya un *sanaco!*—exclamó Maceo.—Pierdes la mula y mi equipaje, engañas á Marín como un chino, y vienes dándote aires de vencedor. Desde anoche no probamos bocado. Anda, ve á sacar viandas y prepara la comida á prisa.

Como el asistente tenía por artículo de fe toda opinión del general, quedó convencido de que no había realizado empeño de mérito. Sin que le arrancara un ¡ay! de dolor la caída desde sus imaginaciones heroicas á los llanos y humildes quehaceres de la cocina, salió resignado y contento á preparar el fuego. Entonces le asaltó el recuerdo de la burlada guerrilla, y como un desquite y un consuelo, exclamó:

—Si á mí me han recibido aquí á cajas destempladas, y eso que he traído una carabina, allá le habrán sacao el sollate á los que me dejaron dir.

LA INDIANA

I

En el año 1871 la expansión de la guerra dentro de las fronteras del departamento oriental, por ineludible exigencia de las circunstancias, era solución de vida para las armas cubanas. Había que debilitar al enemigo constriñéndolo á subdividir sus fuerzas; que socavar sus elementos de resistencia asolando territorios vírgenes de fuego y plomo ó restaurados de anteriores destructoras campañas; que minar el prestigio del gobierno colonial, reclutar prosélitos á la causa de la República, y brindar á las huestes libertadoras regiones feraces pobladas de ganados, donde no se hubiese echado el esquilmo como en las que habían sido teatro de continuos y porfiados combates. Para realizar estos planes, nacidos de urgentes y múltiples necesidades, el general Gómez puso la mira en el territorio de Guantánamo, tan célebre por sus cacaotales y cafetos como el Occidente por el famoso tabaco de sus vegas.

Los emigrados franceses de la isla de Haití, verdaderos civilizadores de la montuosa y selvática región, introdujeron en ella el cultivo de los privilegiados granos, materia de sibaríticos deleites, y que pagados á precio de oro permitían á aquella colonia franco-americana todos los refinamientos de la opulencia en un me-

dio semi rural y semi urbano, transformada en valle de jardines por su pericia agrícola y el buen gusto vinculado en la raza como un patrimonio.

Para llevar á cabo la invasión de la próspera comarca, el general Gómez organizó cuatro columnas en El Limonar. Acaudillaba la más avanzada el teniente coronel Juan Cintra; la segunda, en que iba el general, el sexagenario teniente coronel Silverio del Prado; la tercera, el teniente coronel Félix Francisco Borrero, y la de reserva el jefe de operaciones, teniente coronel José Antonio Maceo. A las inmediatas órdenes de éste iban el comandante Guillermo Moncada, Flor Crombet, José y Miguel Maceo, José Díaz, Teodoro Laffite y Pascual Sánchez, y á las de Gómez el teniente coronel José María Cortés. Puesta en marcha la columna de vanguardia, ordenó el general que todas acudiesen al lugar donde sonasen los primeros disparos, haciendo Cintra rumbo á los cafetales de Mont-Rouss, que se hallaban en la línea divisoria.

Hacía poco tiempo que el teniente coronel Cintra había regresado de la serranía, donde estuvo á punto de caer bajo la zarpa de los guerrilleros enemigos, hallándose enfermo en un rancho en compañía de su familia. Asaltada la ranchería, Cintra se batió en retirada, mientras las mujeres y los niños se escabullían por el bosque. Momentos después, volvía el teniente coronel reconociendo los lugares por donde había escapado, y halló la ranchería convertida en un montón de humeantes escombros, y entre ellos, horriblemente mutilados, los cadáveres de su madre, su esposa, sus hermanas, sus hijos, en número de catorce. Los victimarios, para realizar el tremendo asesinato, se orientaron en la espesura por los sollozos de un niño, amedrentado por la sorpresa. Cintra, enfermo todavía, se apresuró á incorporarse á sus fuerzas. ¡Guay del que cayese en sus manos! ¡Cómo habría de expiar las cóleras del hijo, del esposo, del hermano, del padre!

La columna de Cintra penetró en jurisdicción de Guantánamo, la vanguardia marchaba por entre cuadros de cafetos, á los que formaban geométricos mar-

cos palmeras, limoneros, naranjos, rosales y *nabucos*. Las diversas avenidas, orilladas por tantos árboles y arbustos en flor, escogidos para ornamento por la regularidad de sus formas ó la sombra de sus pomposos follajes, iban á converger, como los radios de un círculo, á otra avenida, en forma de herradura, compuesta de graciosos y liliputienses palmeros, entre los que crecían jazmines, azucenas, lirios y claveles, y tras la cual se dilataba vastísima plaza, en cuyo centro se alzaba la elegante y sólida vivienda de los propietarios del cafetal *La Indiana*.

Dentro del radio de la herradura, desgranados como el caserío de pintoresco villorrio, entre árboles y arbustos, hallábanse el barracón de los esclavos, aldehuela de pajizos bohíos; los más cómodos y lujosos graneros, los molinos, el establo, el corral y otras dependencias de la finca. En torno de la vivienda de los dueños, los tendales ó secaderos de bruñido hormigón, limpios de granos, y como vallado de éstos una serie de trincheras perfectamente dispuestas y aspilleradas. En el centro, sobre una eminencia del suelo, dominando los contornos, la casa vivienda convertida en fuerte, compuesta de dos pisos, sajada de aspilleras é iluminada con colores chillones formando vistoso policromo.

II

La vanguardia de Cintra se mostró indecisa al desembocar en la plaza ó batey del cafetal, dando lugar á que mozos de labor, operarios y esclavos, acudiesen á las trincheras y á la casa de vivienda, retirando las armas de un secadero en que estaban expuestas al sol, desde donde comenzaron á hostilizarlos con descargas tan certeras, que Cintra tuvo que parapetar sus fuerzas en el arbolado de la herradura, el barracón, el corral y los graneros.

Al ruido de estas descargas, acudió la columna del teniente coronel Prado. Gómez avanzó en su caballo, y al pasar la hilera de árboles quedó desmontado. Volvióse al teniente coronel Cortés y le ordenó partiese á la cabeza de su batallón al asalto de las trincheras.

Cortés cabalgaba en un potro moro azul de mucha alzada, llevaba chamarreta de lana roja y cubría su erguida cabeza enorme sombrero de Panamá.

—Desmóntese!—le dijo Gómez al ver que espoleaba el potro.

—No, general,—le respondió Cortés—así voy mejor.

Y al paso, salió al frente de sus infantes á cumplir la orden. A pocos pasos de la empalizada, se inclinó hacia el lado izquierdo:—¡Arriba!—gritó, abrió los brazos y cayó de espaldas. Una bala le había traspasado el corazón. Enardecidos sus soldados, echaron á correr sobre las trincheras y á fuerza de puños se apoderaron de ellas. Los defensores, sin desmayar, se replegaron á las trincheras interiores. La posición conquistada por los soldados de Cortés tuvo que abandonarse precipitadamente, los refugiados en el piso alto de la casa los fusilaban implacables y sobre seguro.

Luego acudieron las columnas de Borrero y la de Maceo, que parapetadas con las de Prado y Cintra, redoblaron los fuegos, contestando los intermitentes disparos de los asilados en la casa-fuerte, que no perdían pólvora en salvas, tiradores tan diestros que raro era el tiro que no causaba una baja á las columnas cubanas, al punto que no había soldado que asomase la cabeza ó la mano fuera de los parapetos que no tuviese que retirarla en el acto manando sangre.

Así prosiguió el combate desde las primeras horas de la mañana, en que comenzó, hasta la una de la tarde, en que era alarmante el número de bajas de los sitiadores, sin que los sitiados diesen muestras de ceder en su heroica defensa. No era posible desistir ni honroso retroceder. El general Gómez, contrariado, colérico, resuelto á llevar á cabo sus planes á toda costa, ordena al jefe de operaciones José Antonio Maceo, dirija el ataque, ó mejor, el esfuerzo supremo, diciéndole:

—Si usted cae herido ó muerto, yo iré á ocupar su puesto. Ó nos cazan á todos como á ciervos ó nos apoderamos del fuerte.

Maceo, hueso y carne de leyenda fundida en bronce, vuelve los ojos á sus viejos legionarios, á la flor de la

aguerrida infantería oriental, no distingue entre oficiales y soldados, escoge entre unos y otros los más recios, los más acerados, los más audaces, reune veinte hombres, selecciona veinte héroes que oponer á los héroes de la casa-fuerte, y pone á su frente á sus hermanos José y Miguel, á Flor Crombet y á José Díaz. Los veinte deben apoderarse de las trincheras y de la parte baja de la casa, mientras dos fuerzas de ataque, una á las órdenes de Teodoro Laffite, otra á las de Pascual Sánchez, los apoyan amenazando los ángulos opuestos del edificio, que en el momento oportuno debían incendiar.

Vibró el clarín de órdenes. Los soldados de Sánchez avanzan por la izquierda, los de Laffite por la derecha, acribillados por el tiroteo del piso alto donde se habían refugiado todos los defensores. Los veinte, acaudillados por José Maceo, echan á correr hacia el frente del edificio. Desde el punto de que partieran hasta llegar á los primeros atrincheramientos había una distancia de treinta pasos; corrían veloces, con rapidez inaudita, pero eran tan diestros y seguros aquellos terribles cazadores, que de los veinte sólo ocho pudieron trasponer las trincheras y penetrar en la planta baja del edificio. En tan corto trecho cayeron doce, muertos ó heridos gravemente, entre ellos José Maceo, derribado por una bala que le penetró por la escápula derecha saliéndole por encima de la cadera opuesta. No fué menor la carnicería en las fuerzas que avanzaron por ambos lados del edificio, pero mermadas, dejando en pos de sí regueros de sangre, cadáveres y heridos, todos llegaron al pie de la casa. Bañaron en petróleo los cuatro ángulos, aplicaron la tea, y en seguida empezaron á elevarse espirales de humo negro, denso, pestilente. Pronto las llamas, como sierpes, lamieron las paredes, enroscándose en las pilastras y los aleros, trepando y filtrándose por los intercolumnios é intersticios, atenuando el brillo del sol, ávidas, con estremecimientos de ondas y agudos ó sordos estallidos.

—¡Ríndanse!—gritaban los sitiadores.

—¡Primero achicharrados, que rendidos!—rugían los sitiados.

Sin embargo, hubo un momento en que los defensores pidieron que cesara el tiroteo. Pero en vez del parlamentario para ajustar la capitulación, apareció una señora, en cinta y con un niño en brazos, que los sitiados confiaban á la hidalguía cubana, y que no querían envolver en la catástrofe que ellos afrontaban con asombrosa bravura. Cumplido este caballeresco deber, se reanudó el combate; los de arriba, resueltos á morir, afinaban la puntería en medio del calor y el humo del incendio, como si quisiesen que los precedieran en su viaje al otro mundo el mayor número de enemigos. La situación, sin embargo, era insostenible, el piso crujía, las paredes estallaban esputando llamas en lo interior, el humo les arrasaba los ojos y amenazaba sofocarlos.

En tal situación sólo quedaban en pie cinco defensores, los demás yacían muertos ó postrados por las heridas. Descerrajan una descarga y, á favor de ella, saltan por entre las llamas huyendo despavoridos por una de las avenidas. El teniente coronel Borrero pica espuelas á su caballo y corre en pos de los fugitivos. Al galope, desde la silla, cuatro veces se echó el rifle á la cara y á cada disparo mordía el polvo uno de los prófugos. Menos certero con el último, la bala le hirió un brazo, y así, y chamuscada la cara, pudo escapar con vida ganando el bosque.

Los cubanos retiraron del piso alto algunos heridos con el armamento de los sitiados, y momentos después la casa-fuerte del cafetal *La Indiana*, el baluarte-llave de la próspera región de Guantánamo, se desplomaba con estrépito, aplastando y cubriendo sus encendidas ruinas los cadáveres de sus leoninos defensores, magníficos héroes cuya memoria se ha esfumado como el polvo de las cenizas del incendio, mientras otros, menos acreedores á la palma de la gloria, han alcanzado la apoteosis.

Aquella jornada, que causó á las fuerzas cubanas más de setenta bajas, presagiaba lo que habría de ser la campaña de Guantánamo, tan ruda, tan encarnizada por ambas partes, que según la expresión de uno de los

veteranos de aquella refriega, si se prolonga un poco más no queda en toda la comarca un árbol en pie.

La señora, que fué sacada en hombros por Miguel Maceo, llorosa y atribulada, fué guiada hasta la población por una escolta. Ella informó que los defensores de la casa-fuerte de *La Indiana* eran cerca de doscientos hombres entre blancos, negros y mulatos, habiendo entre ellos algunos franceses, pero que los insignes tiradores que tanto estrago causaron en las legiones de Gómez y Maceo, eran cuarenta y cinco soldados de las escuadras de Guantánamo, nacidos y desarrollados en aquellos breñales, vigorosos y fieros montañeses que antes de empuñar el fusil para ofrendarse por la causa de España, se habían adiestrado en el tiro y educado para las fatigas de la guerra cazando venados en las risueñas vegas, y esclavos alzados en las ásperas y riscosas serranías.

¡A CABALLO!

El coronel José Payán, consumado táctico, acaso el más notable organizador de las fuerzas villareñas, como lo prueban los hechos de su creación modelo, la famosa infantería que educó afanosamente en territorio camagüeyano y que en campo abierto libró y sostuvo veintiocho combates en período de aprendizaje, y uno de los cuales duró más de ocho horas, rodilla en tierra, consumiendo cada soldado noventa y tantos cartuchos, era la personificación del método, la ordenanza hecha carne. Jamás omitía un pormenor, procedía siempre como matemático, aplicando leyes, escrupuloso y rígido (1).

Acampó cierto día en el potrero *Santa Teresa*, enclavado en la jurisdicción de Sancti Spíritus. En primer término, la caballería; en el fondo, inmediata á un río que bañaba la finca, la infantería. No se faltó á un solo precepto, todas las prescripciones fueron cumplidas con nimio rigor. A la hora de la siesta el clarín de órdenes tocó baño á las caballerías. Los jinetes iban entrando en el agua á excepción de la guardia que quedaba en el centro del potrero.

La sección, compuesta de 40 jinetes, había penetra-

(1) Estas preciosas cualidades hicieron más sensible la ulterior conducta de Payán, que desapareció voluntariamente de modo que no es pertinente mencionar aquí.

do en el lecho del río, que corría casi al nivel del herboso llano orillando espeso bosque. Sobre la margen, como aplanados trofeos, en montículos aislados, quedaban sobre las monturas y arneses de los caballos la indumentaria y las armas de los jinetes, en vistosa hilera que semejaba fila de panzudos infantes en cuclillas.

El agua se deslizaba con sosegada majestad. Los brutos resoplaban, escarbaban el fangoso lecho, hacían corvetas ó corcoveaban al contacto de las ondas, lustrados, charolados, barnizados, sacudiéndose entre relinchos de refocilamientos, mostrando desde la cruz á la cabeza garrido conjunto de líneas y colores, confundidos el blanco con manchas como moscas con el amarillo de miel, el dorado obscuro como hoja de tabaco con el pardo de pelaje de rata, el tordo con el negro de raso. Al lado de las bestias, las bronceadas y musculosas espaldas del mulato, junto al dorso de pulido ébano de vigoroso negro, la satinada piel del hijo de la ciudad, huesoso y nervudo, frente á la tostada y velluda del fornido campesino, nadando, zabullendo, arrojándose de cabeza desde las ancas de los brutos, lanzándose chorros de agua ahuecando las manos, con ruidosa algazara, embromándose y atajando los corceles, sujetos por una soga atada al cuello.

De pronto se oyen disparos de fusiles hacia el centro del potrero, donde había quedado la guardia. Reinó súbito, profundo silencio; los hombres pararon el oído, los caballos enarcaron las orejas. El jefe ordenó:

—¡A caballo!

Todos, con asombrosa celeridad, llegaron á la ribera. De prisa, y sin tiempo para más, se colgaron los rifles y se ciñeron los machetes, y desnudos, descalzos, sin espuelas, chorreando agua, saltaron sobre los mojados corceles sin más albarda que el macizo lomo ni más rendal que la soga del baño. Cuando todos estuvieron montados y armados, lo que fué obra de un instante, el clarín tocó á degüello y la horda echó al galope las bestias. Como una gavilla de vándalos, luciendo sobre el pelaje de rata los recios y bronceados músculos del mulato; sobre las placas de añil del moro, el ébano la-

brado y lucio del negro; sobre el retinto las mórbidas ó groseras piernas de los blancos, movible museo de esculturas policromas; risueños, rebosándoles la zumba por aquel su mismo aspecto cómico, asidos como tenazas los correosos jarretes á los flancos de las cabalgaduras que, enardecidas por el baño, convirtieron el galope en desbocada carrera, los desnudos caballeros cayeron sobre el enemigo como una racha.

Grande debió ser la sorpresa de los asaltantes al ver aquellos jinetes con el uniforme de Adán, terribles en su bélico impudor, que los cargaban á fondo con impetuoso denuedo. De un golpe de vista pudieron apreciar el arrojo y seguridad que implicaba la singular acometida, y sorprendidos y como deslumbrados por aquella ostentación de osadía y confianza en sns fuerzas, que debió influir en la defensa y resistencia para aminorarlas, á penas sobrevino el choque se consumó la derrota, quedando sobre el campo veintinueve cadáveres. No había más hombres que segar. El clarín de órdenes de la infantería tocaba avance, cuando la corneta de los jinetes ordenaba retirada, volviendo la horda, tras corto reposo, á invadir el lecho del río.

PRO PATRIA

ANECDOTAS

El capitán Edmundo Agüero, en compañía de su asistente, un mulato que había sido su esclavo, fué hecho prisionero por las fuerzas del comandante Montaner. Reunidos á otros cautivos en el batey de un ingenio, el jefe español exclamó:

—Se concede la vida á los que se sometan á la legalidad. Den un paso adelante los que estén conformes.

Excepto el capitán y su asistente, los demás prisioneros traspasaron la línea que Montaner trazó con la punta de su espada.

Agüero se volvió á su fiel compañero y le dijo:

—Anda, acógete al indulto. Eres un muchacho y no tienes la responsabilidad ni los deberes que yo.

—No, capitán,—repuso el asistente,—la suerte de usted es mi suerte; moriremos juntos.

—¿No aceptan ustedes?—prosiguió Montaner.

—Nuestra dignidad nos impide traspasar la línea,—replicó Agüero.

El asistente hizo una señal de asentimiento y sobre lo que era un ara, por la indomable lealtad consagrada, rodaron confundidos los cadáveres del amo integérrimo y heroico y del siervo redimido y dignificado.

***

Juan Gorgas, natural de Cataluña, vecino de Holguín, se afilió en el ejército cubano, en el que alcanzó

el empleo de comandante, en tanto que sus dos hijos, nacidos en el país, siguieron la bandera de España, militando en una guerrilla de la jurisdicción. Gorgas, entristecido, exclamaba con frecuencia:

—¡Qué desgraciados son mis hijos! De nada les ha servido mi ejemplo! Infelices! No quisiera sobrevivir á la guerra por no desheredarlos!

El noble anciano, hallándose enfermo y solo en un rancho, pereció á manos del enemigo.

***

Cuando el brigadier Gregorio Benítez dispuso el ataque al fuerte Montejo, cercano á la ciudad de Puerto Príncipe, el ordenanza Barretico, un párvulo, echó su caballo al galope y golpeando con el pomo de su machete en la puerta, gritaba á los sitiados:

—Ríndanse, españoles, se les perdona la vida!

La guarnición rechazó el ataque causando numerosas bajas á los asaltantes. Barretico, hasta que no se ordenó la retirada, estuvo intimando la rendición á los defensores.

***

En los primeros tiempos de la Revolución, por los contornos de Trinidad, una guerrilla auxiliar detuvo á un niño de 13 años que se dirigía al campo conduciendo una cesta.

—¿Qué llevas ahí?—le preguntaron.

—¿Aquí? Pólvora y balas.

—¿Para qué?

—Hombre, para matarlos á ustedes.

Después se obstinó en callar y fué pasado por las armas.

***

Huerta, asturiano, soldado del famoso batallón del *Orden*, organizado por el brigadier Acosta y Albear con la crema de los presidios y la nata de las cárceles, se presentó armado y equipado en 1869 en uno de los campamentos cubanos de la jurisdicción de Sancti Spí-

ritus. Llevado ante el jefe dijo con rudo laconismo que era republicano y deseaba servir bajo la bandera tricolor, enseña de su ideal de gobierno. Acogido por sus oyentes con ostensible recelo, harto justificado por el terrorífico renombre del cuerpo de que procedía, añadió que á nada aspiraba, que hiciesen de él lo que les viniese en antojo y que nada tenía que agregar á lo ya dicho.

Alistado en la caballería que mandaba el fiero andaluz Diego Dorado, como legítima recompensa á su bravura y severidad, no tardó en obtener el grado de comandante. Más de una vez, en los ataques más reñidos, se le vió cargar esgrimiendo delgada y flexible rama de *guayabo* á manera de fusta, con que penetraba en las filas enemigas. Cítase como su hecho de armas más memorable el del potrero *Santa Elena*, en que á la cabeza de la intrépida caballería espirituana sorprendió una columna causándole importantísimas pérdidas.

Evacuado por las fuerzas cubanas el territorio de Sancti Spíritus, Huerta quedó en él convaleciendo en oculto rancho. Un traidor condujo una guerrilla á su asilo; al intimársele la rendición, Huerta se incorpora, dispara contra los más próximos y les dice:

—¡Soy Huerta el republicano y vosotros unos mercenarios! ¡Viva la República Cubana!

Y dando vivas y batiéndose con leonina furia, sucumbió el antiguo soldado del batallón del *Orden*.

***

El general Francisco Villamil, natural de Galicia, uno de los militares más activos y tenaces entre los que primeramente lucharon en las Villas, convaleciendo de una herida grave en el Camagüey, en aquella sazón bajo la jefatura del mayor general Ignacio Agramonte, dijo á su secretario Julio Díaz:

—La felonía de los Boitel está más clara que el agua. Redacte una orden para que sin más formalidad que la identificación sean ejecutados el comandante y el capitán...

—General,—arguyó Díaz,—recuerde usted que la

Constitución de la República ni las ordenanzas le autorizan para hacer semejante cosa, si no se someten los reos al fallo de un consejo de guerra.

—¡Qué Constitución ni qué ocho cuartos! Aquí no hay más que Cuba, Cuba y siempre Cuba! ¿No está probada la traición? Pues que los maten sin más ni más. ¿Que barreno la ley y el mayor Agramonte me hace pasar por un consejo y me fusilan? Tanto monta! Quede Cuba limpia de traidores, y nada importa un gallego menos!

***

El general bayamés Tamayo León, momentos antes de ser pasado por las armas en Sancti Spíritus, exclamó dirigiéndose á soldados y curiosos:

—¡Torpes! ¿No veis que vuestro poder es pasajero y sobre vuestra inevitable ruina y nuestra muerte se alzarán triunfantes la Libertad y la República?

El general Mateo Casanova, que también fué inmolado en la misma población, al ser interrogado por el fiscal cortó por lo sano diciéndole en crudo:

—No me da la gana de contestar. Esto es vana forma, estoy prejuzgado y sé que debo morir. No reconozco ni acato más consejo que el que me juzgase por mandato del Presidente de la República de Cuba!

***

José Antonio Legón, negro muy ladino, oriundo del Congo, que estaba sellado de heridas y había visto caer entre sus piernas una docena de caballos en diversas cargas, fué uno de los pocos que pudo mantenerse en las Villas después del desastre de la primera campaña. En la época en que Jiménez logró que Acosta y Albear suspendiese operaciones en su zona, el jefe de uno de los fuertes de la jurisdicción pidió á Legón fuese á conferenciar con él, empeñándole previamente su palabra de honor. Acudió Legón solo á la cita: el jefe pintándole las ventajas de acogerse á la legalidad, á cuyo amparo tendría absoluta independencia personal, tierras

y dinero, pues le ofrecía recursos para fomentar una finca de labor sin exigirle servicio de armas, agotó su ingenio y su labia en catequizarlo.

Legón oyó al jefe sin pestañear.

—¿Y que más?—le dijo.

El jefe arrugó el ceño, visiblemente contrariado por el tono de la pregunta.

—Cuando el que fué mi amo,—repuso Legón,—murió á causa de sus heridas en el fondo del monte, me dijo en su agonía:—José Antonio, sigue peleando al lado de los cubanos, no te presentes nunca, nunca!—Yo respondo á usted con las palabras de mi amo: José Antonio no se somete. Si usted, viéndome solo falta á su palabra de honor y me hace matar y me entierra al pie de ese *dagame* que se ve desde aquí, mi alma libre se irá volando como el gavilán y estará siempre al lado de los cubanos.

El jefe no osó insistir. Legón volvió á su campo, pereciendo poco después en un combate.

***

Eduardo Saavedra, secretario del general mejicano José Inclán, fué hecho prisionero en jurisdicción de Holguín, hallándose enfermo en un rancho.

La madre, toda llorosa y enlutada, se presentó al conde de Valmaseda, pidiéndole el perdón de su hijo. El terrible conde, queriendo pasarse de clemente, ofreció acceder á la súplica de la madre si el hijo empeñaba palabra de prestar algún servicio.

Regocijada la madre, que á toda costa quería salvar la vida de su hijo, voló á su hogar comunicando la nueva, ebria de felicidad, á su esposo. Este, un catalán, español intransigente, rudo y adusto, dominando sus emociones, le dijo:

—Pues ya estará fusilado, porque si es hijo mío no puede ser cobarde ni traidor!

La triste madre, loca de dolor, vió cumplirse la solemne profecía.

***

El general José Inclán y su ayudante el capitán camagüeyano Tomás de Varona, fueron hechos prisioneros y conducidos á Puerto Príncipe para ser juzgados en consejo de guerra. Mientras se sustanciaba el proceso, el general Inclán rehusó hacer diligencias por salvar su vida, esforzándose en obtener la de su ayudante, que se opuso á sus intentos, resuelto á seguir su suerte. Condenados á la última pena, celebraron, antes de entrar en capilla, un almuerzo según el ritual masónico, al que fueron invitados algunos oficiales españoles, los que se hicieron lenguas encomiando el valor y serenidad de ambos reos. Conducidos al lugar de la ejecución, trocaron los pañuelos azul y rojo que llevaban anudados al cuello, y unidos en estrecho abrazo cayeron exánimes por una misma descarga.

***

Hallándose el general Martínez Campos en el Chorrillo, conferenciando con dos comisionados cubanos acerca de la prórroga para la suspensión de las hostilidades, sin que se hubiesen insinuado todavía los preliminares del convenio, manifestó el general que le era preciso llegar á Puerto Príncipe, distante de allí quince leguas, y proyectaba hacer la jornada por el camino más corto, que era el orillado por el telégrafo.

—No debe usted ir por ese camino,—le dijo uno de los comisionados,—porque nuestro guerrillero Carbón, que es muy activo, audaz y vigilante, y que no tiene órdenes para suspender operaciones, puede obstruirle el paso....

El general, reflexionando, en voz alta repuso:

—Si tropiezo con Carbón fracasarán mis proyectos.... Si no me sale al paso, llego á Puerto Príncipe á la hora que deseo, y esto es lo que más me preocupa. Marcharé al amanecer acompañado de un ordenanza y así iré más á la ligera.

Como lo dijo lo hizo, impulsado por su tenacidad y fiado en su buena estrella, que no le abandonó un instante, especialmente en aquel trance, pues Carbón era largo de olfato y no muy blando de entrañas.

APÉNDICE

EL RESCATE DE UN HÉROE

La revolución parecía agitarse en las convulsiones de la agonía. Hambrientos, semi desnudos, sin municiones, perseguidos sin tregua ni descanso, obligados á buscar refugio en los lugares más inaccesibles, diezmados de continuo, multiplicándose las deserciones, casi extinta la acometividad, los legionarios de la Libertad semejaban caravanas de mendigos que un día ú otro irían á impetrar la clemencia del poder que soñaran destruir. Fué entonces cuando los más animosos indicaron á Agramonte la necesidad de pensar en las bases de una capitulación honrosa, y como el héroe camagüeyano rechazara indignado la proposición, preguntándole con cuáles elementos contaba para prolongar la resistencia, pronunció aquella frase sublime:

—*¡Con la vergüenza!*

En medio de aquel desquiciamiento, en medio de la extenuación de las almas, cuando todo parecía conspirar para el aceleramiento de la ruina, un suceso extraordinario, que vino á poner de relieve la grandeza moral del *caballero sin miedo y sin tacha* que como ningún otro encarnó el espíritu de la Revolución, haciéndole obrar en un milagro de abnegación, asombroso prodigio de heroísmo, inició la reacción, trasfundiendo nueva sangre al organismo de la guerra. Ignacio Agra-

monte vivirá eternamente en el corazón de sus compatriotas como el símbolo austero y magnífico de la etapa más gloriosa de su pueblo.

La proeza que realizó, el esfuerzo característico de la Revolución, la hazaña sin par que vamos á referir, es también el símbolo supremo de una epopeya de abnegación, de sacrificios y martirios memorables, que no otra cosa fué la Revolución Cubana.

*
* *

El día 7 de Octubre del año 1871, el mayor general Ignacio Agramonte acampaba con la fuerza de su mando, que la constituían entre oficiales y clases 70 jinetes, en el potrero *Consuegra*, al sur de la ciudad de Puerto Príncipe y al nordeste del potrero *Jimaguayú*. Había llevado á feliz término una operación militar por el territorio camagüeyano, operación que había durado un mes, y cuyo objeto inmediato era mantener aguerrida y disciplinada su pequeña hueste.

A dos leguas del campamento, en un rancho de gentes pacíficas, guardaba toda su indumentaria el brigadier Julio Sanguily, y envió allá á uno de sus asistentes. Éste no tardó en regresar, aunque con las manos vacías: el rancho era un montón de escombros, sus habitantes habían desaparecido. No pudiendo andar á pie, Sanguily hizo llamar á Agramonte, é invitándole sentarse en una hamaca le dijo que habiendo la tea del enemigo reducido á cenizas todo su ajuar, había resuelto ir al siguiente día al bohío de doña Cirila, para que le lavasen el traje que vestía. Opúsose Agramonte al proyecto arguyendo las probabilidades de que Sanguily cayese en poder de las tropas del gobierno. Insistió Sanguily en su demanda, y aunque Agramonte persistió en su oposición, cedió al cabo, pronosticando al brigadier que un día ú otro sus audacias le pondrían en manos de los españoles, para quienes su captura equivaldría á la de un tigre real.

Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, acompañado de su ayudante el capitán Diago, de

su asistente el moreno Luciano Caballero, y llevando consigo tres enfermos que iba á confiar á los cuidados de doña Cirila, emprendió marcha el brigadier á través del bosque, caballero en enjalmado penco, pues sus corceles de batalla, que eran magníficos, estaban harto necesitados de descanso por las penosas jornadas de la última operación.

Al cabo de una hora de marcha llegó la caravana á la estancia de la buena mujer, que era indistintamente ama de llaves, confidente y hermana de la caridad de los revolucionarios. En medio del predio había dos bohíos, el uno habitado por la dueña, el otro que hacía las veces de hospital, más cerca del sendero que lo separaba del vecino bosque.

El capitán Diago quedó rezagado en el bosque. Sanguily descabalgado á fuerza de hombros, fué sentado en un taburete, de espaldas al sendero, colocando junto á sí su diario de operaciones, el reloj, el sombrero y el aparato metálico con que reemplaza su falta de rótula. Luciano Caballero se alejó con los caballos para llevarlos á pastar. Amén de los recién llegados y doña Cirila, había en los bohíos dos mujeres y algunos enfermos, entre éstos un paralítico.

Mientras una de las mujeres lavaba junto á un pozo cercano al sendero la ropa del Brigadier, doña Cirila preparaba el desayuno de éste. Dirigíase doña Cirila hacia el lugar en que estaba Sanguily para que saborease una muestra de su cocido, cuando entre asombrada y medrosa, mirando al bosque, exclamó:

—¡Ahí están los españoles!

Volvió el rostro Sanguily y vió un flanco de guerrilleros enemigos.

Todos los que rodeaban al ilustre inválido, incluso el paralítico, se desbandaron poniendo pies en polvorosa.

En aquel supremo instante aparece Luciano Caballero, rifle en mano, se pone en cuclillas ofreciendo las espaldas á su jefe para llevarlo á cuestas al bosque, diciendo:

—Monte, mi brigadier!

Sanguily arroja al suelo el rifle del asistente para

hacerle más fácil la carrera, se abraza á su cuello, y el soldado emprende la huida. Cerca del bosque el enemigo va á caer sobre los fugitivos; Sanguily se agarra á la rama de un árbol, ordena al asistente que gane el bosque, y él queda balanceándose en el aire, resignado á la suerte que le cabe. Un sargento se echa el rifle á la cara y sin dejar de fulminarle el arma le grita:

—¡Mambí, date ó te mato!

Sanguily, mostrándole la abierta herida del tobillo, le responde:

—¿No ves que no puedo huir?

—¡Aviado estás!—añade el sargento, y arrojando el arma al suelo ofrece sus lomos al brigadier, conduciéndolo al taburete que ocupaba momentos antes y del lado del cual habían desaparecido el aparato, el reloj y el diario de operaciones. De nuevo, y por un instante, quedó solo el prisionero. El primero que se acercó á él, por mera curiosidad, fué el práctico de la columna. Al hallarse cara á cara con el brigadier, el práctico avergonzado, bajó la cabeza. Aquel miserable, de apellido Manso, había militado á las órdenes de Sanguily, habiéndose pasado al enemigo para servirle de perro de busca.

Sanguily, lleno de indignación, lo apostrofó así:

—Infame! ¿Cónque te has vendido al enemigo?

El traidor ni siquiera alzó los ojos del suelo.

Cambiando de súbito de intención y tono, añadió el brigadier:

—Ahora tienes abierto el camino para lavar la mancha que has echado sobre tu honra. Me cargas á tus espaldas, huyes conmigo por el bosque, nadie es capaz de seguir tus pasos, te reivindicas ante la Revolución y yo á mi vez te recompensaré.

Manso hizo un signo negativo con la cabeza, diciendo con voz apagada:

—No puedo.

—¡Largo de aquí, canalla!—gritó el brigadier desesperado.

Manso, sin decir palabra, se alejó, siempre con la frente humillada.

Volvió Mont, el sargento que lo hizo prisionero, trayendo el penco enjalmado en que había ido allí el brigadier y una cuerda para atar á Sanguily codo con codo.

—¿Esa cuerda es para mí?

—Sí,—respondió Mont,—tenemos orden de atar á todos los prisioneros.

—A mí no me ata nadie!—exclamó Sanguily con firmeza.

—¿Y tú quién eres?

—A nadie oculto mi nombre: yo soy el brigadier Julio Sanguily.

Entonces Mont, abriendo la válvula á su ruda vehemencia, en un transporte de ingenua admiración, le dijo:

—¡Vaya que eres guapo! Mentira parece que un chico como tú esté viviendo en las maniguas entre tanto negro y tanto chino. Ya hablarás con el comandante y el coronel que están en Jimaguayú, te entenderás con ellos, te embarcarán para Madrid y te darás allí una vida de rey. Vamos, te ataré la cuerda á la cintura para cumplir la ordenanza, é iremos andando para encontrarnos con César Matos, que es el comandante de esta guerrilla.

Sanguily, sin argüir á la tirada de Mont, se puso el aparato que le trajo un soldado y se vistió su pantalón, mojado todavía. Mont lo colocó sobre la enjalma del penco y llevando la bestia del ronzal, se encaminaron hacia el lugar en que estaba el grueso de la fuerza.

César Matos, en pie frente á sus soldados, hojeaba el diario de operaciones del prisionero. Interrumpió Matos la lectura, saludó con una inclinación de cabeza al brigadier y le preguntó así:

—¿Dónde está Ignacio Agramonte?

Sanguily le miró con torvo ceño y no respondió.

—¿Dónde está Eduardo Agramonte?

—Ruego á usted,—dijo Sanguily—no insista en esas preguntas, que no son para dirigirlas á un hombre de honor.

Matos le hizo un nuevo y cariñoso saludo y continuó hojeando el *Diario*.

Viendo Sanguily un grupo de soldados en un extre-

mo, hizo ir á su lado á doña Cirila, que también había sido hecha prisionera, para que preguntara al práctico Manso si le iban á fusilar en aquel sitio. Doña Cirila llenó su cometido diciendo por señas al prisionero que no era allí donde pensaban quitarle la vida como castigo de sus proezas.

Matos seguía dando pasto á su curiosidad con la lectura del *Diario*, cuando vino importuna llovizna á interrumpir su tarea, con gran contento del prisionero que temía que avanzando la lectura, conociese secretos que podrían acarrear perjuicios á la seguridad de sus compañeros de armas.

Como Sanguily estuviese desnudo de cintura arriba y no hubiese otra blusa á mano, Matos se quitó la suya y la ofreció al brigadier, diciéndole:

—Le suplico á usted me haga el favor de ponerse mi blusa.

Sanguily, agradeciendo el fino presente, lo aceptó sin vacilar.

Como la lluvia continuaba, el amable Mont echó sobre los hombros del brigadier su capote de goma, y más luego Matos lo obsequió con una cajetilla de cigarrillos y una caja de fósforos.

Dió Matos la orden para emprender marcha hacia Jimaguayú, la que se efectuó en esta forma: 40 hombres á la vanguardia, 20 en el centro con el convoy y 60 á retaguardia.

Sanguily iba en la retaguardia, el penco que montaba atado por el cabestro á la cola del caballo del sargento Fernández; á un lado Mont, que llevaba en la diestra la cuerda que había atado á la cintura del prisionero, y al otro, de vez en cuando, el comandante César Matos.

La guerrilla, compuesta de 120 rifleros de á caballo, había sido destacada de la columna que mandaba el general Sabas Marín, acampada en el potrero Jimaguayú.

Caminando Mont, decía al prisionero:

—Bueno es que yo vaya á tu lado, porque así no se le ocurrirá á ningún soldado pegarte un tiro. Hoy comerás con el comandante. Las provisiones están esca-

sas, pero no faltarán garbanzos, tocino, bacalao y vino tinto...

Puso coto á la locuacidad del sargento la llegada de Matos, que después de pedir un cigarro y fuego al prisionero, le dijo:

—Ruego á usted me disimule, si en cumplimiento de mi deber le he hecho preguntas que hayan podido lastimar su decoro de caballero: es la consigna y había que cumplirla.

Sanguily hizo un saludo y Matos marchó á ponerse al frente de la retaguardia.

Dejemos la guerrilla seguir rumbo á Jimaguayú, y volvamos al asistente del brigadier que dejamos cuando huía á través del bosque, donde había quedado el ayudante Diago.

***

Apenas ganó el bosque Luciano Caballero, corrió al encuentro del capitán Diago, al que refirió el infausto suceso. Diago partió á escape para *Consuegra*, montó en el caballo de la avanzada para no alarmar á sus compañeros y entró al paso en el campamento. No obstante estas precauciones, el inesperado regreso del ayudante y la expresión de su semblante, hicieron sospechar que algo insólito ocurría.

Cuando Diago se halló á solas con Agramonte, díjole únicamente:

—El brigadier Sanguily ha caído en poder de los españoles!

Agramonte, pálido y desencajado, sin oir más palabras, sin averiguar dónde y cómo había sido hecho prisionero el invicto paladín, sin inquirir siquiera cuántos eran los contrarios, hizo venir á su presencia al jefe de día y le ordenó mandase ensillar su caballo *Mambí* y el mejor de los corceles del brigadier Sanguily, y que se dispusiesen á marchar en seguida los que pudiesen disponer de caballos en estado de empeñar una acción. Los 70 hombres que componían la brigada quisieron acudir al llamamiento de su jefe, pero Agramonte escogió menos de la mitad, formando con los jefes y él

un total de 35 jinetes, en el siguiente orden: la vanguardia, compuesta de 4 rifleros de la escolta, al mando del comandante Reeve; el resto, donde iba el Mayor con sus ayudantes y los del brigadier Sanguily, á las órdenes del comandante Emiliano Agüero.

Al emprender la marcha, el Mayor dijo á Reeve:

—¡A marcha forzada! Cuando divise usted á los españoles, por los que no debe usted ser visto, sin disparar un tiro, viene usted á incorporarse.

Uno de los ayudantes del brigadier Sanguily, el capitán Palomino, se acercó á Agramonte y le dijo:

—Creo, Mayor, que se intenta empeñar acción para rescatar á mi jefe el brigadier Sanguily, y si esto es así, le ruego que me señale un sitio en el lugar más peligroso.

—Así es, en efecto, y ya esperaba yo esa resolución de los subalternos del brigadier Sanguily: marche usted al lado del comandante Reeve.

A poco de haber andado regresó Reeve diciendo á Agramonte que no sabía qué rumbo seguir por que se confundían los rastros.

—Siga usted el más fresco, ordenó el general.

Momentos después volvió Reeve, diciendo:

—Mayor, el enemigo á tres cordeles.

Con efecto, veíase el centro enemigo que iba trasponiendo la cuesta del camino, y la retaguardia que le seguía, apareciendo en tal disposición mayor el número de los contrarios.

A la vista del enemigo los soldados se apiñaron en torno de Agramonte, silenciosos, tremantes, conmovidos. Por un momento no se oyó más rumor que el de las espuelas y el cocear de los corceles. Agramonte, mientras desenvaina el sable de empuñadura dorada, decía con voz entera:

—¡Comandante Agüero, diga usted á sus soldados que su jefe, el brigadier Sanguily, está en poder de esos españoles: que es preciso rescatarlo vivo ó muerto, ó perecer todos en la demanda!

Y volviéndose á la izquierda, gritó con ronco acento:

—¡Corneta, toque usted á degüello!

Al oir los sones del clarín cubano, se oyó la voz del comandante César Matos que gritaba:

—¡Guerrilla, pie á tierra, atrincherarse!

La caballería española descabalgó rápidamente, puso en línea los caballos, á manera de barricada viva, y comenzó á disparar sus rifles sobre los agresores, que por un momento detuvieron indecisos sus corceles.

En aquel instante el capitán Palomino, blandiendo su tajante acero, exclamó:

—¡Adelante! Yo seré el primero en la carga, seguidme!

Y lanzando su caballo al galope, se puso al frente de la vanguardia compuesta de 4 rifleros de la escolta. Uno de éstos, mulato, de diez y siete años, que iba gritando con frenética alegría: «¡Adelante siempre!», fué el primero y el único que mordió el polvo. Una bala enemiga le atravesó el cráneo.

Arremetiendo Palomino con los que se oponían á su paso los arrolló, dando muerte á dos guerrilleros, entrando por la brecha los que le precedían, y trabándose una terrible lucha cuerpo á cuerpo.

Considerando Agramonte que el éxito de la empresa era dudoso si todo él quedaba confiado al esfuerzo de los jinetes, hizo desmontar cinco de los rifleros con los cuales flanqueó al enemigo por la derecha, á favor de altas y espesas maniguas, haciéndole vivísimo fuego, con lo cual logró sembrar el desconcierto en las filas contrarias.

Mientras tanto, Mont había desaparecido. El sargento Fernández, á la cola de cuyo caballo iba atado el penco que montaba Sanguily, se encaminó hacia la manigua diciendo al prisionero:

—Sígueme; ¡cuidado como te escapes!

Sanguily asió el penco por la brida, y la cuerda se rompió, internándose solo en las maniguas el aturdido sargento.

Como Agramonte alcanzase á ver la chaqueta de oficial que vestía Sanguily, obsequio del comandante Matos, dijo á sus soldados:

—¡Fuego á ese jefe!

Las balas cubanas respetaron al ilustre inválido, quien, al ver subir la cuesta á un oficial que, con el rifle en mano, corría hacia él, creyóle su presunto ejecutor y le gritó para desconcertarlo:

—¡Teniente, venga usted que estoy solo!

Pero el oficial, como alma que lleva el Diablo, siguió su carrera desatentado y ciego.

Entonces Sanguily, sin custodios, viendo el desconcierto de sus enemigos, hostigó su cabalgadura y se dirigió hacia sus compañeros. Para advertirles de su presencia agitó el sombrero en la diestra, gritando:

—¡Viva Cuba Libre!

Y al mismo tiempo una bala le hirió en la mano que hoy muestra atrofiada como recuerdo de aquella jornada incomparable.

Agramonte, lívido por la emoción, estrechó entre sus brazos al héroe rescatado, que no pudo contener sus lágrimas. Los soldados arrojaron las armas al suelo y se abrazaron á las rodillas del titán camagüeyano y besaban los pies al Brigadier.

Vueltos en sí del regocijo del triunfo, Agramonte entregó el rescatado á los capitanes Arango y Díaz, diciéndoles que respondían con sus vidas de la del brigadier, y ordenó la última carga, que dió por resultado la total dispersión del enemigo.

Las tropas del gobierno dejaron sobre el campo 11 muertos. La pequeña legión de Agramonte tuvo dos muertos y cinco heridos.

Doña Cirila se unió á los soldados cubanos, trayendo tres rifles que recogió en el sitio de la refriega. Menos animoso y fiel que la ranchera, otro de los prisioneros, el mulato Ramón Llinás, voló á Puerto Príncipe á dar la nueva de la captura de Sanguily, esperando obtener, como premio de su diligencia, la vida y una gratificación. La noticia circuló por la ciudad con rapidez, hiciéronse preparativos para recibir al prisionero y *El Fanal* dió á la luz un artículo tremebundo, en que anunciaba á los leales, que pronto el *monstruo* de la Revolución expiaría en el cadalso sus *inauditos crímenes.*

Retiráronse Agramonte y los suyos, y estuvieron oyendo, hasta las doce de la noche de aquel día, los sones de la corneta española, llamando á los dispersos.

Más tarde, cuando el general Agramonte refería la proeza del rescate, decía á sus oyentes:

—Mis soldados no pelearon como hombres: lucharon como fieras! (1)

---

(1) Este episodio fué publicado con el pseudónimo *Un Occidental* en el diario de la Habana *El Cubano*, de 1887 á 1888, y también como apéndice al libro *La Tierra del Mambí*, traducción de la obra inglesa de James J. O'Kelly.

ÍNDICE

Páginas

Manuel de la Cruz V
Notas biográficas XIII
Prólogo del autor 1
Narración de un expedicionario 3
El Teniente Salazar 13
Dos amigos 19
Mármol contra granito 23
Fidel Céspedes 29
Croquis de Palo Seco 33
Zig-zag 47
Segunda expedición de "El Salvador" 53
El Paso de Cataño 67
Dos exploradores 79
En La Crimea 83
La loma del Jíbaro 95
Aventuras de un asistente 105
La Indiana 111
¡A caballo! 119
Pro Patria 123
El rescate de un héroe 131
Indice 143